La Promesa



YASMINA SOTO

La Promesa

Yasmina Soto

Copyright © 2025 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe Creative: 2506162152949

Twitter: @sotoyasmi

Instagram: yasmina.soto.escritora

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Capítulo 1

Lucía

Estoy en la redacción del periódico donde trabajo cuando mi teléfono vibra con insistencia encima de mi escritorio, miro de reojo y vuelve a ser mi madre. Dos llamadas ya y no sé por qué insiste. Deslizo el dedo colgando la llamada y a los pocos segundos vuelve a vibrar el móvil, miro a mi alrededor y observo a mis compañeros concentrados detrás de sus pantallas. Decido que por la insistencia es mejor cogerlo.

—¿Qué quieres, mamá? —pregunto nada más descolgar.

—Tu abuela —dice y el silencio se hace paso entre nosotras.

Mi madre y yo no hemos tenido buena relación en los últimos años, pero mi abuela siempre fue como esa madre que se ausentaba. Mercedes, que así se llama, fue mi cobijo cuando mi madre decidió que no quería tener una hija que fuera lesbiana. En cambio, mi abuela me acogió con los brazos abiertos.

—¿Qué pasa? —pregunto intentando contener las lágrimas que se agolpan por salir.

—Está ingresada, nos han pedido que nos despidamos de ella.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ha pasado esto?, ¿por qué has tardado tanto en llamarme?

—Desapareciste del pueblo —me reclama.

No voy a entrar en su juego, si salí de allí es porque no quería seguir siendo juzgada por una sociedad anclada en un pasado que no avanza.

—¿En dónde está? —pregunto mirando ahora al despacho de mi jefa.

Mi madre me indica el hospital, y tras eso cuelga la llamada. Miro mi reloj y veo que son las doce del día, necesito salir ya, tengo el hospital a más de una hora de camino. Me dirijo al despacho de mi jefa, observo el cartel que está en un lateral. Luz María Gutiérrez,

directora editorial. Mi mano golpea la puerta y espero a que me dé paso, no tarda y accedo al interior.

—¿Ha pasado algo? —me pregunta al ver mi cara.

Se levanta de su asiento y se dirige dónde estoy, acariciando mi cara, mis lágrimas resbalan por mis mejillas sin poder controlarlo, no puedo hablar, el nudo en la garganta me lo impide. Luz, que me conoce perfectamente, simplemente me abraza y yo me agarro a ella. No dice nada, solo deja que vacíe toda esa angustia contenida. Me aferro como si fuese en ese momento mi único salvavidas.

Entre Luz y yo hubo algo hace demasiado tiempo, por suerte siempre supimos diferenciar nuestra relación del trabajo, y así cuando lo nuestro se terminó porque Luz encontró a la que ahora es su mujer pudimos seguir trabajando, manteniendo la cordialidad hasta convertirse ahora en una amiga y confidente.

—Ven aquí —dice deshaciendo el abrazo, y me arrastra hasta el sofá que tiene en el despacho.

Tomamos asiento y me deja un pañuelo de papel para que pueda limpiarme. Es paciente, siempre lo ha sido. Tiene una calma que muchas veces me desesperaba, pero que en otros momentos quisiera tener.

—¿Qué ha pasado? —pregunta cuando ya ve que mis ojos han dejado de soltar lágrimas.

—Mi abuela se muere, Luz.

Su expresión cambia al escuchar mis palabras, traga saliva e intenta contener esas emociones que le produce mi noticia.

—¿Dónde está?

—En el hospital. Mi madre me ha llamado para decirme que teníamos que despedirnos de ella.

—Tu madre tan delicada como siempre —protesta acariciando mi muslo.

—La realidad es: ¿cómo se da una noticia así?

—También es verdad —termina admitiendo.

—Tengo que ir.

—Por supuesto, ¿quién te va a llevar?

—Iré sola, no tengo con quién ir, todos trabajan. No puedo ocupar a alguien para que me lleve.

—Te llevo —dice, poniéndose de pie.

—No, Luz, no voy a pedirte algo así.

—No me lo estás pidiendo, te lo ofrezco yo. En realidad, no es un ofrecimiento, es una orden. Voy a ir contigo.

—No es buena idea.

—No me importa, no vas a ir en ese estado conduciendo. No hay nada más que discutir. Voy a notificar a Recursos Humanos y después llamaré a Paloma. Ve a tu sitio y cierra todo, saldremos en diez minutos.

Sé que ella ya ha tomado una decisión y yo le agradezco infinitamente que me acompañe, porque como dice, no sé si seré capaz de conducir mientras sigo con esta angustia que me ahoga.

Salimos del edificio en el coche de Luz. Estoy absorta en mis pensamientos, apoyo la cabeza al cristal, recordando que los últimos años me había alejado de todos, sobre todo por salud mental, pero eso no hace que me sienta culpable de no ir a ver a mi abuela, aunque sea una vez en los últimos años. Dejé de mantener el contacto con ella cuando mi madre se hizo cargo, yo evité siempre relacionarme con esa mujer que me parió y me apartó de ella cuando supo que me gustaban las mujeres.

La mano de Luz se coloca encima de mi muslo y lo aprieta con cariño, no quita la vista de la carretera, pero me reconforta saber que está ahí.

—¿Quieres contarme en qué piensas? —pregunta desviando un segundo la mirada hasta mí.

—No la he visto desde hace más de tres años, me siento tan culpable por alejarme de ella.

—Era por tu bien, Lucía, no podías lidiar con tu madre cada vez que ibas.

—Creo que no me esforcé lo suficiente.

Luz, agarra una de mis manos y la aprieta con afecto. Mientras no deja de mirar a la carretera, comienzo a hablar. Necesito soltar todo esto que me está pesando.

—Mi abuela llegó a una edad, empezó a decir que el padre de mi madre no era mi abuelo Antonio. Ella insistía y yo simplemente escuchaba su historia sin cuestionarla, mientras mi madre decía que

eran delirios de señora perdiendo la cabeza. Yo solo quería escuchar a mi abuela contar esa historia, me daba igual si era verdad o mentira, en esos instantes ella desconectaba del mundo y su cara brillaba al recordar los tiempos con James, un médico americano con quien coincidió en la Segunda Guerra Mundial en Francia.

—Pero ¿Ese hombre existe en realidad?

—Creo que sí, mi abuela estuvo en un campamento en Francia. Tampoco sé mucho más.

—No entiendo el enfado de tu madre.

—Por escucharla, ella decía que su padre fue un buen hombre, como para que mi abuela ahora solo piense en ese americano.

—¿Qué pasó con él? —pregunta curiosa.

—No lo sé. Yo solo la escuchaba contar sus historias. Había cosas que las cambiaba, sabía que mucho de lo que me decía no era cierto, pero eso a ella le valía para relajarse. Yo simplemente jamás cuestioné nada, mientras mi madre le decía que dejara de decir tantas tonterías.

Me quedo en silencio unos segundos, volviendo a aquellos momentos en que los gritos de mi madre hacían que mi abuela casi volviera a la realidad.

—No era bueno que yo la siguiera visitando, porque insistía en contar esas historias y mi madre simplemente odiaba eso. Así que lo mejor fue alejarme, por el bien de todas.

—Hiciste bien, no te culpes por ello —dice apretando mi mano.

Me apoyo en la ventanilla y dejo salir todo el aire de mis pulmones, la mujer que me contaba historias de guerra desde mi infancia quizá en unos días ya no esté y siento como mi mundo se resquebraja por no pasar más tiempo con ella, por no intentar sacar a mi abuela de allí cuando iba a verla, simplemente hui de los conflictos.

Capítulo 2

Lucía

Entro en el hospital buscando el número de habitación que me ha indicado mi madre. Mi interior hierve de rabia. Estaba ingresada y ni siquiera lo sabía. Me culpo por no mantener el contacto con ella, pero las discusiones con mi madre cada vez eran más grandes y el desgaste que tenía no merecía la pena.

Estoy frente a su puerta, leo el número de la habitación y respiro antes de abrirla. Pongo la mano en el picaporte y entro poniendo mi mejor cara, pero la realidad me golpea, está acostada, conectada a una máquina que le toma las constantes. Mis ojos se llenan de lágrimas de inmediato e intento contenerlas, no puede verme llorar, me repito. Mi madre está en la habitación, se levanta y viene a saludarme.

—¿Por qué no me avisaste antes? —pregunto con rabia.

—No quería molestarte.

El aire se escapa de mi nariz, intentando no decirle lo que realmente siento. No es el momento, no ahora.

Veo cómo mi abuela abre los ojos y, sin poder controlarme rompo a llorar, es contenido, intentando que no me vea, pero no es posible.

—Lucía, hija —dice al verme y estira su mano.

—Abuela —susurro.

Me aferro a su cuerpo, mientras dejo que mis lágrimas sigan brotando de mis ojos. No las contengo, no puedo en estos momentos. Al separarme, sujeto su cara entre mis manos y la veo hacer un intento de sonrisa. Está agotada, lo veo en sus ojos cuando intenta abrirlos. Sé que ya no le queda mucho, y es complicado gestionar esa sensación de que alguien tan importante ya no va a estar.

—Necesito una última cosa —me pide con una voz casi inaudible.

—¿Qué necesitas?

—Que… tu abuelo… James.

En ese momento escucho bufar a mi madre y maldecir tan bajo que no logro saber qué es lo que dice. La miro desaprobando su actitud y decide marcharse de la habitación, pero antes de hacerlo escupe su rabia.

—Tu único abuelo se llama Antonio —suelta cerrando la puerta tras ella.

Miro de nuevo a mi abuela y acaricio su rostro. Al sentir el contacto, cierra los ojos y atrapa mi mano entre la almohada y su cara. ¿Por qué no vine a verla antes? Me pregunto con rabia.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto.

—Búscalo, que pasó… realmente… con él.

Al terminar de decir esas palabras, comienza a toser. La máquina comienza a dar un pitido continuado, no como el que daba cada cierto tiempo, y ella permanece con los ojos abiertos. Mi madre entra rápido en la habitación y me mira con tristeza en su rostro, creo que es la primera vez que la veo vulnerable.

—Te lo prometo —susurro en su oído.

La máquina sigue pitando, allí no aparece nadie, solo estamos mi madre y yo, frente a la mujer que nos crio. Es paradójico como una de las cosas que nos ha separado nos vuelve a unir, esa mujer que está en la cama y su rostro es totalmente relajado.

—Hay que llamar a una enfermera —le digo a mi madre antes de salir de la habitación.

Siento como la mano de Pilar, la mujer que me dio la vida se cierra en mi antebrazo. La observo y veo cómo aprieta los labios mientras niega con la cabeza.

—Quizá… —comienzo a decir.

Y eso queda en el aire, porque un suspiro de mi abuela hace que vuelva la mirada a ella, y ahora una línea es la que se dibuja en la máquina que tiene conectada. Trago saliva, intentando no romper en un llanto. En ese momento una enfermera entra y mi madre suelta mi brazo.

—Hay que esperar un poco más —asegura la enfermera bajando el sonido de la máquina.

—Lo sé —comenta mi madre con frialdad.

Salgo de la habitación intentando que llegue el aire a mis pulmones, necesito salir de allí. Cuando estoy en el pasillo, veo a Luz que está apoyada en la pared y al verme viene en mi dirección. Tira de mí hasta llegar a una sala de espera y me abraza. En ese momento dejo salir toda la rabia que se me agolpa en el pecho, descargo todo lo contenido y ella solo me abraza como si fuera mi última esperanza en este mundo tan injusto.

—Ya no está —susurro cuando logro tranquilizarme.

—Es ley de vida, Lucía. Sabemos que duele, pero hay que avanzar.

—No fui a verla, Luz, me siento tan culpable.

—No hagas eso, cuando pasa algo así, siempre miramos atrás, no lo hagas. Hiciste lo que creías que era lo mejor y es válido —asegura limpiando mi cara.

Apoyo mis codos en mis rodillas y escondo el rostro entre las manos. No me puedo creer todo lo que está pasando, no entiendo por qué no me avisaron antes. Mi amiga se queda en silencio mientras yo intento calmarme con todo lo que está pasando.

—Le hice una promesa.

—¿Cuál? —pregunta acariciando mi mano.

—Que descubriría lo que pasó realmente con James.

—¿Qué edad tenía tu abuela?

—Noventa y siete años —respondo incorporándome para mirarla.

—Sabes que es muy posible que ese hombre esté fallecido, incluso quizá que no existió.

—Tengo que averiguarlo, Luz, necesito cumplir esa promesa. Si veo que, en realidad, como dice mi madre, son delirios de una mujer mayor, no haré nada. Pero se lo debo.

—¿Tienes algo más que un nombre?

—Sé que era americano y que su nombre era James Miller. No tengo mucho más.

Luz me mira sabiendo que lo que estoy planteando es una locura, no puedo hacer nada con tan solo esa información y una historia que me contó mi abuela de cómo se conocieron, porque la realidad es que no tengo nada.

—Hagamos algo. Si encuentras algo más, te dejo que hagas esa búsqueda, pero seamos realistas, con eso no vas a conseguir mucho.

—Intentaré buscar entre sus pertenencias.

—¿Nunca te mostró nada?

—No —respondo encogiéndome de hombros—. Tampoco yo le pedí pruebas de nada, solo escuchaba sus historias de la guerra.

En ese momento es mi madre quien nos interrumpe entrando en la sala donde estamos. Me mira con desaprobación por estar allí con una mujer, da igual que sea una amiga, ella va a interpretar lo que quiera, así que no voy a discutir.

—En breve se llevan a tu abuela, la trasladarán al tanatorio.

—Gracias —es lo único que digo.

Pilar asiente y sale de la sala sin decir nada más, fría como siempre. Miro a Luz apretando mis labios, ni en momentos así, mi madre muestra un gesto de cariño, nada. Somos como dos extrañas hablando de nuestro único nexo. Mi abuela.

—Voy a tener que cogerme unos días para todo esto.

—Lo sé, yo me ocupo de todo —asegura rodeándome con un brazo para atraerme a ella—. Tengo que marcharme, pero vendré al entierro.

—Vale.

—¿Sabes dónde te vas a quedar? —pregunta haciendo que nos pongamos de pie.

—Me quedaré en casa de algún familiar, no te preocupes por eso.

—¿Necesitas que te traiga algo?, ropa, de comer…

—No —la interrumpo—. Tengo una mochila en el coche con una muda. Sabes que a veces nos quedamos en algún sitio de imprevisto cuando estamos investigando algo para la revista.

—Perfecto.

Nos abrazamos y vuelvo a llorar al recordar a mi abuela y Luz me aprieta con fuerza. En este momento agradezco que todo entre nosotras haya acabado bien y que se haya convertido en un apoyo para mí.

—Gracias —susurro.

—No tienes que dármelas, para eso están las amigas —dice sujetando mi cara—. Ahora prométeme que estarás bien.

—Te lo prometo.

Nos despedimos tras dejarme en el tanatorio donde va a llegar mi abuela. Me dirijo a las oficinas para gestionar todo para el sepelio, no sabía lo complicado que era hasta ese momento, mientras mi madre se está encargando de llamar al resto de la familia para comunicarles lo sucedido.

Esta mañana, al despertarme, no pensaba que terminaría el día sentada tras un escritorio que no era el mío, decidiendo qué lápida tendrá la mujer que me crio.

Capítulo 3

Lucía

El tanatorio es un ir y venir de gente, besos, abrazos y saludos de personas que hace demasiado tiempo que no veía. Algunos se interesan por cómo me ha ido, mientras otras personas me miran con rechazo y alguna que otra con indiferencia, esa misma que mi madre ha tenido conmigo hace demasiado tiempo.

Mi madre es hija única, para ese momento de la historia era algo muy extraño. Por más que lo intentara Mercedes, nunca se volvió a quedar embarazada. Mi abuela fue madre recién cumplidos los dieciocho años, para aquellos tiempos algo normal.

Estoy apartada de la gente cuando veo llegar a mi prima Blanca. Es por parte de mi abuelo Antonio, ella siempre fue un apoyo en ese pueblo lleno de gente arcaica y anclada a un pasado que cree que debe seguir siendo todo igual.

—Ven aquí —dice abrazándome.

Me aferro a su cuerpo, ella deja que me desahogue mientras no deja que me separe de ella. Blanca siempre fue mi refugio cuando éramos adolescentes, siempre estuvo ahí, cuando otros simplemente me juzgaban.

—Lo siento tanto —susurra en mi oído—. Siento no haberte avisado antes, pero me enteré esta mañana. Ya sabes cómo es tu madre.

Me separo de ella intentando calmarme, me limpio la cara con un pañuelo que me deja mi prima. Ella sonríe mientras acaricia mi rostro, intentando que saque una sonrisa que me cuesta.

—Sé cómo es. Al menos ya estoy aquí.

—¿Has venido sola? —pregunta en voz baja.

—Una amiga me trajo, pero ha tenido que volver al trabajo. Vendrá al entierro. Esto me ha pillado de sorpresa.

—A todos —afirma—. ¿Dónde te vas a quedar?

—Aún no lo sé —confieso mirando el reloj—. Supongo que buscaré un hostal.

—Ni hablar —responde negando con la cabeza—. Te quedas en mi casa. Tengo una habitación de sobra. Juan ya no está en la casa.

Noto la tristeza en su rostro cuando lo nombra, era su marido. Se divorció hace un par de años. La engañó con alguien del mismo pueblo. Fue un drama, el pueblo solo hablaba y las únicas culpables de eso eran las mujeres. Juan era un pobre inocente entre dos mujeres malvadas.

—No quiero molestar, Blanca.

—No hay discusión —dice agarrando mi mano—. Además, necesito compañía y tú también. No quiero que estés sola en estos momentos.

—Está bien —respondo y ella me vuelve a rodear con sus brazos.

La sala del tanatorio sigue siendo un trajín de gente del pueblo. Reconozco rostros de mi infancia, ahora ya no tan jóvenes por el paso del tiempo. Veo a la señora Remedios, está ya muy mayor, pero sigue activa, tengo un bonito recuerdo cuando nos daba caramelos cuando íbamos a comprar algo. Don Manuel, el maestro que me hizo amar la literatura. Entre tantas cosas negativas, volver a reencontrarme con algunos me anima.

También está la amiga de mi madre, esa que se dio cuenta de que su hija también era diferente. En mi mente llega cuando nos mandaron a la iglesia y el párroco nos dijo que teníamos que rezar para curarnos.

—Ignóralos —murmura Blanca al verme incómoda—. Vienen por respeto a la abuela, no por ninguna de nosotras.

Mi madre es la que recibe las condolencias, yo soy alguien alejada de todo, con mi prima como escudo, no quiero saludar a gente que piensa que estoy enferma.

—No puedo más con esto —indico a mi prima, alejándome de allí cuando ya llevo horas soportando las miradas.

Ella me deja irme, me pongo en una esquina y saco el móvil del bolso para decirle a Luz la hora del entierro, ya que la sé desde que he arreglado todos los papeles.

—Hola, Lucía —escucho a mi lado—. Siento mucho lo de tu abuela.

Miro al hombre y en mi cabeza busco quién es y sorprendida me levanto reconociendo al nieto de la señora Remedios.

—Gracias, Martín.

—Mercedes era especial —continúa tomando asiento a mi lado—. Siempre con esas historias fascinantes sobre la guerra. Mi abuela la admiraba mucho.

Sonrío y el recuerdo de lo que me pidió antes de fallecer vuelve a mi cabeza, pero también el de mi madre, insistiendo en que era incierto todo lo que contaba.

—¿Sabes? —continúa inclinándose un poco—. Mi abuela siempre decía que las historias de Mercedes sobre el médico americano eran ciertas. Que no era un invento de una anciana, como decían algunos.

Levanto la mirada y miro fijamente a mi interlocutor.

—¿Cómo sabe que es verdad? —pregunto a ver si puedo tener algo más de información.

—Se conocieron cuando tu abuela volvió a España, incluso ella confirma que estaba embarazada ya. Ella siempre creyó su historia. Decía que se notaba en los ojos de Mercedes cuando hablaba de él, está segura de que ese hombre existió

Siento un nudo en el estómago. ¿Por qué mi madre se empeña en negar algo que, supuestamente, es cierto? ¿Por qué mi abuelo aceptó ser el padre de mi madre? Hay tantas preguntas que quiero responder.

—Te dejo mi número —dice sacando una tarjeta de su chaqueta —. Llámame si necesitas hablar o cualquier cosa. Aunque ya no vivas aquí, siempre serás parte de este lugar.

—Gracias.

Martín se marcha de la misma forma que llegó, en silencio, mientras me doy cuenta de que mi prima no me quita los ojos de encima y sonríe al ver que me encojo de hombros.

Cuando ya es de madrugada, decido que es hora de darme una ducha y descansar un poco. Me agarro del brazo de mi prima y me

despido de mi madre alzando la cabeza, como si fuéramos dos auténticas desconocidas.

—Mañana a las doce es el entierro —dice como si no lo supiera.

Aprieto el brazo de Blanca y muerdo mis labios, conteniendo la rabia que siento. Sé la hora, fui yo quien gestionó todo mientras ella era consolada por sus vecinos, esos mismos que me juzgan por amar lo que ellos creen que no es lo correcto.

La mañana siguiente amanece encapotada, el día está como yo, triste. Nos preparamos y nos vamos en dirección al tanatorio de nuevo, donde se dará una breve misa y después se irá al cementerio.

La ceremonia es breve. Cuando el cura comienza con su responso, recuerdo las historias que me contaba mi abuela, en cómo sonreía cuando me hablaba de James y sus ojos brillaban al recordar los tiempos pasados, por muy duros que hubieran sido.

Una vez finalizado, nos vamos al cementerio. Estamos delante del ataúd, mi madre deja un ramo de lirios encima de su caja y yo me acerco a dejar unas flores de *strelitzia*, ya que eran sus favoritas. Al regresar a mi lugar, Blanca aprieta mi brazo y apoya su cabeza en mi hombro.

Cuando comienzan a bajar el ataúd, veo cómo Luz se acerca dónde estoy. Aunque se mantiene al margen al verme con mi prima, le hago un gesto de agradecimiento y cuando veo cómo comienzan a tirar tierra encima de su ataúd soy realmente consciente de que ya no voy a volver a verla, que ya no estará, que no me hará un huevo frito porque estaba muy delgada y tenía que comer más. Mi abuela, esa mujer que jamás rechazó mi forma de ser, se me ha ido.

Tras finalizar todo, salimos y Luz esta vez sí que se acerca.

—Gracias por venir —le digo.

—Perdón por llegar tarde, el tráfico era horrible —se excusa.

—Has venido, eso es lo que importa —digo con una sonrisa que me cuesta sacar.

—Tengo que marcharme ya, Lucía. Veo que estás en compañía.

—Es mi prima, Blanca. Yo voy a quedarme por aquí unos días.

—Tranquila, ya he notificado a Recursos Humanos.

Agarro a Luz del brazo y la aparto un poco para hablar con ella.

—En el tanatorio se acercó Martín, es el nieto de Remedios. Él dice que la historia de mi abuela, según la suya, es real.

—Pues investiga, debe haber algo que ella haya guardado de esa época, ¿qué es lo que tienes realmente?

Capítulo 4

Kate Smith

Atravieso la puerta trasera del Museo de Historia de la Segunda Guerra Mundial de Boston, en el estado de Massachusetts. Son las siete y media de la mañana, siempre me ha gustado llegar primero que nadie, acomodarme y ver que todo está en orden.

Dejo mi abrigo y mi bolso en la entrada antes de hacer mi recorrido habitual por las instalaciones. Paseo mirando las vitrinas hasta detenerme en la que pertenecía a una enfermera del Cuerpo Médico del Ejército estadounidense. Siempre me ha fascinado la labor de estas mujeres y hombres que salvaban vidas mientras el mundo se empeñaba en destruirlas.

—Buenos días, directora Smith —escucho a mi espalda.

Me giro y veo a Robert, el conservador del museo. A sus sesenta y tres años, tiene un conocimiento enciclopédico sobre cada pieza de nuestra colección, a él nunca se le escapa nada y tiene una historia para cada prenda, carta u objeto que poseemos.

—Robert, te he dicho mil veces que me llames Kate —respondo con una sonrisa.

—Y yo le he dicho mil veces que prefiero mantener cierta formalidad, al menos durante las horas de trabajo —dice colocándose las gafas—. Le he dejado el café en su despacho.

—No sé qué haría sin ti.

—Probablemente, contratar a alguien más joven y con menos problemas de rodillas —bromea mientras caminamos.

Entramos a mi despacho, donde se puede ver un reflejo de lo que soy y a lo que me he dedicado toda mi vida. A mis cuarenta y seis años, no sé hacer otra cosa que saber de la historia de nuestros conciudadanos, de las guerras y batallas que pasaron hasta llegar a este preciso instante. Mis estanterías están llenas de libros de historias, fotos de veteranos de guerra y mapas de cómo eran antes

las zonas. Mi madre me inculcó todo lo que sé y a su vez su padre a ella.

—¿Qué tenemos hoy? —pregunto mientras tomo el primer sorbo de café.

Robert consulta su tablet, la única tecnología moderna que ha aceptado usar. Él era más de agenda, pero tras mucha insistencia en que era mejor tenerlo todo digitalizado para que los demás compañeros supieran lo que teníamos, aceptó.

—La escuela Roosevelt llega a las nueve y media. Cuarenta estudiantes de secundaria y cuatro profesores. A las dos tenemos la reunión con el comité de donantes para discutir la exposición especial sobre enfermeras de la guerra. Y a las cuatro, la entrevista con la revista, American History.

Suspiro. Los días de visitas escolares siempre son agotadores, intentar mantener expectantes a los alumnos es un arduo trabajo y, por suerte, contamos con los profesionales para ello, aunque a veces hay alguno que intenta hacerse el gracioso.

—¿Alguna novedad sobre la donación de los Coleman? —pregunto mientras reviso algunos correos.

—Aún estamos en negociaciones. El señor Coleman insiste en que la colección de cartas que tiene su padre sobre su abuelo se debería exhibir completa.

—Son cartas demasiado personales, se sabe que nunca fueron enviadas, eran como un diario para mi abuelo. No podemos exponer esas cartas tan íntimas.

—Lo sé, pero es testarudo. Le recuerda a alguien, ¿verdad? —dice con una sonrisa cómplice.

Lo miro ofendida, pero no puedo aguantar mi postura mucho tiempo y sonrío. Escucho cómo alguien golpea la puerta y la abre. Es Megan, nuestra coordinadora de eventos educativos.

—Buenos días, Kate. Perdona que te moleste tan temprano, pero tenemos un pequeño problema con la visita escolar de hoy.

—¿Qué pasa? —pregunto sorprendida.

—Han llamado para avisar que serán cincuenta estudiantes, no cuarenta. Al parecer, se han unido alumnos que en un principio no iban a venir.

Resoplo de la frustración. Esto ocurre con más frecuencia de lo que me gustaría, pero hay que dar solución.

—Bien, que se dividan en tres grupos en lugar de dos, como teníamos pensado. Robert, ¿podrías encargarte de uno? Sé que no es tu trabajo, pero…

—Por supuesto —responde antes de que termine la frase—. Sabes lo que me apasiona contar las historias detrás de cada cosa que tenemos aquí.

—Gracias —respondo mirando a Robert—. Megan, tú llevarás otro grupo, y el tercero que lo haga Christofer. Necesitamos que todos terminen a la misma hora.

Megan asiente con entusiasmo. A sus veintiocho años, rebosa energía y ha tenido muy buenas ideas para nuestro programa educativo.

Salen de mi despacho los dos y suspiro sabiendo que hoy tendré un día largo, sobre todo la reunión con los inversores. Es importante conseguir esas donaciones, porque cada vez es más complicado mantener un sitio como este abierto a pesar de las ayudas que nos presta el estado. Han cerrado muchos museos, y nosotros estamos sobreviviendo casi de puntillas. Necesitamos la donación de los Coleman. Tengo que proponerle algo que no pueda decir que no, tanto él como su mujer adoran las historias de amor escondidas en la Segunda Guerra Mundial. Pero la de mi abuelo era solo el delirio de un hombre que supuestamente perdió al amor de su vida en la Alemania de 1945.

Capítulo 5

Lucía

La casa de mi abuela no ha cambiado con el paso del tiempo. El pequeño jardín delantero sigue lleno de flores que ella cuidaba con mimo, las *strelitzia*, esas que atendía con gran dedicación. Unas plantas que crecían en primavera y verano, aunque ella conseguía que se dieran todo el año.

El porche de madera cruje al pisarlo y recuerdo las tardes sentadas en ese lugar, fantaseando con un futuro. Cuando llego a la puerta, rebusco en mi bolso las llaves de esa casa que siempre tuve. Al abrir, la nostalgia se apodera de mí, accedo, siguen los libros antiguos en las estanterías, fotos de mi abuela de joven y también de mi abuelo Antonio. Él murió demasiado pronto, un cáncer de garganta se lo llevó en los años ochenta y mi abuela jamás se volvió a casar o a estar con alguien.

—¿Por dónde quieres empezar? —dice Blanca dejando su bolso colgado en la entrada.

Miro a mi alrededor y estoy abrumada por los recuerdos. El reloj de cuco colgado en la pared, al que le rogaba a mi abuela que parara, aunque nunca pude salirme con la mía. Cierro los ojos intentando no llorar.

—Por su habitación —respondo—. Si hay algo personal que quiero encontrar y conservar, estará allí.

Entro y es como si volviera al pasado. La cama con esa colcha tan anticuada, los armarios de madera oscura, todo aquello que se negaba a renovar porque decía que ya no hacían las cosas como antes. Todo está igual a la última vez que estuve aquí, como si no hubiese avanzado el tiempo.

—Mira esto —dice Blanca abriendo el armario.

Tiene todos los vestidos ordenados por colores, era metódica en muchas cosas. Recuerdo cuando me decía: el orden es la única manera de encontrar lo que buscas en la vida.

Seguimos revisando todo, ella debía tener sus cosas bien ordenadas. Lo que me pregunto ahora es por qué nunca me mostró nada de ese pasado, que últimamente insistía en contar.

—¿Qué estás buscando exactamente? —pregunta Blanca sentándose en la cama.

—Algo que me reafirme que era verdad todo lo que contaba.

—¿Te refieres a la historia con el americano?

—¿Tú también la conocías? —la miro sorprendida.

—Todo el pueblo —dice como si fuese una obviedad—. Pero pocos la creían. Mi madre siempre decía que era su forma de lidiar con la pérdida de Antonio.

—Tiene que haber algo en lo que ella guardase algún recuerdo de esa época.

—¿Nunca te enseñó nada? —pregunta sorprendida.

—No que yo recuerde, simplemente escuchaba sus historias. La verdad es que tampoco le prestaba mayor importancia. Aunque me encantaba la pasión con la que lo contaba, pero quizá por miedo a que eso no fuese real, nunca le pedí que me mostrara algo.

—Yo creo que esa historia solo existió en su cabeza —afirma mi prima.

—La realidad es que a la guerra fue, eso sabemos que es verdad. Ella se alistó recién cumplidos los diecisiete años, y que estuvo en uno de los campamentos, pero no sé qué parte de la historia con James es cierta o no.

A mi prima le entra un arrebato, se levanta y comienza a sacar todo del ropero, incluyendo los cajones. La miro y me entra la risa, es como si algo se hubiese apoderado de ella.

—¿Qué haces? —pregunto sin poder dejar de reírme.

—Es evidente, hay que tener todo fuera, mirar en los bolsillos de la ropa, las cajas de zapatos que guardaba, incluso entre las sábanas —afirma.

Comenzamos a mirar todo y lo que encontramos en muchos de los bolsillos es dinero, incluso algún billete antiguo de pesetas hay. Cuando llega la hora de abrir las cajas viejas de zapatos, vemos que en una hay fotos y tras mirarlas nos damos cuenta de que, aunque sean antiguas, no son de cuando estuvo en la guerra.

—Esto es frustrante —digo tirándome en la cama.

—Quizá no haya nada —dice encogiéndose de hombros.

Blanca va a las mesillas de noche y saca los cajones. Ya no le digo nada, la habitación está patas arriba, tener ropa interior de mi abuela regada por allí es una cosa más de todo lo que hay.

—Aquí hay algo —dice y me muestra como una libreta.

Se la quito de las manos y comienzo a pasar las hojas con cuidado.

—Parece un diario —digo mostrándole.

Me tomo mi tiempo para leer lo que hay escrito y compruebo que inicia en 1944, eso me hace mirar a mi prima y señalar la fecha. Paso ahora las páginas con cuidado. Las hojas están amarillentas por el paso del tiempo. Me doy cuenta de que tengo sus memorias de la guerra entre mis manos.

En ese momento recuerdo algo que me decía mi abuela: que las mejores cosas se escondían debajo del colchón. Yo siempre le decía que eso era algo muy antiguo que ya no se guardaban las cosas ahí.

—Tenemos que mirar bajo el colchón —digo poniéndome de pie.

Mi prima me mira entrecerrando los ojos, pero después una sonrisa se le dibuja en el rostro. Ha recordado algo, lo sé.

—Mi abuela guardaba ahí el dinero.

Levantamos el pesado colchón y efectivamente hay un sobre grande en el lugar. Lo saco con cuidado y bajamos el colchón para sentarnos en él.

Dentro hay varias fotografías en blanco y negro, todas deterioradas por el tiempo. En la primera, veo a mi abuela mucho más joven, con uniforme de enfermera. Está de pie frente a una tienda de campaña con una cruz roja pintada. La siguiente muestra un grupo de personal médico, todos con el mismo uniforme. Me detengo en la tercera fotografía.

Es mi abuela junto a un hombre alto y apuesto vestido con uniforme militar americano. Están sonriendo a la cámara, sus cuerpos ligeramente inclinados el uno hacia el otro. Al dorso, con la inconfundible letra de mi abuela, hay una inscripción: "Con James en Normandía, verano de 1944".

Sigo explorando el contenido del sobre. Hay más fotografías, algunas cartas dobladas cuidadosamente y un pequeño objeto dentro de otro sobre. Al abrirlo, descubro un medallón plateado con forma ovalada. Está bastante desgastado, pero aún conserva un brillo especial que habla de cuidados constantes.

Lo abro con cuidado. Dentro hay una inscripción en inglés grabada en la parte interior: "To M, with eternal love. J.M."

Las iniciales coinciden. Una prueba tangible de que existió y de que amó a mi abuela.

—¿Qué dice? —pregunta Blanca acercándose.

—Para M, con amor eterno. J.M. —le traduzco.

—Esto es increíble —murmura sorprendida—. No eran fantasías de una mujer viuda.

—No —respondo sintiendo cómo mis ojos contienen las lágrimas —. Él fue real. Su amor era verdad —logro decir.

Seguimos mirando el contenido del sobre y en un momento escuchamos ruido, es la puerta principal que se abre. Cuando veo a mi madre en el umbral con alguien al lado que no reconozco, guardo todo lo encontrado y me meto el medallón en el bolsillo.

—¿Has encontrado algo? —pregunta mirando cómo tenemos la habitación.

—Algunos recuerdos. Fotos de la abuela cuando era joven.

Se acerca y toma una de las fotografías que no he guardado. Es la de mi abuela con el uniforme de enfermera. La mira con total indiferencia.

—Puedes quedarte con lo que quieras de esto —dice dejando la fotografía—. No me interesa conservar nada de esa época.

—¿Por qué te molesta tanto hablar de la guerra? —pregunto sin poder contenerme—. ¿O es que te molesta hablar de James?

—No empieces tú también con esas tonterías —responde cortante—. Tu abuelo se llamaba Antonio García, trabajó toda su vida en la ferretería del pueblo, él es mi padre. Esa es la única verdad que me importa.

—Pero estas fotos demuestran que James existió —insisto mostrándole la imagen de mi abuela con el militar americano.

Mi madre apenas mira la fotografía. Está enfadada, lo sé, la rabia se la está comiendo, pero sorprendentemente no me ha gritado.

—Un compañero más de los muchos que conoció durante la guerra —dice restándole importancia—. Eso no lo convierte en mi padre ni en tu abuelo.

—Entonces, ¿por qué la abuela insistía tanto en hablar de él? ¿Por qué guardaba su medallón?

Saco el objeto de mi bolsillo y se lo muestro. Por un momento, algo parece quebrarse en su expresión impenetrable, como si reconociera el objeto. Pero enseguida recupera su máscara de indiferencia.

—Mercedes siempre fue una romántica —dice con tono despectivo—. Probablemente, guardó ese recuerdo como quien guarda un ticket de cine de su primera cita. No significa nada.

—Significa todo para ella —respondo sintiendo cómo la rabia crece en mi interior—. Y me pidió, en su lecho de muerte, que averiguara qué pasó con él.

Mi madre me mira fijamente.

—No vas a encontrar nada, Lucía. Y si lo encuentras, solo conseguirás decepcionarte. La vida no es como en tus novelas o tus artículos periodísticos. A veces, las historias no tienen un final feliz.

—Al menos merecen ser contadas —respondo guardando el medallón nuevamente.

Mi madre suspira con cansancio. Como si estuviera agotada de escuchar, hablar de algo en lo que nunca creyó.

—Haz lo que quieras —dice dirigiéndose a la puerta—. Pero no me involucres en esa búsqueda absurda. Para mí, el único padre que existió fue Antonio, el hombre que me dio su amor, no un extranjero que desapareció antes incluso de que yo naciera.

Se marcha sin añadir nada más, dejándonos a Blanca y a mí en un silencio incómodo.

—Tu madre siempre ha sido así de... —comienza Blanca.

—¿Fría? ¿Insensible? —completo con amargura.

—Iba a decir testaruda —responde con una mueca de disgusto—. Pero sí, también eso.

Miro el diario en mis manos y las fotografías que he encontrado. No sé si lograré descubrir qué pasó con James, si podré cumplir la promesa que le hice a mi abuela. Pero ahora tengo algo tangible por donde empezar.

—Vamos a llevar todo esto a tu casa —le digo a Blanca mientras recojo cuidadosamente los recuerdos de mi abuela—. Necesito leer este diario con calma.

No sé si encontraré respuestas, pero al menos intentaré honrar su memoria buscándolas. Se lo debo. Por todas las veces que me abrazó cuando me sentía sola, por todas las historias que me contó para hacerme soñar con mundos lejanos, por ser la madre que mi madre nunca supo ser.

Capítulo 6

Lucía

El regreso lo hago conduciendo en silencio, recordando lo leído en el diario de mi abuela, en cómo contaba su historia, las páginas amarillentas que he ido pasando con cuidado, las fotografías y el medallón encontrado con la inscripción.

—James existió —afirmo con una sonrisa.

Han pasado dos días desde el entierro de mi abuela, apenas he dormido, leyendo cada palabra escrita por ella. Descubrí detalles de una vida que no conocía. En ese diario cuenta bombardeos y miedo, pero también escribió de esperanza y amor que sintió por el médico americano de sonrisa amable y manos fuertes.

He dejado muchas cosas en casa de mi prima, y me ha prometido que volverá a la casa y revisará. Recuerdo la conversación con ella y sonrío.

—Quizá pueda aparecer algo más —asegura acariciando mi brazo.

—Ya no podremos entrar en la casa.

—Yo sí podré —dijo con una sonrisa divertida.

—¿Cómo?

—Martín es el propietario de la inmobiliaria del pueblo, él tendrá la venta.

La miré entrecerrando los ojos y recordé que me había dejado una tarjeta. Fui a mi bolso y la busqué, no podía ser que no me hubiera dado cuenta ese día. Cuando lo comprobé, vi realmente que lo que decía mi prima era cierto. La miré con los ojos muy abiertos y ella se encogió de hombros con satisfacción. Sabía que, aunque mi madre nos pudiera poner trabas para entrar, ella lo podía conseguir.

—¿Algo que tengas que contarme? —pregunté con curiosidad.

Negó con la cabeza y el brillo de sus ojos la delataron.

—Noooo, no puede ser —dije sin poder aguantar las ganas de reírme.

—No hay nada entre nosotros, aunque…

Dejó un tiempo de misterio en el que yo me desesperé.

—¿Qué?

—Hemos ido a cenar dos veces —terminó confesando.

—Vaya, así que te gusta Martín, el nieto de Remedios.

—Un poco solo.

—Él estaba casado —afirmé.

—Como yo. Los dos nos hemos separado, él volvió al pueblo antes de yo separarme. Pero últimamente hemos estado quedando. Ya no es aquel joven impertinente y caprichoso.

—Todos maduramos —aseguré—. ¿Cuándo piensas dar el paso?

—¿Dar el paso?

—Acostarte con él, Blanca —dije poniendo los ojos en blanco.

—Después de la tercera cita.

Suspiré con resignación y me negué a hablar de sus normas. Ya somos mayorcitas para saber qué hacía cada una con su vida sexual. Blanca me contó que ella había hablado con Martín y que le había dicho que le dijera a mi madre que él podía vaciar la casa, así ella no se tenía que preocupar. Martín sabía cómo era Pilar, mi madre, así que le aseguró que la inmobiliaria se ocuparía de todo lo que no se llevara de la casa.

Metida en mis pensamientos, llego hasta el edificio donde tengo el piso. Tras aparcar subo hasta mi apartamento. Dejo mi bolso en la entrada y coloco la mochila encima de la mesa del comedor.

Me siento agotada, tomo asiento en el sofá y, tras darme unos minutos, pienso en que tengo que cumplir con la promesa a mi abuela. Ya tengo las pruebas que corroboran que su historia es real. Cojo mi móvil y llamo a Luz.

—¿Ya estás en Madrid? —pregunta nada más descolgar.

—Acabo de llegar. ¿Podemos vernos?

—Claro. ¿Quieres que vaya a tu casa? Puedo llevar algo de comida para la cena.

—Te lo agradecería. No tengo nada en la nevera —respondo aliviada.

—Estaré allí en una hora.

Mientras espero, saco los objetos de mi mochila y los pongo cuidadosamente sobre la mesa. El diario, las fotografías, cada una metida en una funda protectora que compré en el pueblo y el medallón.

Lo abro y vuelvo a leer la inscripción: "To M, with eternal love. J.M." Siento una conexión inexplicable con este objeto, como si fuese un puente entre mi abuela y yo, entre el pasado y el presente.

El timbre suena y me dirijo a la puerta para abrir. Luz está allí, con una bolsa de comida tailandesa y una botella de vino.

—Pensé que esto te ayudaría tras los días que has tenido —dice entrando—. ¿Cómo estás?

—Sobreviviendo —respondo con gesto de cansancio.

Nos sentamos a la mesa tras servirnos la comida, por suerte, es amplia y sé que Luz tendrá cuidado y no manchará nada. Ella observa con curiosidad todo lo que tengo expuesto.

—¿Es esto lo que encontraste? —pregunta señalando el diario.

—Sí. Es lo que mi abuela escribió durante la guerra. Hay partes que están en francés, pero puedo entenderlo. Y estas son algunas de las fotografías.

Le paso la foto donde aparece mi abuela junto a James. Ella la mira con atención.

—Es guapo —comenta mirándome—. Se ve la química entre ellos, incluso en una fotografía tan antigua.

—Ya, aquí está el medallón que le regaló.

Luz lo toma con cuidado y lee la inscripción para después mirarme.

—¿Has averiguado algo más sobre él?

—Solo lo que cuenta mi abuela en su diario. Se conocieron en un hospital de campaña cerca de Normandía en 1944. Él era médico militar, ella era enfermera voluntaria. Según lo que cuenta, tuvieron una relación durante varios meses.

—¿Menciona qué pasó después? ¿Por qué se separaron?

Niego con la cabeza mientras sirvo un poco más de vino.

—Al principio habla de los bombardeos, los heridos que llegan. Después, está cuando llegan los aliados tras el desembarco de Normandía, ahí conoce a James. El rastro se pierde en abril de 1945.

A él lo envían al frente, la guerra ya estaba en su etapa final. James le había prometido contacto, pero nunca lo tuvieron. Sabía que un convoy había sido atacado, pero ella no volvió a saber nada. Después de eso volvió a España.

Luz me mira con esa expresión que conozco bien, la que pone cuando está analizando.

—¿Has pensado en cómo vas a continuar con la investigación?

—No sé por dónde empezar. Tengo un nombre James y una inicial de su apellido la M, y sé que era médico del ejército de Estados Unidos. Pero no sé mucho más, aunque mi abuela habló de él después del desembarco, no sé si él ya estaba ahí y ella llegó después de eso. Aparte habrá mil James que fueron a la guerra.

—Deberías empezar por algún museo o archivo especializado —sugiere Luz—. En Estados Unidos son muy cuidadosos con sus registros militares. Debe existir algún museo dedicado específicamente a médicos militares o al cuerpo médico.

—¿Crees que podrían tener información sobre él después de tanto tiempo?

—Es posible. Los americanos documentan todo obsesivamente. Y si fue médico militar, probablemente existan registros de su servicio, sus destinos, incluso tal vez informes médicos que redactó.

Luz tiene razón. Abro mi portátil y comenzamos a investigar juntas. Pasamos la siguiente hora buscando museos y archivos en Estados Unidos que pudieran tener información sobre médicos militares durante la Segunda Guerra Mundial.

—Mira esto —dice Luz señalando la pantalla—. El Museo de Historia de la Segunda Guerra Mundial de Massachusetts. Tienen una sección dedicada al personal médico militar y archivos de historias personales. Está en Boston.

Entro en su página web y efectivamente parece perfecto. Tienen una extensa colección de uniformes, equipamiento médico de la época y, lo más importante, un archivo con historias personales de médicos y enfermeras que sirvieron en Europa.

—Voy a escribirles —digo decidida.

—¿Ahora? —pregunta Luz mirando el reloj—. Son las once de la noche, puedes dejarlo para mañana.

—No puedo esperar. Si no lo hago ahora, quizás mañana me arrepienta o piense que es una locura.

Mientras redacto el correo, siento que mi abuela estaría orgullosa. Estoy cumpliendo mi promesa, estoy intentando descubrir qué pasó con James.

Releo el email antes de enviarlo, parece demasiado íntimo, pero no puedo evitarlo. La búsqueda que hago es personal.

—¿Crees que responderán? —pregunto a Luz mientras pulso el botón de enviar.

—No pierdes nada intentándolo —responde—. Y si no, siempre puedes buscar otras vías. Registros militares, asociaciones de veteranos, archivos nacionales...

—Siento que le debo esto a mi abuela —digo mientras cierro el portátil—. Sus últimas palabras fueron pidiéndome que averiguara qué pasó con James. No puedo fallarle.

Luz coge mi mano por encima de la mesa y la aprieta.

—No le estás fallando. Estás haciendo más de lo que muchos harían. Y sea cual sea el resultado, estarás honrando su memoria. Casi nadie en ese pueblo la creía.

—Lo que no entiendo es porque nunca me mostró todo esto, Luz. ¿Por qué permitió que la gente pensara que todo era una mentira?

—Nunca lo sabremos, Lucía. Lo que si puedes hacer es cumplir con lo que te pidió y encontrar a James o por lo menos saber qué pasó con él.

Nos quedamos en silencio un momento. Me pregunto si James seguirá vivo, si recordará a una joven enfermera española en la Francia ocupada, si sabrá que ella nunca lo olvidó.

—¿Y si está vivo? —pregunto casi en un susurro.

—Sería muy mayor —responde Luz—. Pero es posible. Hay veteranos de la Segunda Guerra Mundial que aún viven.

—¿Y si nunca regresó con mi abuela por qué no pudo? ¿Y si estuvo herido o prisionero?

—Son preguntas que quizás nunca tengan respuesta, Lucía. Pero vale la pena intentar descubrirlo.

Asiento, agradecida por su comprensión. Muchos pensarían que estoy persiguiendo fantasmas, pero Luz entiende lo importante que

es esto para mí.

—Voy a necesitar unos días más antes de volver al trabajo —le digo.

—Tómate el tiempo que necesites. El trabajo no se va a ir a ninguna parte.

—Gracias. No sé qué haría sin ti.

Luz sonríe y se levanta para recoger los platos. Es tarde y ambas estamos cansadas. Antes de marcharse, me abraza con fuerza.

—Cuéntame cualquier novedad, ¿vale? Y descansa un poco. Tu abuela estaría orgullosa de ti, pero también querría que te cuidaras.

Cuando se va, vuelvo a quedarme sola con los recuerdos de mi abuela esparcidos sobre la mesa. Tomo el medallón y lo aprieto en mi mano, como si pudiera transmitirme algún mensaje del pasado.

—Voy a encontrarlo, abuela —susurro—. O al menos, voy a descubrir qué le pasó. Te lo prometo.

Capítulo 7

Kate

Estoy en mi despacho con Robert, que está organizando toda la parte médica de la Segunda Guerra Mundial.

—Deberíamos exponer las cartas de tu abuela —insiste Robert.

—Mi padre no quiere, es más, ni yo he tenido acceso a todo. Las guarda como una reliquia muy personal, sabes cómo es. Podemos exponer copias de lo que nos deja, de lo demás, ni lo voy a volver a intentar.

Robert bufa de desesperación. Sé que son cartas muy bonitas, en ellas se carteaban mi abuela y él, después de que lo mandaron al frente. Sé que hay más cartas, pero mi padre solo nos deja unas pocas. Siempre dice que es algo muy personal, que cuando él muera yo podré hacer lo que quiera.

Golpean en la puerta y, tras dar permiso, entra Megan.

—¿Necesitas algo? —pregunto al verla.

—Ha llegado un correo electrónico interesante. Realmente hace unos días, pero lo acabo de ver —reconoce bajando su mirada.

—Continúa —le pido.

—Una periodista española quiere consultar nuestros archivos sobre personal médico estadounidense destinado en Europa. Dice que está investigando sobre un médico llamado James.

Miro a Robert y pienso que eso debería llegar a su email, que es trabajo de él, no de Megan.

—He estado revisando lo de la exposición y he pedido ayuda a Megan con los emails —se defiende.

—Parece interesante —respondo volviendo a mirar a Megan—. ¿Mencionó algo más?

—Que es una historia familiar. Su abuela fue enfermera en Francia durante la guerra y aparentemente tuvo algún tipo de relación con este médico. Está buscando información sobre qué le pasó después.

—Otro romance de guerra —dice con nostalgia Robert—. Hubo tantos, algunos con finales felices, como el de tu abuelo; otros no.

—Háblame más de esa periodista —le pido a Megan mientras me levanto para servirme más café.

—Se llama Lucía Álvarez. Trabaja para una revista en Madrid. Parece bastante profesional, ha adjuntado su credencial de prensa y referencias.

—Bien, respóndele que estaremos encantados de ayudarla. Pídele más detalles sobre James. Unidad, rango, apellido, fecha aproximada del servicio en Europa. Cuanta más información tengamos, más fácil será buscar en los archivos —le pido a Megan.

Ella asiente y sale del despacho. Robert se queda mirándome, sé que está pensando en algo, pero necesito saber lo que es.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. Solo que te brillan los ojos cuando aparece un nuevo misterio. Recuerdo que cada vez que analizamos algo te entusiasma, tus ojos expresan lo que estás sintiendo, se iluminan. Cuando descubrimos las cartas codificadas de un espía de Estados Unidos el año pasado. Tienes esa misma cara.

Sonrío, sabiendo que tiene razón. Nada me apasiona más que desentrañar las historias personales que se esconden tras los grandes acontecimientos históricos.

—La historia no está en los libros de texto, Robert. Está en las cartas de amor escondidas en áticos, en los diarios olvidados en cajas de zapatos, en las fotografías sin nombre que guardan secretos.

—Y por eso eres la mejor directora que este museo ha tenido —dice con sinceridad—. Porque ves personas donde otros solo ven fechas y batallas.

Sonrío al escuchar el cumplido. Si me dedico a esto es por las historias que me contaban, porque sé que nunca hay que olvidarse del pasado. Yo saco el lado romántico de las cosas, pero la realidad fue mucho más dura, gente muriendo, familias divididas. El mundo en aquellos años era un caos, que jamás debemos olvidar o estaremos condenados a repetir la historia.

—Ve a preparar lo que estabas haciendo, no quiero quitarte más tiempo —le digo cambiando de tema.

—Sí, es mejor que me ponga ya a trabajar, que abrimos en veinte minutos —dice poniéndose de pie.

—Gracias por estar a mi lado —digo antes de que salga.

—A ti, por hacer que todo esto sea posible.

Cuando sale y me deja sola en el despacho, recuerdo las historias que me contaba mi abuelo, Arthur Smith. Fue destinado a Francia como médico, hay fotos expuestas de él con más compañeros en el frente. Siempre con una sonrisa a pesar de lo que estaba sucediendo.

Capítulo 8

Lucía

He tenido que volver a la redacción. Estoy sentada frente a mi escritorio, intentando hacer mi trabajo, pero no puedo dejar de pensar en lo que le prometí a mi abuela. Me digo que lo he intentado, necesito que me contesten del museo para poder seguir, no puedo ir dando tumbos con una información escasa.

—¿Terminaste de transcribir la entrevista? —pregunta Luz, apoyándose en mi mesa.

—Casi —respondo, estirándome—. Me falta solo el final.

—Vamos a almorzar. Necesitas descansar —no es una sugerencia.

Sonrío agradecida por sacarme de allí. Cojo mi bolso y mi teléfono vibra con la notificación de un correo nuevo. Lo miro por inercia y me quedo paralizada al ver el remitente: Museo de Historia de la Segunda Guerra Mundial de Massachusetts.

—Luz —la llamo nerviosa—. Han respondido.

—¿El museo? —pregunta poniéndose a mi lado—. ¡Ábrelo!

Tomo asiento y lo abro en el ordenador, así mi jefa y amiga también lo puede leer. No es de la directora, como esperaba, sino de alguien llamado Robert Harper, conservador del museo.

En el correo se presenta y me dice que mi caso ha causado interés por parte del museo, ya que es importante para ellos conservar las conexiones que tuvieron los soldados durante la guerra. También me pide todo lo que tenga, fotos, algún apellido, número de servicio. Cualquier cosa que les sea de ayuda para localizar a James y su historia después de la guerra.

—¡Esto es genial, Lucía! —exclama Luz, que ha leído el correo—. Están interesados en ayudarte.

—Pero quieren más información —respondo, sintiendo una mezcla entre esperanza y preocupación—. No sé si tengo suficiente

para que puedan identificarlo. Ni siquiera sé su apellido, solo que se llama James.

—Envíales todo lo que tengas. Las fotos, imágenes del medallón, fragmentos del diario donde lo nombra. Cualquier detalle puede ser clave.

—¿Crees que vale la pena? Es muy poco lo que tengo.

—Absolutamente —afirma—. Estos museos tienen archivos enormes, bases de datos, registros que no están disponibles al público en general. Si alguien puede ayudarte, son ellos.

Miro la hora y son algo más de las dos de la tarde, en Boston es temprano todavía, algo más de las nueve de la mañana. Tengo tiempo de mandar el correo más tarde.

—Deberíamos comer primero —digo, poniéndome de pie—. Después preparo para enviárselo, que está en mi casa.

—No —dice sujetando mi brazo—. Iremos a tu apartamento ahora. Pediremos comida para llevar y prepararemos todo lo que tienes. Esta es tu prioridad ahora, lo que estabas haciendo lo puedo terminar yo.

La miro sorprendida. Sabe lo importante que es para mí todo esto, y me apoya. La abrazo y ella me lo devuelva. Sus brazos, los que una vez fueron pasión y deseo, ahora son un lugar seguro.

Una hora después, estamos sentadas en el sofá con unas cajas de pizza, y toda la documentación encima de la pequeña mesa.

—Tenemos que enviárselo todo —dice Luz sacando su móvil—. Tengo un programa que hace buenas fotos y las podemos unir todas en un archivo.

—Perfecto. Empecemos con las fotos donde aparece James —digo, separando las tres fotos en las que aparece.

Luz comienza a colocar todo por separado, mientras yo pienso que esta es una oportunidad para saber quién es el médico americano y lo que pasó con él. Mi abuela solo ponía anotaciones cuando estaba James, siempre algo romántico, personal. James y yo en la enfermería, en ella también pone un año, pero no hay nada más.

—Son perfectas —comenta Luz al ver las imágenes en su móvil —. Se les ven claramente las caras, son nítidas a pesar de la época.

Se puede ver bien su uniforme, por ahí pueden sacar información.

Por un momento me entusiasmo, es verdad que por el uniforme pueden sacar información, no había caído en eso. Ellos son expertos, yo solo soy una simple periodista en busca de la historia de amor de su abuela.

—¿No hay nada en el diario que indique el apellido de James? —pregunta.

—No, solo hay algunas fechas, pero tampoco nada específico.

Cojo el cuaderno y comienzo a pasar las hojas con cuidado, deteniéndome en la fecha en la que conoció a James. La letra de mi abuela tampoco es que fuese perfecta, pero es legible a pesar de que es pequeña.

—Aquí —digo señalando la fecha—. Habla del nuevo médico americano. Lo conoció en junio de 1944. Después menciona que pertenecía a un hospital de campaña móvil, pero no especifica nada.

Luz observa cómo paso las páginas con sumo cuidado, intentando encontrar algo que ya he leído hasta que doy con ello.

—Esto es de septiembre, aquí cuenta que él era de Boston, que estudiaba medicina cuando estalló la guerra y que lo reclutaron. Pero no hay rastro de su apellido o alguna otra información. Solo le dice: mi James.

—¿Hay alguna otra información antes de que James apareciera? ¿Algo relacionado con el campamento en que estaba?

—No hay nada, es como si el diario empezara poco antes de la aparición de James. Como si escribir todo lo que estaba sintiendo fuese una vía de escape. Aparte, mi abuela era muy joven, apenas tenía diecisiete años.

—¿Cómo dejaron que se alistara? Estábamos en una dictadura.

—Pertenecía a la Cruz Roja. Fue a través de ellos, eso sí que lo sabía, porque me lo había contado ella. Todo lo que nombra es de la gente que estaba, del campamento americano no nombra nada.

—¿Sabes alguna misión que estuviera y la haya nombrado?

—Nada, además necesito buscar información de cómo mi abuela llegó a Normandía. No tengo nada —digo con frustración.

—Por una investigación que hice hace años —empieza a contar Luz—. Sé que España se mantuvo al margen, aunque el régimen

mandó ayuda. La Cruz Roja Española sí que ayudó, pero sé que se encargó la Internacional. España siempre tuvo un papel con cautela. Quizá tu abuela terminó en la Internacional y así pudo ayudar. Si ella no te contó y no hay nada escrito en ese diario, es difícil saber cómo llegó a Normandía.

—Esto es una mierda, Luz. No entiendo por qué le prometí esto.

—Tranquila —dice acariciando mi brazo—. Encontraremos cómo fue la historia. Ahora soy yo la que quiere saber qué pasó con James y por qué tu abuela no pudo vivir su amor con él.

—Gracias —susurro.

Me quedo en silencio mientras Luz no me dice nada, solo teclea en su móvil y yo observo todo lo que tengo encima de la pequeña mesa. Pienso en cómo me ha cambiado la vida en apenas unos días. Estoy buscando algo que pasó hace demasiado tiempo y que no creo que tenga las respuestas que necesito.

—Ya lo tengo todo, te lo he enviado a tu email —dice Luz, sacándome de mis pensamientos—. Ahora solo falta que escribas ese correo con toda la información que tenemos, hay que ser muy claras.

Abro el portátil y comienzo a redactar el correo:

Estimado Sr. Harper:

Agradezco enormemente su respuesta y su interés en mi investigación.

Adjunto todo el material que tengo sobre el médico que conoció a mi abuela durante la guerra. Como mencioné, solo sé que se llamaba James y que era médico militar estadounidense en Francia durante 1944.

A continuación, le detallo lo que he podido recopilar:

1. Tres fotografías donde aparece James junto a mi abuela, Mercedes Gómez, quien sirvió como enfermera voluntaria en Francia.

2. Imágenes del medallón que él le regaló, con la inscripción "To M, with eternal love. J.M."

3. Fotografías de las páginas del diario de mi abuela donde menciona a James y algunos detalles sobre él:

- Era de Boston

- Estudiaba medicina cuando comenzó la guerra

- Trabajaba en un hospital de campaña móvil cerca de Normandía

El último registro que mi abuela hace de él es de principios de noviembre de 1944, cuando menciona que James fue enviado a un "puesto avanzado cerca de la frontera alemana" y después de eso no volvió a saber de él.

Entiendo que esta información es limitada, pero espero que pueda ser suficiente para iniciar una búsqueda en sus archivos. Cualquier pista, por pequeña que sea, sobre qué pudo ocurrirle a James después de esa fecha sería muy importante para mí.

Como mencioné en mi correo anterior, estoy dispuesta a viajar a Boston si fuera necesario para avanzar en esta investigación.

Nuevamente, gracias por su ayuda.

Atentamente,

Lucía Álvarez.

Releo todo antes de dar al botón de enviar. Cuando lo hago, siento una mezcla entre esperanza por saber qué pasó y nerviosismo.

—Ya está —digo cerrando el portátil—. Ahora solo queda esperar.

—Has hecho todo lo que podías. El resto ya no depende de ti — dice apretando mi mano.

—¿Y si no es suficiente? —pregunto nerviosa—. ¿Y si no quieren buscar?

—Buscaremos otras vías, Lucía, pero ahora no te preocupes por esto. Es más, sabes que puedes ir hasta Boston y ser tú misma quien comience con esa búsqueda.

—Es una locura ir allí. Solo espero que me contesten con algo.

—Deja de anticipar las cosas —protesta Luz poniéndose de pie—. Dejemos que respondan.

—Esto es una mierda, no sé por qué, cuando mi abuela me contaba esa historia, no puse más atención.

—Lucía, casi nadie creía esas historias. Tú al menos le has dado la oportunidad de buscar la verdad. Tampoco estás teniendo la ayuda de tu madre.

—Ella se niega al pasado de mi abuela, y no lo entiendo.

—A tu madre no la entiende nadie —asegura encogiéndose de hombros.

Sonrío por sus palabras. Recogemos todo lo que tenemos en el salón y salimos de mi apartamento, para ir a la redacción. Ella a ocupar su puesto de jefa y yo a terminar de escribir el final de esa entrevista.

Capítulo 9

Kate

Estoy en mi oficina revisando los correos. Megan me ha reenviado el email que ha mandado la periodista española, Lucía Álvarez. Las fotografías que envía están perfectamente conservadas. Muestra a dos jóvenes, ambos sonriendo, por el texto adjuntado, son el médico americano y la enfermera española, que es la que debe ser su abuela. Ambos posan y justo detrás hay un hospital de campaña, pero no logro ver alguna referencia, más que el uniforme que él lleva.

Robert entra a mi despacho con un café para cada uno. Le agradezco y le giro la pantalla para que vea lo que estoy mirando.

—¿Has visto esto? La periodista ha respondido con todo lo que tiene.

Robert se sienta frente a mí y mira las imágenes detenidamente.

—Son buenas fotografías para la época —comenta, inclinándose para verlas mejor—. Mira ese medallón, es muy personal.

—El diario también es fascinante —digo mientras se lo muestro —. Pero, Robert, hay muy poca información concreta. Solo un nombre, que era de Boston y estudiaba medicina cuando comenzó la guerra.

—No es mucho para empezar una búsqueda —reconoce suspirando.

Me recuesto en mi silla y tomo un sorbo de la taza de café.

—James de Boston, médico durante la guerra. ¿Sabes cuántos hombres con ese perfil podría haber? Cientos, quizá miles —afirmo.

—Es que Boston era un centro importante de formación médica en aquella época —añade—. Harvard, Tufts, Boston University… todos tenían escuelas de medicina que enviaron estudiantes y profesores al frente.

Miro otra vez las fotos. Hay algo en la forma que ese hombre mira a la abuela de Lucía, una intensidad que trasciende el tiempo.

Incluso en la foto, siendo de aquella época, se puede observar que ese hombre sentía amor por esa mujer.

—¿Qué piensas que deberíamos hacer? —pregunto a Robert que sigue con la mirada en la pantalla.

—Kate, siendo realistas, no podemos dedicar nuestros recursos exclusivamente a esta búsqueda ahora mismo. Tenemos la exposición de enfermeras en preparación, la visita de los Coleman, sabes que necesitamos esa donación…

—Y el inventario anual —expongo, sabiendo la montaña de trabajo que queda pendiente.

—Exacto. Es una búsqueda fascinante, pero necesitaría a alguien trabajando exclusivamente en ello durante semanas, quizá meses.

Me levanto y camino hasta la ventana, puedo observar cómo la gente entra y sale del museo. Me gusta que, con el paso del tiempo, hayamos podido mantener este lugar abierto y es porque nunca dejamos de encontrar nuevas historias, pero esta tiene que esperar. Vuelvo a mi silla y releo lo que ha escrito Lucía y su última frase hace que mire a Robert.

—Ella menciona que estaría dispuesta a viajar a Boston —digo, señalando la pantalla.

—Eso cambiaría las cosas. Si ella viniera, podríamos darle acceso a nuestros archivos y orientarla.

—Exacto. Podría utilizar nuestras instalaciones, los registros digitalizados, incluso los que aún no hemos hecho públicos. Y ayudarla cuando tuviéramos algo de tiempo libre.

Robert asiente y veo el entusiasmo en su mirada.

—Es lo mejor que podemos ofrecer ahora mismo. Honestamente, si quiere respuestas rápidas, es mejor que venga —afirma.

—Voy a escribirle ahora mismo. Quiero explicarle personalmente nuestra situación.

Robert se pone de pie y se apoya en la mesa.

—Le daré acceso a los archivos del Cuerpo Médico del Ejército si decide venir. Tenemos documentación que podría ayudarla a reducir la búsqueda.

—Gracias, Robert.

Cuando se marcha, me coloco bien en mi silla, le doy al botón de responder y comienzo a redactar la respuesta. Intento ser amable, pero honesta sobre nuestras limitaciones.

Estimada Sra. Álvarez:

He revisado con gran interés la documentación que nos ha enviado sobre su búsqueda. Las fotografías y el medallón son verdaderamente increíbles, y entiendo perfectamente lo importante que es para usted descubrir qué ocurrió con James.

Sin embargo, debo ser sincera: la información de que disponemos es muy limitada para iniciar una búsqueda efectiva. Sin un apellido completo, número de servicio militar o unidad específica, tendríamos que revisar miles de registros manualmente, lo cual, con nuestro personal actual y los compromisos del museo para las próximas semanas, no nos es posible asumir en este momento.

No obstante, tengo una propuesta que podría funcionar. Si usted pudiera viajar a Boston, como mencionó estar dispuesta, le ofreceríamos acceso completo a nuestros archivos, un espacio de trabajo en el museo y la orientación de nuestro equipo para que pueda llevar a cabo la investigación personalmente. Tenemos documentación que no está disponible en línea y que podría ser crucial para su búsqueda.

Entiendo que viajar es una inversión considerable, pero creo sinceramente que es la forma más eficaz de avanzar con su investigación en este momento. Si decide venir, estaremos encantados de ayudarla en todo lo que podamos.

Por favor, hágame saber si esta opción le resulta viable.

Atentamente,

Kate Smith.

Directora

Museo de Historia de la Segunda Guerra Mundial de Massachusetts

Releo el correo varias veces antes de enviarlo. Espero expresar bien que no es falta de interés, sino una cuestión de que ahora mismo no podemos poner recursos. Pulso en el botón de enviar y me recuesto en la silla tras hacerlo.

Quiero que acepte la propuesta, que venga a Boston y se pueda saber la historia de James y la abuela de Lucía. Que se sepa qué fue

lo que pasó tras un momento donde las bombas eran lo que se escuchaba durante todo el día, pero así y todo el amor surgía por mucha hostilidad que hubiese en el ambiente.

Capítulo 10

Lucía

Estoy tras mi escritorio de la redacción. Ayer envié el correo y no he recibido ningún email del Museo. Mi pierna se mueve de forma constante, inquieta, nerviosa por si obtendré respuesta, necesito saber si pueden ayudarme.

—¿Estás bien? —me pregunta Diego, un compañero de la redacción.

—Sí.

—Solo mueves la pierna de esa forma cuando estás estresada. ¿Qué te pasa? ¿Es por los recuerdos de tu abuela?

—No, solo que espero un correo importante.

—¿Segura? —insiste.

—Sí, Diego, está todo bien. Es solo eso.

—Te iba a invitar a un café, pero creo que una tila te vendría mejor.

No deja que le responda y se va hacia el office donde tenemos una pequeña cocina. Tras unos minutos regresa y deja una taza en mi mesa.

—Tómatelo —me exige.

—Sabes que no me gustan esas cosas.

—Empieza a beber —dice con autoridad.

Resoplo y bebo un sorbo, lo miro sorprendida porque no sabe tan mal como recordaba.

—Todo con miel sabe mejor —dice sonriendo.

Pongo mis ojos en blanco, negando con la cabeza cuando escucho mi móvil vibrar y lo miro rápidamente. Es del museo, lo abro y me doy cuenta de que ahora sí que me ha respondido la directora. Kate Smith.

—Me ha respondido —digo a Diego antes de comenzar a leer.

Él simplemente sonríe, me guiña un ojo y se marcha a su sitio, dejándome sola leyendo lo que me ha escrito esa mujer.

Leo el correo con calma, intento procesar todo lo que me dice. Ha sido amable en sus formas, incluso comprensiva. Pero el mensaje es claro, si quiero respuestas, tengo que ir.

Sin pensarlo, me levanto y me dirijo al despacho de Luz. Golpeo la puerta y entro sin que me dé paso. Ella está en medio de una llamada, pero al ver mi expresión, se despide rápidamente y cuelga.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, señalando la silla para que tome asiento.

—Han respondido del museo —digo, dándole el móvil—. Quieren que vaya a Boston.

Luz lee el correo con atención mientras yo me dejo caer en la silla. La observo expectante, para ver cuál es su cara al leerlo.

—Era de esperar —dice, devolviéndome el móvil—. Con tan poca información, para ellos es más viable ayudarte que buscar. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Luz, sé que esa posibilidad existía, pero me parece un poco locura. No sé el tiempo que estaré, necesito buscar alquiler, los billetes.

—¿Qué alternativa tienes? —me pregunta apoyándose en el escritorio—. Si realmente quieres cumplir tu promesa, esta es tu oportunidad.

Me quedo en silencio, sabiendo que tiene razón. Sé que puedo costearme ese viaje, lo que me preocupa es mi trabajo y el tiempo que estaré fuera. Tendré que dedicarme a la búsqueda, todas las horas del día para eso.

—Convierte esto en un reportaje —dice con una sonrisa—. Sé que es personal, no tienes que incluir detalles que no quieras. Solo la historia de amor en tiempos de guerra. La revista puede cubrir parte de los gastos, e incluso tu sueldo seguiría intacto, pero ha de ser una historia contada aquí. Queremos la exclusividad.

—¿En serio cubrirían parte del viaje y mantendría mi mensualidad? —pregunto, sintiendo que todo esto puede ser posible.

—Completamente. Si encuentras algo, sería genial. Sabes que nuestras lectoras son la gran mayoría mujeres. Leer esto les encantará y más si es real.

—Los plazos, no sé cuánto tiempo me llevarán. ¿Lo que tengo pendiente aquí?

—Yo me encargo de organizarlo todo. Podemos empezar porque vayas dos semanas y vamos viendo, si en ese tiempo encuentras algo, amplías la estancia allí.

Siento una emoción que tengo contenida, quiero abrazarla, pero todavía hay muchas cosas que aclarar.

—¿Qué me dices? —pregunta recostándose en su silla.

—Acepto —digo entusiasmada—. Voy a ir a Boston.

—Esa es mi chica —sonríe Luz, levantándose para abrazarme—. Hablaré con la administración para que reserve los vuelos y el hotel. Mientras tanto, prepara todo lo que necesites para llevar. Recuerda que irás con Visa de turista.

—Gracias.

—No me las des, al final esto es trabajo.

—Me estás ayudando —afirmo.

—Digamos que nos ayudamos mutuamente.

—¿Cómo haremos lo del reportaje? —pregunto queriendo saber qué es lo que se le está pasando por la cabeza.

—Como no sé si encontrarás algo, que te parece si vas documentando todo y haces una entrada en la web semanalmente, con el proceso de búsqueda. Si quieres, no nombres que es tu abuela, solo algo que llegó a tus manos de forma inesperada y que decidiste ir a la búsqueda de respuesta.

—Me parece una idea genial —afirmo—. Sobre decir quién es, eso creo que lo decidiré cuando empiece a escribirlo.

—Perfecto. Pues responde a ese correo y yo voy a gestionar tu marcha.

—Gracias —susurro antes de volver a abrazarla.

Salgo del despacho y me siento en mi sitio. Tengo el móvil entre mis manos y comienzo a responderle a Kate:

Estimada Sra. Smith:

Agradezco enormemente su honestidad y comprensión. Entiendo perfectamente las limitaciones y acepto su propuesta. Viajaré a Boston lo antes posible para continuar la investigación en persona.

Gracias nuevamente por su disposición a ayudarme en esta búsqueda tan importante para mí.

Saludos cordiales,

Lucía Álvarez.

El resto del día pasa entre preparativos. Luz cumple su palabra y para la tarde ya tengo confirmación de mi vuelo para dentro de dos días y reserva en un pequeño hotel cerca del museo. También me asigna oficialmente el reportaje sobre "Historias olvidadas de la Segunda Guerra Mundial", que será mi coartada profesional para este viaje.

Cuando llego a casa, me tiro en el sofá, sonrío pensando en cómo mi vida está cambiando con el fallecimiento de mi abuela. En que me voy a embarcar en la búsqueda de su historia, de esa que mantuvo callada durante mucho tiempo y cuando la contó, nadie la creyó.

Cojo mi móvil para llamar a mi prima, sé que ella está tan intrigada como yo por saber qué hay en esta historia, así que decido contarle que me voy a Boston. Descuelga en el primer tono.

—¿Ha pasado algo? —pregunta nada más descolgar.

—Me voy a Boston. El museo no puede ayudarme a distancia, así que voy personalmente.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—En dos días. La revista va a cubrir el reportaje.

Hay un momento de silencio que decide romper ella.

—Tu abuela estaría muy orgullosa —dice finalmente—. No cualquiera cruzaría un océano por una promesa.

—Ojalá le hubiese prestado más atención cuando me contaba sus historias. Ahora tengo tantas preguntas que ya no puedo hacerle.

—Pero al menos tienes su diario, las fotografías. Pronto tendrás acceso a los archivos de ese museo.

—Espero encontrar algo —digo suspirando.

—Claro que vas a encontrarlo. ¿Se lo vas a contar a tu madre? —pregunta.

—No lo sé, al menos por ahora no. ¿Sabes algo de la casa?

—Está en venta, estoy ayudando a sacar muchas cosas. ¿Sabes que la casa tenía un sótano y está lleno de trastos? —dice sorprendida.

—Sí, sé del sótano, era donde se guardó después de fallecer mi abuelo sus pertenencias. Allí ya no bajábamos.

—Pues estoy ayudando a Martín a sacarlo todo.

—Veo que te llevas bien con Martín —respondo riendo.

—No hay nada.

—Yo no he dicho eso. Solo que…

—Ya —me corta.

Comienzo a reír y ella se contagia.

—Digamos que por ahora somos amigos.

—Date la oportunidad de volver a amar, Blanca. No todos son iguales.

—Por suerte —la escucho suspirar—. Sé que tengo que dejar de huir, pero estoy en ese proceso. Por ahora estamos bien conociéndonos —reconoce al fin—. Los dos vamos despacio y me gusta que sea así.

Nos despedimos, ella me desea suerte con mi búsqueda en Boston y con la promesa de que, si encuentra algo en ese sótano, me lo dirá. Yo insistiendo en que simplemente haga lo que desee en cada momento y que deje de esconderse.

Dos días después estoy cerrando la maleta en mi apartamento. He revisado mil veces que llevo todo lo que necesito. El diario, las fotografías y el medallón.

Luz me llama para confirmar que está abajo esperando. Cuando cuelgo, miro por última vez a mi alrededor, preguntándome si estoy cometiendo una locura o embarcándome en la aventura más importante de mi vida.

Me subo al coche y tras saludarnos nos mantenemos en silencio. Apoyo mi cabeza en la ventanilla, mientras Luz conduce sin decir nada. Estoy ajena a todo lo de alrededor, solo pienso en cómo me he atrevido a esto.

—Te acompaño dentro —dice Luz quitándose el cinturón de seguridad cuando aparca.

Entramos y, antes de pasar el control, me abrazo a mi amiga.

—Gracias —susurro.

—Avisa cuando llegues —me dice—. Y recuerda que esto no es solo por tu abuela. También es parte de tu historia si al final James es tu abuelo.

Asiento, incapaz de hablar por el nudo en la garganta. Tras pasar el control, miro atrás y Luz sigue ahí, levanta la mano y la mueve despidiéndose, yo le devuelvo el saludo y me dirijo a la puerta de embarque.

—Ahora empieza la verdadera historia del pasado de mi abuela.

Capítulo 11

Lucía

El avión aterriza y siento un alivio. El vuelo ha durado más de ocho horas y, aunque me he dormido en alguna ocasión, se me ha hecho inmensamente largo. Para el vuelo de vuelta quiero pasillo, porque por no molestar no me he levantado, salvo dos veces, pero solo para ir al baño.

Camino hasta la cinta donde nos dejan las maletas y pienso que mañana seguramente estaré frente a Kate y así poder empezar a saber más de la historia de mi abuela. Miro el móvil para activar la tarjeta virtual de datos. Luz estuvo al tanto de todo lo que necesitaba y que a mí se me hubiera pasado por alto. Veo que es casi la una del mediodía y yo no sé cómo voy a aguantar sin dormirme al llegar al hotel.

Recojo mi equipaje y paso el control de aduanas, donde me preguntan a qué he venido y he respondido que es para hacer turismo, el agente se ha quedado conforme y tras sellarlo, voy a la parada de taxi y doy la dirección para que me lleve al hotel.

—¿Primera vez en Boston? —pregunta el taxista.

—Sí, primera vez —respondo.

—¿Negocios o placer?

Sonrío falsamente porque no quiero un interrogatorio de alguien a quien no conozco, pero pienso que no lo hace con maldad, es solo curiosidad.

—Un poco de ambas —contesto, y no puedo evitar sonreír de nuevo, porque le he dejado claro que no quiero seguir respondiendo más, y él, por suerte, así lo entiende.

Una vez en el hotel, veo que es pequeño y me gusta. Está ubicado en Back Bay a unos diez minutos a pie del museo.

—¿Vienes por trabajo o vacaciones? —pregunta mientras teclea en el ordenador.

Me doy cuenta de que a la gente le gusta ser demasiado curiosa en esta ciudad.

—Trabajo. Soy periodista —no le miento—. Estoy investigando una historia relacionada con la Segunda Guerra Mundial.

Me mira sorprendida, incluso ha dejado de teclear.

—El museo está muy cerca de aquí, es excelente. Mi abuelo fue veterano de guerra, siempre que venía a visitarme pasábamos horas allí.

—De hecho, voy allí mañana —digo, y siento un cosquilleo en el estómago al pensar que en menos de veinticuatro horas podría estar más cerca de descubrir la verdad sobre James.

—Espero que encuentre lo que busca —dice y me hace entrega de la tarjeta de la habitación.

Entro en la habitación y me dejo caer en la cama, estoy agotada, pero soy consciente de que no puedo dormirme. Cojo el teléfono y le escribo a Luz que he llegado.

El móvil comienza a sonar y es ella.

—Menos mal que te has decidido a hablarme —se queja.

—Perdona, quería estar en el hotel, antes de contarte.

—Estaba preocupada, Paloma ya me había dicho que casi seguro estabas esperando llegar al hotel.

—Chica lista, tu mujer.

—Por eso me casé con ella —afirma riendo.

—Voy a dejarte porque tengo que salir de la cama, voy a comer algo y dar un paseo o me dormiré.

—Perfecto, ya me vas contando. Tampoco quiero agobiarte.

—Te diré algo cuando tenga la primera información. Buenas noches.

—Buenas noches —dice antes de colgar.

A pesar del cansancio, decido salir a dar un paseo y buscar algo de comer. Necesito adaptarme al nuevo horario lo antes posible. Las calles están llenas de gente que regresa a casa después del trabajo. Me detengo en un pequeño café y pido un sándwich y un café. Mientras como, reviso el correo electrónico en mi móvil. Kate Smith me ha escrito confirmando nuestra cita para mañana a las diez.

Regreso al hotel y preparo todo lo que llevaré mañana: el diario, las fotos originales, la grabadora y el portátil. Antes de acostarme, llamo a Blanca para decirle que he llegado bien.

—¿Cómo es Boston? —pregunta.

—Diferente. Una ciudad ordenada. Antigua, pero nueva comparada con Madrid. Mañana voy al museo.

—Estoy segura de que encontrarás algo —dice convencida—. Por cierto, he vuelto a casa de la abuela.

—¿Has encontrado algo? —pregunto emocionada.

—Aún no, pero Martín me está ayudando. Seguiremos buscando, te prometo que, si vemos cualquier cosa, te llamaré de inmediato.

—Muchas gracias.

Después de colgar, me acuesto intentando calmar la necesidad que tengo de que ya sea mañana y pueda empezar a averiguar qué ha pasado con James. Sin darme cuenta, me quedo dormida.

Me despierto sobresaltada pensando que me he quedado dormida y al mirar el móvil me doy cuenta de que son las ocho de la mañana y que tengo tiempo de sobra para prepararme, desayunar en el hotel y salir hacia mi cita con Kate Smith.

El Museo de Historia de la Segunda Guerra Mundial de Massachusetts se alza imponente frente a mí. Es un edificio antiguo, pero bien conservado, con una fachada de piedra y grandes ventanales. En la entrada, una bandera americana ondea junto a una placa conmemorativa.

Respiro hondo antes de subir los escalones de la entrada. En la recepción, una mujer me saluda con una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta con amabilidad.

—Buenos días. Tengo una cita con Kate Smith, la directora. Soy Lucía Álvarez.

—Ah, sí, la periodista española. La directora Smith la está esperando. Sígame, por favor.

Mientras me guía por los pasillos, veo las vitrinas llenas de uniformes, armas, cartas, fotografías… me estremezco al pensar que quizá allí haya algo de James, incluso de mi abuela.

Nos detenemos frente a una puerta de madera oscura. La recepcionista golpea suavemente.

—Adelante —dice una voz desde el interior.

—La señorita Álvarez está aquí —anuncia la recepcionista, y se aparta para dejarme pasar.

Kate Smith se levanta de su escritorio para recibirme. Es una mujer aparentemente de mi edad, cuarenta y algo. Es alta, pelo castaño y recogido en una coleta, lleva una camisa de botones blanca, con algunos desabrochados y una falda.

—Señorita Álvarez, bienvenida a Boston —dice extendiendo su mano—. Es un placer conocerla en persona.

Me quedo como una tonta mirando a la mujer que tengo en frente, es muy atractiva y mi mente está volando a cómo sería besarla, cómo sería pasar una noche con ella. Muerdo mi labio inferior sin darme cuenta y cuando la miro a los ojos veo que está sonriendo y su mano sigue en el mismo sitio esperando que la salude.

—El placer es mío, señora Smith —respondo estrechando su mano—. Por favor, llámeme Lucía.

—Entonces tú debes llamarme Kate y así nos dejamos de formalidades —dice señalándome una silla frente a su escritorio—. ¿Cómo ha sido el viaje?

—Largo, pero sin incidentes —respondo tomando asiento—. Gracias por recibirme con tan poco tiempo de antelación.

—Tu historia me interesó desde el primer momento —confiesa—. No es común que quieran cruzar todo un océano para encontrar a alguien con tan poca información.

—Era importante para mí —digo y saco de mi bolsa las fotografías—. Estas son las originales de las que te he enviado.

—El uniforme es definitivamente del Cuerpo Médico del Ejército estadounidense —confirma—. Y por los detalles, parece tener el rango de capitán, aunque no puedo estar completamente segura con esta imagen.

Observa las otras fotografías, deteniéndose especialmente en las que muestran el campamento médico.

—Este es definitivamente un hospital de campaña de la 3ª Fuerza Expedicionaria de Evacuación —dice, señalando algunos detalles que yo jamás habría notado—. Operaron en Normandía después del Día D. Eso concuerda con lo que mencionabas en tu correo.

Siento cómo mi corazón se acelera, y esta vez no es por la mujer que tengo delante, sino porque está encontrando pistas en esas fotografías.

—¿Eso nos ayudará a reducir la búsqueda? —pregunto con entusiasmo.

—Considerablemente —asiente Kate—. Si podemos confirmar que James servía en esta unidad, tendremos un punto de partida mucho más concreto.

Saco el medallón de la pequeña bolsa protectora donde lo guardo y lo examina con la misma atención meticulosa.

—Es un trabajo precioso —comenta—. ¿Puedo? —pregunta señalando el mecanismo para abrirlo.

Asiento y ella lo abre con cuidado, leyendo la inscripción en voz alta:

—"To M, with eternal love. J.M." —su voz se suaviza al pronunciar estas palabras, como si respetara el sentimiento que contienen—. ¿Sabes de quién es la M?

—Mercedes —confirmo.

—Sabemos que J es de James, pero su apellido, ¿lo sabes?

—No, solo que empieza por M. Es lo único que tengo que podría indicar su apellido.

Kate asiente pensativa.

—Me gustaría que conocieras a Robert Harper, nuestro conservador —dice finalmente—. Él tiene un conocimiento enciclopédico sobre los registros del Cuerpo Médico. Si alguien puede ayudarnos a reducir la búsqueda con tan poca información, es él.

Se levanta y me hace un gesto para que la siga. Mientras caminamos por los pasillos del museo, noto que algunos visitantes la saludan. Es evidente que Kate es muy querida aquí.

—¿Qué te trajo a esto? —me pregunta mientras caminamos—. La historia de la guerra, quiero decir.

—En realidad, soy periodista cultural —confieso—. Esto es... personal. Por mi abuela.

—Las mejores investigaciones siempre lo son —responde con una sonrisa comprensiva—. Personales, quiero decir. Cuando hay algo que te impulsa más allá de la curiosidad profesional.

Llegamos a una sala llena de archivadores y mesas de trabajo. Un hombre mayor, con el pelo blanco y gafas redondas, está inclinado sobre unos documentos.

—Robert —le llama Kate—. Te presento a Lucía Álvarez, la periodista española de la que hemos hablado.

Robert levanta la vista y me observa con curiosidad.

—La mujer que quiere saber qué pasó con James —dice el hombre sonriendo.

—Robert es nuestro oráculo particular —explica Kate—. Si hay algo que saber sobre el personal médico americano en Europa durante la guerra, él lo sabe o sabe dónde encontrarlo.

—He preparado algunos documentos que podrían ser útiles —dice Robert, señalando una mesa donde hay varios archivadores y carpetas—. Registros de la 3ª Fuerza Expedicionaria de Evacuación, informes médicos de los hospitales de campaña cerca de Normandía entre junio y noviembre de 1944...

Me siento abrumada ante tanta información, pero también con muchas ganas de empezar mi búsqueda.

—No sé cómo agradecerles esto —digo con sinceridad.

—Encontrando a James —responde Robert—. Esa será gratitud suficiente.

Kate coloca una mano en mi hombro y yo, por inercia, me separo un poco, como si el contacto me quemara, no sé qué me está pasando.

—Te dejaré con Robert por ahora. Tengo una reunión, pero estaré disponible más tarde si necesitas algo. Hemos preparado un espacio de trabajo para ti en esta sala.

Cuando Kate se marcha, Robert me indica que tome asiento junto a él.

—Vamos a comenzar por lo básico —dice, abriendo uno de los archivadores—. Necesitamos identificar a todos los médicos llamados James con apellido que comience por M que sirvieron en esta unidad específica.

Mientras Robert comienza a explicarme cómo están organizados los archivos, no puedo evitar sentir una mezcla de esperanza y ansiedad. Estoy más cerca que nunca de descubrir la verdad sobre James, el hombre que mi abuela amó y perdió en la guerra. Pero también temo lo que pueda encontrar. ¿Y si descubro que murió trágicamente? ¿O peor aún, que volvió a América y formó una familia, olvidando a mi abuela?

Robert parece notar mi inquietud.

—Cada historia que descubrimos aquí tiene valor —dice—. Sea cual sea el final, le estás dando voz a algo que de otro modo podría haberse perdido para siempre.

Asiento, respiro hondo y me inclino hacia los documentos que ha dispuesto sobre la mesa.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —pregunto, sacando mi libreta.

—Por los registros de personal —responde Robert, pasándome una carpeta gruesa—. Tienes que encontrar a todos los James entre estos hombres. Vas a tener que hacerlo sola, yo necesito hacer otras gestiones. Espero que con lo que te he indicado puedas trabajar sola.

—Sí, tranquilo, muchas gracias.

—A ti por querer descubrir otra historia de amor de la guerra.

Robert se despide y yo me quedo sola en esa sala, comenzando la búsqueda del hombre que mi abuela nunca olvidó.

Capítulo 12

Lucía

Llevo tres horas revisando documentos, estoy sola y se me está haciendo más pesado de lo que creía. Sabía que esto iba a ser un trabajo tedioso, pero no pensaba que lo fuera tanto. Mirar documentación que muchas veces no sabes a qué pertenece hace que mi mente divague y comience a buscar algo en qué entretenerse.

A pesar de todo, tengo en la libreta unos cuantos nombres que he ido encontrando que me encajan con el perfil que estoy buscando. Localizo otro nombre entre los documentos y lo anoto.

—James Murray, capitán, Cuerpo Médico —murmuro mientras escribo—. Fue transferido a Francia en junio.

En mi lista ya hay varios nombres: James Matthews, James Mendoza, James Mitchell, y dos James Miller. Dos. Esto complica todo.

El primer James Miller es capitán, graduado en Harvard, destinado inicialmente a Inglaterra y luego trasladado a Francia tras el Día D. El segundo es teniente, formado en Boston University, asignado directamente a un hospital de campaña en Normandía en junio de 1944. Ambos encajan con la poca información que tengo.

Froto mis ojos cansada y tomo un sorbo del café ya frío que me trajo un asistente hace una hora. Necesito más datos para determinar cuál de estos es el James que busco. Fotos, otros archivos, algo que me lleve a encontrar más información.

Reviso nuevamente las fotografías que traje. En ellas, James lleva uniforme de capitán, lo que podría descartar al segundo James Miller, el teniente. Pero las fotos son de meses después, y podría haber recibido un ascenso.

Salgo de la sala para despejar la mente, necesito encontrar al señor Harper y que arroje un poco de luz a todo esto.

—Disculpa —digo a una muchacha que pasa con unos documentos en la mano—. ¿Sabes si el señor Harper regresará pronto?

—Lo siento, está en una reunión con el comité de donaciones. Puede tardar un buen rato.

—¿La directora Smith?

—También está en esa reunión. Es muy importante para el museo —indica—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarla?

Niego con la cabeza, agradeciendo su ofrecimiento. Lo que necesito es la experiencia de Robert o Kate, no de alguien que no tiene conocimiento.

Salgo buscando un lugar donde comer algo para después volver a esa sala, donde tengo que seguir sumergida en miles de documentos buscando una lista de nombres para poder centrarme en ellos en exclusividad.

Una vez sentada en la mesa del restaurante más cercano, saco el móvil y le escribo a Luz.

—Esto es más complicado de lo que pensaba —digo directamente.

Tarda unos minutos en contestar, pero lo hace.

—Es tu primer día, ten paciencia.

Paciencia, repito en mi mente, no sé cómo voy a conseguirlo, pero la realidad es que tiene razón, es solo mi primer día y ya me estoy frustrando.

Vuelvo a la sala vacía después de comer algo, y comienzo de nuevo a sumergirme en la pila de documentos buscando algún James más o al menos intentar diferenciar entre los dos James Miller, pero no encuentro casi nada.

Pasan las horas y mi frustración va creciendo. Necesito ayuda profesional para interpretar correctamente estos documentos, para saber dónde buscar más información. Miro mi reloj y veo que son casi las cuatro de la tarde y que el museo cierra en una hora.

Recojo todo y me dirijo a la oficina de Kate, esperando que ella esté allí y no se haya ido o siga en esa reunión o en cualquier otra. Golpeo la puerta suavemente, pero no hay respuesta. Cuando estoy

a punto de marcharme, porque no quiero insistir, la puerta se abre y es Kate, su rostro muestra cansancio.

—Lucía —dice sorprendida—. Perdona que no pudiera acompañarte hoy. La reunión con los donantes se extendió más de lo previsto.

—Lo comprendo. Ya me lo habías mencionado —respondo intentando que mi frustración no se note—. He estado revisando los archivos que Robert me dejó, pero tengo algunas dudas. ¿Podrías ayudarme?

—Por supuesto —dice invitándome a pasar—. Cuéntame qué has encontrado.

Me siento frente a ella y le enseño la libreta donde he apuntado todo lo que me ha parecido relevante.

—He identificado seis posibles candidatos llamados James con apellidos que empiezan por M, incluyendo dos James Miller —explico —. Pero no estoy segura de cómo determinar cuál es el correcto.

Kate examina mis apuntes con interés.

—Veo que has sido muy minuciosa —comenta, mirándome con una sonrisa—. ¿Qué te hace dudar entre estos dos, Miller?

—Ambos estuvieron en Normandía en las fechas correctas. El capitán Miller coincide con el rango que veo en las fotografías que tengo de mi abuela, pero es posible que en un principio fuera teniente y después lo ascendieron a capitán. Así que no puedo descartar a ninguno.

Kate mira detenidamente la información sobre ambos. Yo he anotado todo lo que me parecía relevante.

—El capitán Miller recibió una Estrella de Bronce —señala—. ¿Tu abuela mencionaba algo sobre eso en su diario?

—Habla de un incidente donde James rescató a los heridos durante un bombardeo. Podría ser el mismo evento, pero no lo menciona como una condecoración oficial.

—¿Qué información tienes sobre lo que les ocurrió después? —pregunta.

Le pido permiso para tomar la libreta y revisar mis notas nuevamente. Ahora que las miro detenidamente, son algo caóticas, pero yo sé qué es lo que busco.

—Del capitán Miller solo dice que fue trasladado a un puesto avanzado cerca de la frontera alemana en noviembre de 1944. Después, nada. El expediente está incompleto. Del teniente Miller ni siquiera pude encontrar información posterior a octubre.

Kate se recuesta en su silla, con una expresión que no logro descifrar.

—Noviembre de 1944 —murmura, como si la fecha tuviera algún significado especial para ella—. Fue un momento crítico en la guerra. Muchas unidades médicas avanzadas sufrieron bajas o quedaron aisladas.

—¿Cree que podría haber sido herido o capturado? —pregunto, sintiendo un nudo en el estómago.

—Es posible —responde con cautela—. En diciembre de ese año fue cuando comenzó la Batalla de las Ardenas. Muchos soldados desaparecieron durante esas semanas de caos.

Un silencio se instala entre nosotras mientras asimilo esta información. ¿Es posible que James haya desaparecido en combate? ¿Es esa la razón por la que nunca volvió con mi abuela?

—¿Hay registros de bajas o prisioneros de guerra que podamos consultar? —pregunto rompiendo el silencio.

—Los hay —dice—. Pero son extensos y no todos están bien organizados. Requiere tiempo y... —se detiene, como si hubiera recordado algo importante—. Escucha, acabo de recordar que tenemos un archivo especial de testimonios orales de veteranos médicos. No está en la sección donde has estado trabajando hoy. Podría contener información valiosa.

—¿Podríamos revisarlo mañana?

—Claro que sí —responde—. También hay registros de veteranos de postguerra que podríamos consultar, si es que alguno de estos hombres sobrevivió y regresó a Estados Unidos.

Veo que Kate mira el reloj y sé que está agotada porque es lo que refleja su rostro, así que es hora de marcharme y dejar que ella haga lo mismo.

—Gracias por todo. No sabes cuánto significa esto para mí —digo, poniéndome de pie.

—Lo entiendo mejor de lo que crees —dice con una sonrisa que me cautiva—. La historia no son solo fechas y batallas. Son personas. Vidas interrumpidas, amores perdidos, promesas que quedaron en el aire.

Me despido y salgo del museo con la cabeza llena de nombres y fechas, pero sin un claro propietario del amor de mi abuela. Al salir, el frío cala mis huesos, me cierro la chaqueta que llevo puesta y camino hasta el hotel.

En mi habitación intento no pensar en todo lo que me queda por descubrir, abro mi portátil y comienzo a ver los correos, respondo todo lo que tengo pendiente, ya que, le dije a Luz que seguiría con algo de trabajo, que al menos me dejara contestar los emails, lo que no pudiera se los enviaría a ella.

Cuando voy a entrar a la ducha, mi móvil comienza a sonar, lo miro y es un número que no pertenece a España.

—¿Hola? —respondo extrañada.

—¿Lucía? Soy Kate Smith —escucho que dice.

—Kate, qué sorpresa.

—Perdona que te llame tan tarde —se disculpa—. Pero después de nuestra conversación, seguí pensando en tu caso y quería comentarte algo.

—Claro, dime.

—He estado revisando algunos archivos —hace una pausa que me pone nerviosa—. Creo que podría tener algo que te ayude a identificar a tu James. Además, me gustaría examinar más detenidamente ese medallón que tienes. ¿Podrías traerlo mañana?

—Claro, lo llevaré conmigo.

—Perfecto. Te veré mañana a primera hora.

—Estaré allí y me muestras lo que has encontrado.

—Lucía —dice antes de que pueda colgar.

—¿Sí?

—Lo que estás haciendo por la memoria de tu abuela es realmente admirable.

Se me hace un nudo en la garganta, no puedo hablar y Kate parece percibirlo porque se despide y cuelga. Solo espero que mañana pueda tener más claridad en mi búsqueda.

Capítulo 13

Kate

Cuando Lucía se va, siento que ese medallón lo he visto antes, pero necesito ser prudente. En las fotografías que me envió, tampoco le presté mayor importancia, pero sosteniéndolo en mis manos ha sido diferente. No he parado de pensar en ello todo el día.

Salgo de la oficina y me dirijo a mi apartamento con el pensamiento de que hay algo en toda esta historia que se nos está escapando. ¿Quién eres, James M.? ¿Y por qué siento que ya te he conocido antes? Conduzco distraída, sumida en mis pensamientos, sé que he visto ese medallón con anterioridad, quizá no ese mismo, pero sí uno muy parecido. No sé si es casualidad o no, pero estoy segura de que algo muy parecido lo he tenido en mis manos.

Llego a mi apartamento y lo primero que hago es dirigirme a donde tengo lo que me ha dado mi padre y mi abuelo. En la caja se puede leer "Abuelos Smith". La llevo a la mesa del salón y comienzo a sacar las cosas. Hay muchas fotos, del campamento, de la boda de mis abuelos, incluso una foto con mi padre en brazos. También están las cartas que he podido conseguir de mis abuelos, porque sé que mi padre guarda más, pero siempre dice que son demasiado íntimas como para llegar a exponerlas.

Comienzo a revisar todo meticulosamente, solo quiero fijarme en las fotos del campamento médico. Tras pasar varias, me paro en una y la comienzo a analizar. Está mi abuelo con un equipo de médicos. Giro la foto y veo la fecha en el reverso: "Normandía, agosto de 1944". Examino la foto fijándome en cada militar que aparece y me quedo mirando a un hombre que no había reparado antes en él. Cojo mi móvil en una mano y en la otra la foto, cuando las comparo con la que Lucía me ha mandado, es el mismo hombre. Mi abuelo y James se conocían.

Suelto todo en la mesa y vuelvo a la caja donde tengo alguna de las cartas y en algunas de ellas pone al final una simple J. Cuando

las leo solo veo que hablan de asuntos médicos, lo que sí veo es que son posteriores a la guerra. Son de 1946.

Miro el reloj y veo que es tarde, pero necesito respuestas. Marco el número de mi padre, él debe de saber algo al respecto.

—¿Kate? —responde con voz somnolienta—. ¿Todo bien?

—Perdona la hora, papá —me disculpo—. Tengo que preguntarte algo importante. ¿Recuerdas si el abuelo Arthur tenía un medallón? ¿Algo como un relicario?

Hay un silencio en la línea y pienso que mi padre se ha vuelto a dormir y ha ignorado lo que le he preguntado.

—¿A qué viene esto ahora? —su tono es autoritario.

—Una investigadora española ha venido al museo buscando información sobre un médico de la Segunda Guerra Mundial. Tiene un medallón que creo haber visto antes.

Otra vez el silencio en la línea.

—Kate, son casi las doce de la noche —dice—. ¿No puede esperar esto?

—No, no puede —insisto—. Papá, ¿el abuelo conocía a un médico llamado James Miller? Tengo una fotografía donde aparecen juntos.

—Kate —su voz se vuelve más dura—. Te he dado ya todas las pertenencias de tus abuelos. Si hubiera habido un medallón, lo tendrías.

—No estoy tan segura —digo enfadada por sus evasivas—. Hay cosas que posees y no me has dejado acceso a ellas.

—Deja de remover el pasado —dice con un tono que no admite réplica—. Tu abuelo tuvo una guerra difícil. Hay cosas que es mejor dejar como están.

—¿Qué cosas? ¿Qué estás ocultando?

—No oculto nada. Simplemente, no tengo ningún medallón, y probablemente lo viste en alguna otra exposición. Tu trabajo te hace confundir recuerdos a veces.

Su tono y condescendencia me enfadan. No sé por qué no me dice lo que sabe.

—Papá, esto es importante. Una mujer ha cruzado un océano para cumplir la promesa que le hizo a su abuela antes de morir. Si sabes algo, por favor, dímelo —sale casi como una súplica.

—Lo siento, Kate. No puedo ayudarte con esto.

Cuando cuelga, me quedo mirando el teléfono con frustración. Está mintiendo, lo sé. Lo conozco lo suficiente para detectarlo. Algo en esta historia no le agrada, y está decidido a no hablar de ello.

Tengo que intentar averiguar qué es lo que pasa en toda esta historia, pero ahora voy a llamar a Lucía, para poder vernos mañana a primera hora y volver a revisar todo y mostrarle lo que he encontrado. Quizás entre las dos podamos dar luz a todo este caos.

Estoy esperando a Lucía en mi oficina. Cuando la veo entrar, noto la esperanza en sus ojos, una sutil sonrisa en sus labios al saludarme hace que me estremezca y no entiendo por qué me pasa esto. Es atractiva, tengo ojos en la cara, pero esto es solo un tema profesional, me digo.

—Buenos días, Lucía —digo, invitándole a sentarse—. He estado pensando mucho en ti desde ayer —confieso sin darme cuenta.

—¿Has encontrado algo nuevo? —pregunta, yendo directamente al grano.

—Posiblemente. Creo que pude haber visto un medallón similar al tuyo antes, en mi familia. No estoy completamente segura, pero hay algo que me dice que hay una conexión.

Le entrego la foto que encontré anoche donde sale mi abuelo y entre los hombres está James.

—Este es mi abuelo Arthur Smith —le digo señalándolo—. Fue médico durante la guerra, asignado inicialmente a Inglaterra y luego trasladado a Francia tras el Día D.

Lucía examina la foto con atención y su expresión cambia cuando reconoce a James.

—Este es James —dice, señalando al muchacho de la foto—. Estoy segura. Es el mismo hombre que aparece en las fotos con mi abuela.

Asiento, y siento que hay una conexión entre Lucía y yo, como si el pasado nos hubiera llevado hasta aquí.

—Estaban en el mismo hospital de campaña, el Tercer Hospital de Evacuación. Operaron en Normandía después del Día D, exactamente donde tu abuela mencionaba en su diario.

—¿Crees que eran amigos? —pregunta Lucía.

—Es posible. He encontrado algunas cartas posteriores a la guerra firmadas simplemente con "J" dirigidas a mi abuelo. Pero sé que tengo que seguir buscando.

—¿Buscando dónde?

—Llamé a mi padre anoche para preguntarle, pero se mostró evasivo. Dijo que ya me había dado todas las pertenencias de mis abuelos.

—Pero no crees que tengas todo —afirma.

—No —confieso—. Creo que sabe más de lo que dice. Cuando mencioné el nombre de James Miller, se puso a la defensiva, me dijo que dejara de "remover el pasado".

Lucía frunce el ceño, claramente pensando.

—Si James y tu abuelo sirvieron juntos y luego mantuvieron contacto, ¿por qué sería un tema tan delicado para tu padre?

—Es lo que no dejo de preguntarme —respondo—. Las fechas cuadran. Sabemos que James estaba en Normandía ese verano, igual que tu abuela. La fotografía confirma que servía en el mismo hospital que mi abuelo.

—Pero seguimos sin saber qué pasó después —dice Lucía—. ¿Por qué nunca volvió con mi abuela y por qué nunca la contactó?

—La guerra no siempre es limpia con sus finales. Muchos soldados desaparecieron, quedaron heridos, fueron tomados prisioneros. A veces las comunicaciones se perdían. Y luego estaba el caos del regreso, la readaptación a la vida civil...

—Mi abuela siempre dijo que él le prometió volver —interrumpe Lucía—. Que le dejó el medallón como prueba de esa promesa.

—Lucía, pudo haber sufrido algún accidente, algo que le impidiera volver con tu abuela.

—Pero hay una carta después de terminar la guerra, Kate. Hay algo que se nos está escapando.

—Es solo una teoría, debemos seguir buscando —respondo recostándome en mi silla.

Nos quedamos en silencio, cada una perdida en sus propios pensamientos. Hasta que vuelvo a apoyarme en mi escritorio.

—Voy a seguir investigando por mi cuenta —afirmo—. Mi padre puede negarse a hablar, pero hay otros caminos. El museo tiene archivos sobre veteranos médicos que aún no hemos revisado. Y tengo contactos en el Hospital de Veteranos que podrían ayudarnos. Eso sí, tendré que hacerlo fuera de mi horario de trabajo.

—Gracias —escucho casi en un susurro—. Por tomarte esto tan personal.

—Ya no es solo tu historia —respondo sujetando su mano para que me mire—. Creo que también es parte de la mía.

Mientras Lucía se marcha para seguir con su investigación y ya teniendo un nombre completo, yo cojo mi teléfono y marco el número de mi tío Thomas, el hermano menor de mi padre. Él siempre fue más abierto y menos protector con la familia.

—Tío Thomas, necesito tu ayuda —digo cuando responde—. Es sobre el abuelo Arthur y un médico llamado James Miller.

Un largo silencio confirma que estoy en el camino correcto. Hay algo que no me quieren contar, algo que se me escapa de las manos. Tengo claro que debo encontrar qué es lo que pasa, no solo por Lucía, sino por mí.

Capítulo 14

Kate

El silencio al otro lado de la línea se extiende tanto que por un momento pienso que la llamada se ha cortado, aunque sé que no puede ser posible.

—¿Tío Thomas? ¿Sigues ahí?

—Sí, Kate —responde por fin—. Lo siento, es que no esperaba oír ese nombre.

—¿James Miller? ¿Lo conoces?

—No —dice y hace una pausa que me parece demasiado larga—. Mira, Kate, no sé qué estás buscando exactamente, pero toda la información sobre el pasado de la guerra del abuelo la tiene tu padre. Él heredó todos los documentos personales, cartas, objetos… todo.

—Pero él se niega a hablar del tema.

—Entonces deberías respetar eso.

—No puedo —digo con frustración—. Hay una mujer que ha venido desde España buscando respuestas sobre su abuela y este médico americano. Tengo razones para creer que el abuelo Arthur sabía algo crucial sobre esta historia.

Escucho a mi tío suspirar a través de la línea.

—Kate, hay cosas que a veces es mejor dejarlas como están. No todo lo que ocurrió en la guerra fue…

Él se detiene como queriendo omitir una parte de la historia que conoce y se niega a admitir.

—¿No todo qué? ¿Qué sabes, tío Thomas? —sale más como una exigencia que como pregunta.

—Nada. Solo que mi padre rara vez hablaba de ciertos aspectos de su servicio. Tu padre fue muy protector con su memoria. Hay que respetarlo, Kate.

Me doy cuenta de que, con él, al menos por teléfono, no voy a conseguir nada. ¿Qué está pasando en esta familia? ¿Y por qué

nadie habla claro?

—Gracias de todos modos. Te llamaré pronto —respondo antes de colgar.

Me recuesto en la silla y pienso en todo lo que está pasando y en el misterio detrás de James Miller. No tengo una respuesta porque mi familia no quiere decirme nada al respecto. Sé que la guerra fue dura, que murieron muchos, que hubo traiciones, pero eso pertenece al pasado, ¿por qué no decírmelo?

Salgo de mi despacho y voy hasta la sala que tenemos para tomar algo y poder comer. Al entrar me encuentro con Robert.

—Buenos días, Kate —me saluda—. Esta mañana vi que estabas con la señora Álvarez y preferí no molestarte. ¿Todo bien?

—No lo bien que quisiera —admito, sentándome frente a él—. Robert, ¿recuerdas haber visto un relicario como el que trajo Lucía? ¿Quizás en alguna de nuestras colecciones o exhibiciones anteriores?

Frunce el ceño como hace siempre que está intentando recordar algo.

—Tenemos varios colgantes y medallones en la colección de objetos personales de veteranos —dice lentamente—. Pero ninguno que se asemeje exactamente a ese. El de la señora Álvarez es bastante especial, con ese grabado interior.

—¿Podríamos revisar lo que tenemos? Estoy casi segura de haber visto algo similar antes, pero no logro recordar dónde.

—Vamos a mirar —dice, poniéndose de pie.

Salimos de la sala y vamos a la zona de almacenamiento donde guardamos los objetos más pequeños y frágiles. Comenzamos a revisar todo y entre toda la variedad de colgantes no hay ninguno que se parezca al de Lucía.

—Lo siento, Kate. Si has visto algo similar, no está en nuestra colección.

—Quizás lo vi en casa de mi padre —murmuro, más para mí misma que para él.

—¿Tu abuelo conocía a este James Miller? —pregunta Robert, intrigado.

—Sirvieron juntos en el Tercer Hospital de Evacuación —explico —. Y por lo que estoy descubriendo, mantuvieron contacto después

de la guerra. Pero mi padre no quiere hablar del tema.

—La generación de nuestros padres fue educada para guardar silencio sobre ciertos temas —comienza a decir—. Especialmente los relacionados con la guerra. No era como ahora, donde se anima a la gente a hablar y procesar sus experiencias.

—Lo sé —suspiro—. Pero esto es importante, Robert. No solo para mí o para el museo, sino para esa mujer que ha venido desde tan lejos buscando respuestas.

—La señora Álvarez parece muy determinada —comenta Robert —. Me recuerda a ti cuando empezaste aquí.

Su observación me hace sonreír a pesar de mi frustración.

—Supongo que por eso me siento tan involucrada en su búsqueda.

Robert mira su reloj y se da cuenta de la hora, sorprendido.

—Tengo que dejarte, Kate. Hay una reunión con el comité de adquisiciones en diez minutos.

—Gracias por tu ayuda. Después me cuentas en qué quedan en esa reunión.

—Claro, como siempre —afirma, despidiéndose.

Después de que Robert se vaya, decido ir a ver cómo está Lucía, así que me dirijo hasta la sala donde le hemos habilitado un espacio y al llegar la veo concentrada mirando los documentos. Me detengo en la puerta y ella no se percata de mi presencia.

La observo desde la puerta en silencio. Es una mujer hermosa. No solo físicamente, sino en su determinación, en la pasión con la que persigue esta historia, en la lealtad a la memoria de su abuela. Sonrío, sorprendida por mis pensamientos. Hace tiempo que no me fijo así en alguien.

Como si sintiera mi mirada, Lucía levanta la vista. Nuestros ojos se encuentran y me dedica una sonrisa que provoca un cosquilleo inexplicable en mi estómago.

—Kate —su voz suena sorprendida—. ¿Has encontrado algo?

Sacudo la cabeza, tanto para responder como para despejar los pensamientos.

—Nada concreto aún. ¿Cómo va tu búsqueda?

—Lenta —admite—. Hay tantos documentos y tan poco tiempo.

—Si necesitas cualquier cosa, estaré en mi despacho —digo, retrocediendo para marcharme—. Solo tienes que llamarme.

Regreso a mi oficina, cerrando la puerta tras de mí con un suspiro. Me siento en mi silla, intentando ordenar mis pensamientos.

¿Qué me está pasando? Soy una profesional, no debería estar teniendo estos pensamientos hacia una visitante que ha venido buscando mi ayuda. Además, probablemente Lucía ni siquiera esté interesada. Y aunque lo estuviera, vive al otro lado del océano.

Me río de mí misma. ¿Hace cuánto tiempo que no estoy con alguien? ¿Dos años? ¿Más? El trabajo siempre ha sido mi prioridad, y las relaciones son demasiado complicadas. Tal vez por eso estoy proyectando este interés repentino en Lucía. Tal vez solo necesito una aventura, algo sencillo y sin complicaciones para relajarme.

Apoyo la cabeza en mis manos. Dios, ¿realmente estoy contemplando tener una aventura con la periodista española que está investigando un misterio familiar? Mi sentido común debe estar de vacaciones. No puedo tener estos pensamientos con alguien que ha venido buscando respuestas.

Capítulo 15

Lucía

Ha pasado una semana desde que llegué a Boston y una rutina se ha establecido entre Kate y yo. Cada mañana llego temprano al museo, donde ella me espera con dos cafés. Es un pequeño gesto que me agrada más de lo que quiero reconocer. El primer día pensé que era por cortesía, pero cuando siguió con esa rutina, comprendí que había algo más. Las dos estamos cómodas compartiendo ese momento.

—Buenos días —me saluda extendiéndome el vaso—. ¿Dormiste bien?

—Mejor que ayer —respondo cogiendo el café, nuestros dedos rozan y siento ese cosquilleo que ya me resulta familiar—. Gracias por esto.

—No es nada —dice guiñándome el ojo.

En ese momento desvío la mirada. ¿Qué me está pasando con esa mujer?

—¿Algún avance con los registros de los veteranos? —pregunta abriendo la puerta y dejándome pasar primero.

—Encontré menciones a un James Miller, pero creo que no es el mío. Es como si ese hombre se hubiera desvanecido.

Las dos tomamos asiento en la sala que me han habilitado. Miro a Kate y cada día me parece una mujer enigmática, me encantaría saber más de ella, qué es de su vida…

—He estado pensando —comienza a decir cortando mis pensamientos—. El medallón que tienes, James tuvo que haberlo hecho en alguna parte. Quizá podamos encontrar dónde se hizo. Tal vez en algún momento regresó y después volvió y se lo regaló a tu abuela.

—¿Qué quieres decir? —pregunto intrigada.

—Los joyeros suelen guardar archivos de piezas realizadas que son personalizadas. Si el medallón fue hecho aquí o él lo hubiera

intentado replicar aquí…

—Podría haber registro —completo por ella—. Es una gran idea, Kate.

—Conozco algunas joyerías antiguas de la ciudad que estaban en aquella época, ahora las lleva la descendencia. Podríamos visitarlas.

—Me encantaría —respondo con entusiasmo.

Nos quedamos mirando unos segundos más de lo necesario. He de admitir que Kate me gusta, que no me importaría tener un escarceo con ella, porque la realidad es que eso es a lo único que puedo optar. Es Robert, al entrar en la sala, el que nos hace desviar la mirada.

—Buenos días a las dos —dice entrando hasta donde estamos sentadas—. Kate, los Coleman están aquí para la reunión sobre la donación definitiva.

Kate suspira y pone los ojos en blanco, me imagino que tiene que ser agotador lidiar con gente que quiere donar.

—El deber me llama —indica tocando mi hombro al pasar a mi lado—. Te veré después del almuerzo.

Cuando salen de la sala, vuelvo a mirar los documentos, pero me cuesta concentrarme. En una semana Kate ha pasado de ser una desconocida a alguien por quien siento una atracción inexplicable. No es solo que sea atractiva, es que su inteligencia es lo que más me atrae de esa mujer.

Muevo la cabeza e intento concentrarme, necesito dejar de pensar en ella de esa forma, soy una profesional, no he venido a Boston para acostarme con la directora del museo, sino para encontrar la historia de mi abuela con James, y qué le pasó a él durante la guerra para que no volviera con mi abuela.

Logro concentrarme entre tantos pensamientos y, cuando me quiero dar cuenta, son mis tripas las que me hacen mirar el reloj. Es hora del almuerzo y salgo de la sala para ir a una cafetería cercana a comer algo. Mientras como le escribo a Luz.

—La investigación va lenta. Hemos identificado a James Miller y sabemos que sirvió con el abuelo de Kate, eso ya te lo había dicho. Pero no tengo nada de lo que pasó con él después o por qué no volvió a contactar con mi abuela.

—Perdona por no responder al correo, hemos estado con mucho lío. Sabes que todavía tienes margen, al menos ya puedes avanzar con algo, ya tienes un nombre y un apellido. Estás cerca de encontrarlo, Lucía.

—A veces es bastante frustrante, menos mal que Kate y Robert siempre me ayudan, porque si no estaría perdida.

—¿Qué tal con ella? Con Kate —aclara.

—Bien, es bastante agradable, hemos implementado una rutina de vernos temprano. En ese momento nos ponemos al día con la información, la verdad es que es una mujer muy interesante.

Luz pone emojis de caras sonrientes.

—¿Qué? —pregunto, porque no sé qué le hace tanta gracia.

—Nada. Tengo que dejarte aquí, ya es hora de llegar a casa o Paloma cambiará la cerradura un día de estos.

—¿Todavía estás en la redacción? —pregunto mirando sorprendida, pues allí deben ser más de las siete de la tarde.

—Sí, pero ya salgo, que hemos quedado para cenar. No puedo llegar tarde.

—Vale, en cuanto tenga algo que presentar, te aviso, tampoco quiero empezar un artículo y dejarlo a mitad.

—Perfecto, hablamos en otro momento. Ten cuidado.

Sonrío al leerlo, porque a pesar de que entre nosotras no haya nada, siempre se preocupa por mí. Luz es esa ex ideal, que a pesar de que lo nuestro no funcionara, siempre está ahí para lo que necesito. Supo diferenciar nuestra relación de la amistad que nos une.

Cuando regreso al museo, Kate ya está en la sala de archivos esperándome. Observo cómo está apoyada en la mesa, mirando unos papeles y, por un momento, me quedo sin aliento, pensando en cómo sería acercarme y besarla.

—Te estaba buscando —dice, incorporándose al verme—. Recibí una llamada de un colega del Archivo Nacional que puede tener información sobre uno de los James Miller. Están enviando unos documentos por correo electrónico.

—¿En serio? —pregunto recomponiéndome—. ¿Qué tipo de información?

—Al parecer, hay un expediente médico de un James Miller que fue herido cerca de la frontera alemana en noviembre, coincidiendo con lo que mencionaba tu abuela en su diario.

Sonrío al ver que puedo ver luz en todo este caos de expedientes médicos de la guerra. Hay tanta información y a la vez tan poco de lo que busco que es frustrante.

Kate baja con los documentos ya impresos y comenzamos a mirarlos. El expediente médico indica que este James Miller sufrió heridas graves por metralla y fue evacuado a Inglaterra. Los registros terminan ahí, sin indicar si sobrevivió o no.

—Esto es frustrante —aseguro colocando mis manos en la cara—. Cada vez que encontramos algo, surgen más preguntas que respuestas.

Kate se sienta a mi lado, tan cerca que puedo oler su perfume. Necesito mantenerla lejos y no sé cómo hacerlo, porque para esto la necesito.

—La investigación histórica siempre es así. Fragmentos que debemos unir, pero estamos avanzando, Lucía. Hace una semana no sabíamos ni siquiera el apellido de James.

Tiene razón, y su optimismo me hace sentir segura. Me doy cuenta de que, sin ella, probablemente ya me habría rendido.

—Gracias —digo—. No solo por la ayuda con la investigación, sino por creer en esto tanto como yo.

Nuestras miradas se encuentran y hay un momento de tensión, un silencio cargado de algo que ninguna de las dos se atreve a nombrar. Siento el impulso de inclinarme hacia ella, pero me contengo con todas mis fuerzas.

Kate rompe el momento poniéndose de pie. Yo se lo agradezco, porque no sé cuánto tiempo más iba a aguantar sin besarla.

—Se está haciendo tarde —dice, mirando su reloj—. El museo cerrará en media hora.

Asiento, sintiendo una mezcla de alivio y decepción.

—Seguiremos mañana —digo, comenzando a recoger los papeles.

—Lucía —me llama mientras guardo mis cosas en el bolso—. Estaba pensando —duda en algo y no sé qué es lo que quiere—.

Llevas más de una semana encerrada en este museo, revisando registros antiguos. Debes estar agotada.

—Un poco —admito—. Pero no me importa. Esta investigación es importante para mí.

—Lo sé —dice con una sonrisa que me encantaría borrar con un beso—. Pero a veces es necesario desconectar para poder ver las cosas con claridad. Mañana es viernes, ¿qué te parecería si el fin de semana te muestro la ciudad? Podríamos visitar algunos lugares históricos, caminar por el *Freedom Trail* y descubrir un poco Boston.

Su propuesta me toma por sorpresa. ¿Está sugiriendo que pasemos el fin de semana juntas? ¿Es una cita o simplemente está siendo amable conmigo?

—No quiero ser una carga —respondo, aunque en el fondo me muero de ganas de pasar el fin de semana con ella.

—No eres una carga —asegura y su boca se ensancha en una ligera sonrisa—. También necesito despejarme. Además, algunas de las joyerías antiguas que quiero mostrarte están cerradas durante la semana. Sería investigación y placer al mismo tiempo.

Sus últimas palabras quedan flotando entre nosotras, cargadas de posibilidades. Siento que mi corazón se acelera. Placer, esa palabra que puede tener muchos significados.

—En ese caso, acepto —respondo.

Sonríe y se le ilumina la cara y yo no puedo evitar hacer lo mismo, incluso pasar mi lengua por mis labios de forma inconsciente que hace que Kate desvíe su mirada.

—Perfecto. Te recogeré en tu hotel mañana por la tarde, después del trabajo. El sábado podemos dedicarlo entero a explorar la ciudad.

Salgo del museo con una sonrisa de idiota. Esto no era parte de mi plan cuando vine a Boston en busca de respuestas. Pero mientras pienso en la posibilidad de conocer a Kate fuera del ámbito laboral, un cosquilleo se instala en mi estómago y me hace sonreír como hace mucho tiempo no lo hacía.

Capítulo 16

Lucía

Al día siguiente, nuestra rutina sigue, Kate esperándome con un café en la mano y esa sonrisa a la que creo que me he vuelto adicta. Cuando mis dedos rozan con los suyos, vuelvo a sentir esa corriente que me persigue últimamente, esto va a ser duro. Necesito mantenerme la calma, y pensar que esto es solo trabajo.

—He pedido algunos archivos adicionales —me dice mientras entramos a la sala—. Registros de hospitales militares en Inglaterra donde podría haber sido trasladado.

—Eres increíble —suelto sin pensar y noto cómo el calor se instala en mis mejillas—. Quiero decir, tu eficiencia es impresionante.

—Gracias —y veo cómo una sonrisa se dibuja en sus labios—. Aunque debo confesar que esta investigación se ha vuelto personal para mí también. Si mi abuelo conocía a James, quiero saber qué ocurrió.

Kate mira su reloj y suspira cansada, eso hace que la observe y me pierda de nuevo en su rostro, sus gestos…

—Tengo una reunión inevitable en una hora —dice haciendo una mueca que me hace sonreír—. ¿Te parece si nos vemos directamente en nuestra cita?

—¿Cita? —pregunto y veo cómo se pone nerviosa.

—La cena de esta noche —se apresura a decir—. Es profesional, yo las llamo "no-cita".

Sonrío y sé que tengo cara de idiota, porque me encanta ver cómo se ha puesto nerviosa y ella también parece divertida con esto.

—¿A qué hora pasas a recogerme? —pregunto recomponiéndome.

—¿Te parece bien a las seis? Así tenemos tiempo de pasear un poco antes de cenar.

—Perfecto —respondo intentando que no se me note que estoy nerviosa.

Kate se despide guiñándome un ojo y yo creo desfallecer en ese mismo instante. Me recoloco en la silla e intento sumergirme en ese mar de documentos para intentar que la directora del museo salga de mi cabeza.

Regreso al hotel antes de que cierre el museo, quiero estar lista para cuando Kate venga a recogerme. Miro en el armario que hay frente a la cama y donde he metido todo lo que he traído y me doy cuenta de que no tengo ropa para una "no-cita". Al final me decido por unos vaqueros oscuros, una blusa de color claro y un blazer negro. Me miro al espejo y estoy satisfecha con el resultado, casual, pero elegante.

Un poco antes de las seis, mi móvil suena. Es Kate, avisándome que está en el lobby. Cuando bajo, la veo esperando, vestida con unos pantalones negros ajustados, una blusa blanca y una chaqueta de cuero. Me encanta lo bien que le queda cualquier cosa, aunque ahora la veo especialmente atractiva.

—Estás preciosa —asegura con tanta sinceridad que creo desfallecer.

—Tú también —respondo sintiendo cómo el calor sube hasta instalarse en mis mejillas.

Salimos del hotel y comenzamos a caminar por las calles de Boston. Kate es una guía maravillosa, me explica los datos históricos con anécdotas personales, esto hace que la experiencia sea más amena. Me lleva por el Freedom Trail, señalando edificios antiguos y contándome historias de la Revolución Americana.

—Mi abuelo solía traerme aquí cuando era niña —dice mientras pasamos frente a la Old North Church—. Me contaba historias sobre Paul Revere y los patriotas. Creo que ahí comenzó mi pasión por la historia.

—Mi abuela también fue quien me inspiró —comparto—. Aunque de forma diferente. Ella no me hablaba de grandes acontecimientos, sino de experiencias personales. De cómo la guerra afectó a personas normales como ella.

—Esas son las historias que realmente importan —asiente Kate—. Las que no aparecen en los libros de texto.

Seguimos caminando hasta llegar a un pequeño restaurante italiano escondido en una calle lateral.

—Este es uno de mis lugares favoritos en la ciudad —dice mientras entramos—. Pocos turistas lo conocen.

El interior es acogedor, con luces tenues y mesas separadas lo suficiente para dar privacidad. El dueño saluda a Kate por su nombre y nos conduce a una mesa en un rincón tranquilo.

—Vienes mucho aquí, por lo que veo —comento cuando nos quedamos solas.

—No tanto como quisiera —admite—. El trabajo consume la mayor parte de mi tiempo. A veces me pregunto si no estoy dedicando demasiado de mi vida a preservar el pasado, olvidándome de vivir el presente.

Veo tristeza en sus ojos al decir esa frase, pero es una realidad. Muchas veces nos centramos en el pasado, olvidando por completo el presente.

—Te entiendo. Yo también me sumerjo demasiado en el trabajo, quizá es más fácil eso que enfrentarse a otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —pregunta apoyándose en la mesa.

Dudo un momento si contarle por qué me refugio en el trabajo. Suspiro y la observo expectante esperando una respuesta.

—El trabajo no te rompe el corazón —se adelanta a decir.

—Exacto. ¿Tú tienes alguien especial? —me atrevo a preguntar.

Niega con la cabeza bebiendo un poco de vino que nos han traído.

—No, desde hace tiempo. Boston es una ciudad pequeña dentro de su aparente tamaño. El círculo de mujeres lesbianas que comparten mis intereses es bastante reducido.

Su confesión sobre sus preferencias sexuales me hace reír. Al menos hemos aclarado esa parte sin ambigüedad.

La cena transcurre entre conversaciones sobre nuestras vidas, nuestros trabajos, nuestros gustos. Descubro que Kate ama la fotografía antigua, que colecciona vinilos de jazz, que le aterra volar, pero lo hace constantemente por trabajo.

—¿Sabes? —dice mientras compartimos un tiramisú de postre—. Cuando leí tu primer correo, nunca imaginé que estaríamos aquí, cenando juntas.

—Yo tampoco imaginé que encontraría a alguien como tú en Boston —la confesión sale de mi boca sin poder controlarla y veo cómo sus ojos se iluminan.

—¿Alguien como yo? —pregunta con una sonrisa traviesa.

—Alguien que entienda esta obsesión por las historias del pasado —respondo, intentando no ser descubierta de que me muero de ganas de estar con ella—. Alguien que no piense que estoy loca por cruzar un océano por una promesa.

—No creo que estés loca en absoluto —dice y su mano se desliza sobre la mesa hasta rozar la mía—. Creo que eres alguien increíble.

El contacto de su piel con la mía envía un escalofrío por mi columna. Nos miramos y, en ese momento, todas las excusas que me había dado a mí misma sobre mantener la profesionalidad se desvanecen.

—Mierda, Kate —suspiro mientras aparta la mano.

—Perdona —se disculpa.

Cuando salimos, Kate se empeña en acompañarme de vuelta al hotel. Caminamos una al lado de la otra despacio, como si no quisiéramos que la noche llegara a su fin.

—¿A qué hora mañana? —pregunto cuando llego a la entrada.

—¿Te parece bien a las diez? Podríamos visitar algunas joyerías antiguas por la mañana y luego almorzar en el puerto.

—Suena perfecto.

Nos quedamos de pie, frente a frente, en ese incómodo momento de despedida. Kate se inclina y besa mi mejilla, sus labios se detienen unos segundos más de lo necesario.

—Buenas noches, Lucía —susurra cerca de mi oído.

—Buenas noches, Kate.

Nos separamos y las dos seguimos en el mismo sitio, como si los pies se hubieran quedado anclados en el suelo de esa calle de Boston, frente a la puerta de mi hotel. Muerdo mis labios dudando sobre lo que debo hacer, es como si se apoderara de mí la Lucía

adolescente que no sabe qué hacer en ese momento, aunque por dentro me muero de ganas de que Kate suba a mi habitación.

Es ella la que acorta la distancia, su cuerpo está completamente pegado al mío y nuestras respiraciones se escuchan.

—Me muero de ganas de besarte —confiesa haciendo que casi desfallezca de placer.

—Esto no está bien —digo no muy convencida.

—Ya, pero eso no ayuda a que las ganas se me quiten —asegura pegando su frente a la mía.

—Yo también quiero —suena a una súplica más que a otra cosa.

Kate sujeta mi rostro entre sus manos y deja un beso suave en mis labios, sentirlos hace que me estremezca y no estoy dispuesta a que se vaya de aquí ahora que he probado su boca.

—Quiero más —aseguro tirando de ella hasta entrar al hotel.

Nos montamos en el ascensor y acorralo su cuerpo contra la pared. Paso mi lengua por mis labios y puedo ver el deseo en sus ojos. Intenta volver a besarme y yo pongo una mano en su pecho y me aparto un poco.

—No tan rápido —digo con una sonrisa ladeada.

—Te gusta jugar —afirma con deseo.

Las puertas del ascensor se abren y es cuando entra alguien que nos damos cuenta de que debemos bajarnos. Tiro de ella y la llevo hasta la puerta de mi habitación. Saco la tarjeta y la paso abriendo la puerta. Ni siquiera me da tiempo a decirle que pase, porque Kate me arrastra hasta entrar y cerrar la puerta tras ella.

—Señora Álvarez, se ha portado demasiado mal en el ascensor —asegura quitando mi chaqueta.

—¿Vas a castigarme? —pregunto desabrochando su blusa.

—Debería hacerlo.

Caminamos lentamente hasta que mis piernas se dan en la cama. No quiero sentarme, no quiero ceder esta especie de lucha que se ha instaurado entre nosotras para ver quién toma el control.

Estamos las dos sin la parte de arriba, solo nuestros sujetadores adornan el torso desnudo. Kate me observa con deseo y yo me desespero por volver a sentir sus labios. Tiro de su cuello y comenzamos a besarnos, pero esta vez no es suave, es desesperado

exigiendo querer más, nuestras lenguas se entrelazan y las manos recorren ahora nuestro cuerpo en busca del placer de la otra. Desabrocho el botón del pantalón de la directora del museo y bajo su cremallera para tener más acceso a su sexo. Un suspiro se escapa de su boca al notar el contacto. Nuestros cuerpos arden en deseo, y debemos apagarlo cuanto antes o yo al menos entraré en combustión.

—Necesito que me toques —exijo colocando su mano en mi sexo.

Kate se separa y comienza a quitarse el resto de la ropa, quedando completamente desnuda delante de mí.

—Ahora tú —pide.

Hago lo mismo y, tras darme un repaso con un descaro absoluto, pasa su mano por el cuello y camina hasta que mis pies vuelven a tocar la cama, hace que me siente y que suba por la cama para después ella trepar hasta quedar a mi altura. Kate está encima de mí, sus pechos rozan mi pecho, y antes de que pueda volver a exigir algo, comienza a besarme, haciendo que la pasión se desate. Ella busca mi sexo con una mano mientras no deja de besarme. Al sentirla, mi espalda se arquea y se separa de mí para mirarme mientras comienza un baile de caricias por mi clítoris. Abro un poco la boca, ya que no puedo controlar la respiración. Mis jadeos resuenan entre las paredes de la habitación mientras Kate no deja de mover su mano y observarme.

—Necesito que estés dentro —suplico.

Kate sonríe y va bajando por mi cuerpo, dejando un reguero de besos, mientras intento que el contacto de su cuerpo toque mi sexo. Cuando llega a mi pubis, saca la lengua y comienza a recorrer la zona. Me muevo desesperada, y ella sujeta mis caderas con sus manos para que pare, me está matando y no logro pronunciar palabra. Alza la vista para mirarme por última vez, porque después hunde su boca en mi sexo, haciendo que un gemido más fuerte de lo que pretendía ser se escape de mi boca.

Cuando mi agitación es cada vez mayor, estiro mis brazos en la cama y agarro las sábanas que quedan arrugadas en mis manos. Necesito algo más y Kate lo sabe, porque introduce dos dedos y

comienza un baile en mi interior que hace que a los pocos segundos explote en un orgasmo que hace que mi cuerpo quede totalmente relajado en la cama.

La directora del museo sube hasta quedar frente a mí, no soy capaz de abrir mucho los ojos, pero sé que está ahí. Deja un beso con sabor a mi sexo y se coloca a horcajadas, toma mi mano y la lleva hasta su sexo, está empapada y eso hace que abra los ojos de golpe. Nuestros ojos conectan.

—Te necesito —dice agitada.

Muevo mi mano rozando su clítoris y Kate comienza un baile. Mis dedos ahora entran y salen y ella comienza a moverse cada vez más rápido, hasta que sus jadeos comienzan a escucharse como se escucharon los míos antes. Cuando explota de placer, cae sobre mí. Su cuerpo encima del mío es algo que no puedo describir, pero que me encanta que esté así en este momento.

El silencio se apodera de la habitación después de haber sido cómplice de nuestros deseos más primarios. No me preocupa el mañana, sino este momento con Kate, y no quiero que termine nunca.

Capítulo 17

Kate

Al abrir los ojos me doy cuenta de que no estoy en mi habitación, sonrío al recordar lo que pasó anoche con Lucía, aunque tenía unas ganas tremendas de estar con ella, no pensaba que pasaría tan pronto.

Me giro con cuidado y veo a Lucía durmiendo, su respiración es suave, está relajada y pienso en cómo sucedió todo anoche. Cuando llegamos a la puerta del hotel no pensé que Lucía aceptara que también quería besarme. Ella se debatía entre el bien y el mal de esto que está pasando, pero la realidad es que, aunque en ese momento tomé el control mis impulsos, quería probar los labios de la mujer que duerme a mi lado.

La observo y me pregunto si he cruzado una línea que jamás debí cruzar. Soy la directora del museo donde ella acudió en busca de ayuda profesional. Pero anoche entre susurros y caricias, nada de eso importaba. Solo éramos dos mujeres con un deseo interno por explorar nuestros cuerpos y fue el deseo el que se apoderó de nuestros actos.

Lucía se mueve a mi lado y abre los ojos. Por un instante nos quedamos mirándonos, y una sonrisa tímida se dibuja en sus labios.

—Buenos días —dice con voz adormilada.

—Buenos días. ¿Dormiste bien?

—Mejor que los días anteriores —confiesa, mientras se estira—. Aunque no dormimos mucho, precisamente.

Me río ante su comentario, agradezco que no haya incomodidad entre nosotras después de lo de anoche.

—¿Tienes hambre? —pregunto, apoyándome sobre mi codo para mirarla mejor—. Podemos pedir algo al servicio de habitaciones.

—En un rato —responde, acercándose más a mí—. Primero quiero asegurarme de que no te arrepientes de lo que pasó anoche.

Me inclino y la beso, es uno suave, nuestros labios solo se rozan.

—No me arrepiento de nada. Aunque debo admitir que no era lo que tenía pensado cuando te invité a cenar.

—Los mejores momentos nunca son planeados.

Nuestro encuentro anoche fue algo acordado, pero el hecho de que la historia de su abuela la llevara hasta el museo, eso sí que no estaba planeado. El pasado que investiga la ha traído hasta aquí, y aunque intenté mantenerme alejada para no mezclar mi profesionalidad con el placer, con ella no he podido, porque Lucía me parece una mujer tremendamente enigmática y con la que se puede hablar casi de cualquier cosa y no cansarte de escucharla.

Movida por un impulso la beso de nuevo, pero esta vez no es suave, exijo que quiero volver a probar su lengua, y ella me complace. Sé que tengo que parar esto, pero no quiero ni puedo. Su mano se coloca detrás de mi nuca y hace presión, el beso cada vez es más intenso hasta que decido que tenemos que parar.

Lucía sonríe al ver cómo respiro, se sienta en la cama apoyando la espalda en el cabezal y yo la imito, intentando calmarme. Apoyo la cabeza en la pared e intento relajarme.

—Kate —escucho que dice Lucía—. ¿Qué significa esto? Lo de anoche, lo de ahora.

—No lo sé —admito—. Solo sé que desde que llegaste, algo empezó a cambiar en mí, los cafés de la mañana, pasar tiempo contigo en el trabajo... Está claro que existe una conexión entre nosotras más allá de la investigación que estás haciendo. Y que nuestros abuelos muy probablemente se conocieron.

—Vivo en Madrid. En unos días volveré allí.

—Lo sé, y no sé qué responder sobre eso ahora. Solo sé que quiero disfrutar estos días contigo, descubrir qué pasó con James y tu abuela y… también ver hasta dónde nos lleva esto —admito sabiendo que quizá esto que está empezando a nacer solo se quede en una historia para contar sobre la española que vino buscando información sobre la historia de su abuela.

Extiendo mi mano y ella entrelaza los dedos con los míos, es un gesto íntimo y parece sellar un pacto entre nosotras: vivir el presente, sin promesas que no podemos cumplir.

—Entonces sigamos con el plan que teníamos —dice sonriendo—. Joyerías antiguas, almuerzo en el puerto… y lo que surja después —afirma alzando la ceja.

—Lo que surja después —repito, inclinándome para besarla de nuevo.

Termino sentándome a horcajadas encima de Lucía, acariciando mis pechos y al sentir sus manos en mi cuerpo me hace arder de deseo. Pensar que esto no hubiera pasado si una historia de tiempo de guerra de su abuela no la hubiese traído hasta aquí.

—Tenemos que ir a desayunar —digo no muy convencida cuando Lucía atrapa mi pezón con los dientes.

—Yo estoy en ello —responde y toma mi cara por la barbilla.

—Buff —es el único sonido que puedo expresar.

—Quiero devorarte de nuevo —susurra pegada a mis labios.

—Estás tardando demasiado.

Nos volvemos a enredar entre las sábanas, nuestras manos recorren nuestros cuerpos con deseo, son los besos lo que hablan sin palabras y los gritos de placer al llegar al orgasmo lo que resuena entre las paredes de la habitación. Después de un tiempo indeterminado las dos terminamos agotadas y jadeantes una al lado de la otra. Mi vida ha cambiado desde que Lucía está en Boston y me encanta esta casualidad.

Capítulo 18

Kate

Salimos del hotel agarradas de la mano, como si fuera lo más natural del mundo. El día está soleado y eso se agradece.

—¿Por dónde empezamos, directora Smith? —pregunta sonriendo.

—Hay una joyería en *Newbury Street* que lleva abierta desde 1920. El dueño actual es nieto del fundador y mantiene todos los registros originales, según he llegado a saber. Si alguien puede ayudarnos con el medallón, es él.

Recorremos las calles de *Back Bay*, mientras voy señalando edificios y contando anécdotas. Con ella parece que todo fluye de manera natural.

—¿Me estás diciendo que esa mansión perteneció a un contrabandista durante la Ley Seca? —me pregunta sorprendida.

—No solo eso —empiezo a decir bajando la voz como si fuese peligroso ser escuchada—. Se dice que tenía un túnel que llegaba hasta el puerto para recibir los cargamentos de licor. Ahora es una galería de arte muy respetable.

Lucía me mira sorprendida.

—Boston está lleno de secretos.

—Como todas las ciudades antiguas. Solo hay que saber dónde mirar.

Seguimos caminando, y yo contando historias de la ciudad por la que paseamos, ver a Lucía reír por alguna de las cosas que cuento hace que el día sea el más perfecto que he tenido en muchos años. Me asusta bastante estar sintiendo esto, la comodidad de pasear con ella, la facilidad de hablar de cualquier tema, cómo su cara se ilumina cuando cuento alguna historia de una época antigua.

Llegamos entre risas a la joyería y al abrir la puerta me encuentro detrás del mostrador al señor Goldstein.

—¡Kate! Qué placer verte fuera del museo —dice y me estrecha la mano—. ¿Quién es tu acompañante?

—Lucía Álvarez —la presento—. Una periodista española que está investigando una historia relacionada con la Segunda Guerra Mundial.

Le explico brevemente el motivo de la visita, y Lucía muestra el medallón al joyero, quien lo examina con un interés profesional.

—Es una pieza hermosa —comenta y se coloca unas gafas especiales—. El trabajo es impresionante, típico de los años cuarenta, todo a mano, nada de maquinaria como las que hay ahora.

—¿Puedes decirnos si fue fabricado aquí? —pregunta Lucía—. ¿O si tiene algún registro de piezas similares?

El señor Goldstein examina el medallón con más detenimiento, abriendo y cerrando el medallón.

—Tiene la marca del fabricante —explica—. Apenas es visible, pero está aquí —señala un diminuto símbolo grabado en la parte inferior—. Es de *Blackstone & Sons*, una joyería que estaba cerca de Beacon Hill.

—¿Esa joyería sigue existiendo? —pregunto emocionada.

—No como tal —responde el señor Goldstein—. Cerraron en los años sesenta, pero conozco a alguien que compró gran parte de sus archivos. Un coleccionista, Bernard Wells. Vive en Cambridge.

Apunto la información mientras Lucía le agradece efusivamente al joyero. Cuando salimos, no puedo contener mi entusiasmo.

—¡Esto es increíble! —exclamo feliz—. Si este hombre tiene los archivos de la joyería, podríamos encontrar el registro de quién encargó el medallón original.

Lucía me mira igual de emocionada que lo estoy yo, y sin esperarlo, me abraza en medio de la calle. Río por la efusividad y le devuelvo el abrazo con la misma intensidad.

—Gracias —susurra sin soltar el abrazo—. Por creer en esto tanto como yo.

Nos separamos y antes de que se retire del todo, sostengo su cara entre mis manos y tengo unas ganas terribles de besarla, pero me contengo, ya que las calles están repletas de gente.

—¿Y ahora? —pregunta cuando suelto su rostro.

—Ahora, como te prometí, almuerzo en el puerto —respondo mirando el reloj—. Después llamaremos al señor Wells para ver si podemos visitarlo.

Cogemos un taxi para que nos lleve hasta el puerto. El tiempo está soleado, así que me decido por un restaurante de marisco que tiene una terraza donde se puede ver a los barcos entrando y saliendo del puerto.

—Esto es precioso —comenta mientras tomamos asiento—. Es tan diferente a Madrid.

—¿Echas de menos tu ciudad? —pregunto temiendo la respuesta.

—Sorprendentemente, no tanto como pensaba —admite—. Aunque sí a mis amigos, pero Boston tiene un encanto que hace que me sienta como en casa.

Me pregunto si es Boston como ciudad o soy yo la que la hace sentirse así, pero decido que la pregunta no procede, aunque temo su respuesta, y sea solo la ciudad la que atrapa.

El camarero nos trae la carta y yo agradezco esta interrupción, ya que las dos nos quedamos mirándonos fijamente sin saber qué decir.

—No entiendo la mitad de estos platos —confiesa riendo—. ¿Qué es un "clam chowder"?

—Una sopa cremosa de almejas —explico—. Especialidad local. Te encantará, confía en mí.

—Confío en ti —me sorprende su sinceridad ante la afirmación—. Más de lo que probablemente debería, solo nos conocemos hace poco más de una semana, y… es como si te conociera de antes.

Extiendo la mano por la mesa hasta ponerla encima de la de ella.

—Yo también confío en ti, Lucía, eso me asusta un poco.

Lucía sonríe y yo retiro la mano. Esto no puede ir a más o lo vamos a pasar mal cuando ella se tenga que ir.

Pedimos la comida y, mientras esperamos, la conversación fluye sobre temas profesionales. Le cuento cómo llegué a dirigir el museo, sobre mi fascinación por las historias ocultas de la guerra. Ella me habla sobre su trabajo de periodista en Madrid, y ahí descubro que su ex es su jefa.

Cuando llega la comida, observo cómo Lucía prueba la sopa, lo hace con cautela, para después abrir mucho los ojos sorprendida.

—¡Está increíble! —exclama, llevándose la cuchara a la boca de nuevo—. ¿Cómo es que nunca he probado algo así?

—Porque tenías que venir a Boston para hacerlo. Algunas cosas solo se pueden experimentar en ciertos lugares, con ciertas personas.

Nuestras miradas se encuentran y muerdo mis labios por lo que acabo de decir.

—¿Sabes? —dice Lucía después de un rato—. Cuando le prometí a mi abuela que averiguaría qué le pasó a James, nunca imaginé que me llevaría a esto. A ti.

—La vida tiene formas muy extrañas de llevarnos a sitios donde necesitamos estar.

Continuamos comiendo, pero esta vez en silencio, solo nos miramos intentando saber en qué está pensando la otra.

—¿Puedo probar tu plato? —pregunta, señalando mi langosta.

—Claro —respondo y cojo un poco con el tenedor y se lo acerco a su boca—. Abre —le pido.

En lugar de coger el tenedor, hace lo que le pido y acerca sus labios. Cuando abre la boca, no aparta la mirada de mis ojos, hasta que el sabor de la comida hace que los cierre de placer.

—Está increíble. Pero mi sopa está mucho mejor.

—¿En serio? La langosta es el plato estrella.

—Soy una mujer que sabe lo que quiere, y me reafirmo en que mi sopa está mucho mejor —responde encogiéndose de hombros.

Cuando salimos del restaurante, decido coger mi móvil y llamar al señor Wells. Para mi sorpresa responde al segundo tono y, tras explicarle brevemente quiénes somos y qué buscamos, accede a recibirnos esta misma tarde.

—Viene bien que seas la directora del museo. Abre puertas.

—No todas —respondo, pensando en la resistencia de mi propio padre a hablar del pasado—. Pero sí, tiene sus ventajas.

—¿Abriendo puertas?

Comienzo a reír mientras niego con la cabeza por su pregunta. No puedo empezar de nuevo con este juego.

—Sí, Lucía, abriendo puertas. No pretendo abrir otras cosas con mi posición como directora.

—Una pena —dice guiñándome un ojo—. Yo estaba dispuesta a abrirme de nuevo.

—Joder, Lucía —protesto suspirando.

Ella ríe y yo intento que mis piernas respondan por la punzada que me ha dado su afirmación. Paramos un taxi y antes de que entre me acerco a su oído.

—Me muero de ganas de tenerte con las piernas abiertas —afirmo entrando al coche.

Ahora es ella la que se ha quedado quieta sin poder moverse, y me siento satisfecha por causar ese efecto en ella.

—Entra, Lucía, que el señor Wells nos espera.

Una vez dentro, le indico al taxista la dirección facilitada por el joyero y Lucía no dice nada, solo me observa.

—Quiero estar abierta de nuevo para ti, Kate. Lo deseo más que cualquier otra cosa —afirma dejándome temblando.

—Buff —bufo odiando no estar en el hotel ahora mismo. Lucía se encoge de hombros por mi expresión.

Cuando llegamos al lugar indicado, nos bajamos del coche y llegamos hasta la casa. Pulso el timbre y nos recibe un señor algo mayor. Le indico lo que venimos buscando y le mostramos el medallón. Él nos hace pasar hasta una sala y comienza a sacar unos archivos.

—Tengo los registros de ventas de Blackstone desde 1920 hasta su cierre —explica abriendo el libro—. Si este medallón fue encargado allí, debería aparecer.

Mientras busca, Lucía se acerca a mí y susurra:

—¿Siempre es tan fácil que la gente te abra sus puertas y sus archivos privados?

—No —respondo en voz baja—. Pero hay que aprovechar esta oportunidad.

—Aquí está —dice el hombre.

Mi corazón se acelera ante la afirmación.

—Se compraron dos, fueron encargados el quince de abril de 1944, seguro antes de partir a Europa. En uno de ellos constaba una

inscripción “To M, with eternal love. J.M.” Ordenados por Arthur Smith.

El nombre retumba en mis oídos, y no entiendo nada, ese es mi abuelo.

—No puede ser —digo buscando en el libro lo que el señor Wells ha leído.

—Aquí lo pone claro —asegura el señor.

Lucía me mira sin entender nada y yo no sé por qué el nombre de mi abuelo aparece en algo que tiene la abuela de Lucía y que le regaló James Miller.

—¿Hay una dirección? —pregunto.

—Sí, espere un momento.

El señor busca en otros libros las facturas que se emitían en aquella época y la encuentra.

—Dirección de facturación: 42 Marlborough Street, Boston.

—Es mi abuelo —digo sin comprender nada.

—¿El capitán Arthur Smith?

—Sí, pero ese medallón lo entregó James Miller a Mercedes, una enfermera en la Segunda Guerra Mundial.

—Era muy normal que entre soldados se pidieran cosas. Seguro que Arthur era amigo de ese J.M.

—James Miller —dice Lucía.

—Pero encargó dos —afirmo.

—Así es, uno con inscripción y el otro no tenía nada —indica el anticuario.

—Por eso recordaba yo ese medallón, claro que lo he visto y está en mi familia —aseguro nerviosa, sin entender por qué mi padre no me dijo esto.

—Muchas gracias, señor Wells —dice Lucía—. Antes de marcharnos, ¿podemos tomarles fotos a estos archivos?

—Claro, joven.

Lucía es la que fotografía todo mientras yo sigo sin entender por qué el universo se empeña en que la conexión con Lucía sea cada vez mayor. Me pregunto: ¿por qué mi padre no me cuenta que el abuelo tuvo un amigo y ese es James Miller? Mil preguntas sin

responder se agolpan, pero debo descubrirlas junto a Lucía, porque mi familia está dispuesta a que ese pasado no se sepa.

Capítulo 19

Lucía

Salimos de la casa del anticuario en completo silencio. No esperaba encontrarme con esto, creo que Kate tampoco. Saber que nuestros abuelos se conocieron, que fueron amigos, me deja sorprendida.

Kate camina a mi lado distraída, sé que está igual de perdida que yo. Cuando llegamos a la calle principal para poder tomar un taxi, me detengo y le agarro la mano para captar su mirada.

—Kate, ¿estás bien?

Ella me mira confundida y niega con la cabeza.

—No lo entiendo, Lucía. ¿Por qué mi abuelo encargaría un medallón que luego James Miller le daría a tu abuela? Y más importante aún, ¿por qué mi padre se niega a hablar de ello?

—Quizá no sabe que estamos conectadas de esta manera —sugiero.

—Tiene que saberlo —responde Kate—. Mi padre guarda celosamente todos los documentos y objetos personales de mi abuelo. Si ese medallón formaba parte de su historia, él lo sabría.

Decidimos tomar asiento en un parque cercano. Necesitamos saber qué es lo que está pasando y cuál es el siguiente paso que dar. Tengo la sensación de que esto ahora mismo ya no lo hago por mi abuela, sino por mí y para entender esta extraña atracción que siento por Kate.

—Esto explica por qué recordabas haber visto el medallón antes. Probablemente, viste el segundo, el que no tenía inscripción.

—Sí, pero ¿por qué mi abuelo encargaría dos medallones idénticos? —Kate parece más hablar para sí misma que para mí—. Si uno era para tu abuela, ¿para quién era el otro?

Las dos estamos confundidas y no hacemos más que teorizar sobre algo que no tenemos explicación alguna. Ya he identificado al James de mi abuela, solo me falta descubrir lo que pasó con él y me

es imposible. Ahora entra en esta ecuación Arthur, el abuelo de Kate, y no trae más que confusión a todo esto.

—Si James Miller no existió —dice de pronto.

—Existió, Kate, tenemos pruebas de que era médico, las fotos lo demuestran. Mi abuela me hablaba de él. Joder, sé que todo esto es confuso, pero sin más información solo daremos vueltas y ya. A James es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Perdona, ya no sé ni lo que digo. Nunca me había encontrado con algo así.

—Necesitamos hablar con tu padre. Él debe tener respuestas.

—Ya lo intenté, incluso con mi tío y se niegan a decir nada del tema —Kate se tapa la cara con las manos y suspira—. Tienes razón, necesitamos explicaciones y él es nuestra mejor opción ahora mismo.

—Es la única que tenemos —afirmo.

Veo cómo saca su móvil y tras buscar lo que creo es el número de su padre, se coloca el teléfono a la oreja y unos minutos después la escucho decir.

—Papá, soy yo. Necesito verte. Es urgente… No, no puedo esperar. Se trata del abuelo Arthur y James Miller —deja de hablar mientras se escucha a su padre y claramente está enfadado—. Necesitamos respuestas, papá. Tengo información de que el medallón lo compró el abuelo. Deja de mentir y cuenta la verdad de lo que sabes. Tengo a alguien como te dije que ha cruzado el océano que quiere información sobre qué pasó y tú lo sabes. Es la historia de su abuela, papá. Mercedes y James Miller.

Veo que, tras unos minutos que ella está en silencio escuchando a su padre, Kate cambia su expresión y ahora es de sorpresa.

—De acuerdo. Estaremos allí en una hora —dice antes de colgar.

—¿Estaremos? —pregunto alzando una ceja.

—Sí, quiere conocerte. Dice que hay cosas que debemos saber, pero que debe decirnos en persona a las dos.

Nos ponemos de pie y, sin pensarlo demasiado, sujeto la cara de Kate y la beso. Esta vez no es tan suave, es una mezcla de la emoción del momento por descubrir qué pasó con James y el deseo que siento por ella.

—Hay que parar —dice apoyando su frente a la mía.

—Ya.

Kate toma mi mano y la aprieta, después de dejar un beso en ella, me mira con amor, sus ojos brillan, y una sonrisa se dibuja en su rostro, me parece increíble estar así con ella.

—¿Lista para descubrir la verdad?

—Sí, necesito saber qué pasó, se lo prometí a mi abuela.

Cogemos un taxi y nos dirigimos a la casa del padre de Kate, nuestras manos siguen entrelazadas. Nos bajamos al llegar a nuestro destino y, antes de que ella pulse el timbre, me mira.

—Estamos juntas en esto —afirma guiñándome un ojo.

Juntas, esa palabra resuena en mi cabeza y una pregunta se agolpa en mi cabeza, ¿qué pasará cuando sepa lo que pasó con James? Yo volveré a España y Kate seguirá con su vida en Boston.

—Katherine —saluda a su hija para luego mirarme a mí—. Tú debes ser Lucía.

—Sí, señor Smith. Gracias por recibirnos.

El padre de Kate nos hace pasar a un salón y nos señala al sofá para que tomemos asiento.

—¿Quieren algo de beber?

—No, papá —responde ella claramente enfadada—. No estamos aquí para que nos invite a algo, estamos para encontrar respuestas.

—Supongo que no puedo seguir callando la verdad sobre esto. Especialmente ahora que Mercedes ha enviado a su nieta a saber sobre James Miller.

—Se lo prometí, por eso estoy aquí, señor Smith, necesito saber qué pasó con James Miller.

—¿Puedo ver el medallón? —pregunta mirándome.

Se lo entrego y veo cómo pasa sus dedos por él y una sonrisa entrañable se le dibuja. Está emocionado, se le ve en sus ojos, al igual que le pasa a Kate. Sus miradas se parecen tanto. Se para a leer la inscripción y lo hace en voz alta.

—M es el nombre de mi abuela, se llamaba…

—Mercedes —me interrumpe el padre de Kate.

—J.M. es de James Miller —afirma Kate—. Es el médico americano que conoció durante la guerra.

—No —dice con decisión el señor Smith—. J. M. no son las iniciales de James Miller.

Kate y yo nos miramos confundidas.

—Pero hay fotos de ellos, mi abuela siempre me habló de James. Tiene que ser él.

—James Miller existió —confirma—. Sirvieron juntos en el mismo hospital de campaña. Pero no fue James quien le hizo el medallón a tu abuela, Lucía.

—¿Entonces quién? —pregunta Kate tan confundida como yo.

—J.M. son las iniciales de John Miller —dice y traga saliva antes de seguir hablando—. Es el verdadero nombre de mi padre.

El silencio tras la revelación es absoluto. Siento que en la habitación en la que estamos no hay aire. Me estoy ahogando al descubrir lo que acaba de afirmar el señor Smith.

—¿Qué? —pregunta la directora del museo, poniéndose de pie—. ¿El abuelo se llamaba John Miller? Pero eso es imposible. Toda mi vida he sabido que es Arthur Smith. Hay documentos, fotos, hay…

—Tu abuelo cambió su nombre después de la guerra —interrumpe su padre—. John Miller dejó de existir en 1945. Después de la guerra, nació Arthur Smith, el hombre que conociste, el hombre que yo llamé padre.

Me siento mareada, incapaz de procesar lo que estoy escuchando.

—Pero mi abuela siempre me habló de James. Él era su verdadero amor. ¿Qué tiene que ver John en todo esto? Y ¿Por qué le iba a dar un medallón a mi abuela? ¿Qué pasó con James?

El señor Smith suspira y me hace entrega del medallón y le pide a Kate que vuelva a tomar asiento.

—James Miller era el hermano mayor de mi padre. Como conté antes, ambos sirvieron juntos en Europa. James murió en la guerra, en noviembre de 1944, cerca de la frontera alemana.

Ahora entiendo por qué James nunca buscó a mi abuela. Lo que sigo sin entender es que pinta el abuelo de Kate en todo esto.

—Mi padre —continúa—. Cuando regresó a América, decidió comenzar de nuevo y, con su segundo nombre que era Arthur, cogió el apellido de su madre, Smith.

—¿Por qué lo hizo? —pregunta Kate sin entender nada—. ¿Por qué cambiarse el nombre y apellidos?

—Por ella —responde su padre, señalándome—. Por tu abuela, Lucía.

Mi respiración se detiene un instante.

—Mi padre amaba a Mercedes —afirma—. La amaba con toda su alma. Pero hubo complicaciones. Circunstancias que los separaron.

—¿Qué circunstancias? No estoy entendiendo nada —digo confundida.

—Tu abuela estaba embarazada cuando se separaron.

—Sí, eso me decía ella, pero de James Miller.

—No, Lucía, fue de mi padre.

Esta afirmación hace que esté más confusa que antes. Mi abuela está embarazada de John Miller. Del abuelo de Kate.

—Eso significa… —Kate no puede terminar la frase.

—Que mi madre… —no puedo continuar, necesito que todo esto sea una jodida broma.

—Sí —confirma el padre de Kate—. Tu madre, Lucía, y yo somos hermanos, por parte de padre. John Miller es el padre de tu madre.

El silencio vuelve. Kate me mira con una expresión que no puedo descifrar, estamos en shock, confundidas por todo esto.

—Somos familia —afirma Kate en un susurro.

—Primas —añado sintiendo un nudo en el estómago al pensar en nuestra noche juntas, en nuestros besos, en todo lo que ha pasado entre nosotras,

El señor Smith nos observa, como si pudiera leer nuestros pensamientos.

—Hay más —dice y es su voz la que nos devuelve a la realidad—. Mucho más que necesitan saber. Sobre por qué se separaron, por qué mi padre no contactó con Mercedes.

Kate que está a mi lado me sujeta la mano y la aprieta con fuerza, no puede haber nada más que nos pueda mantener más alejadas de una relación. Necesito saber toda la verdad sobre esto y la mujer que tengo a mi lado también.

—Estamos listas —afirma Kate—. Cuéntanos todo.

Capítulo 20

Lucía

El señor Smith nos mira con una expresión de profunda melancolía. Parece buscar las palabras adecuadas, como si estuviera a punto de abrir una caja que ha mantenido sellada durante décadas.

—Supongo que debo empezar por el principio —comienza a decir —. En 1944, James y John fueron asignados al mismo hospital de campaña en Normandía. Ambos eran médicos, pero James era el mayor y tenía más experiencia.

Mira a Kate, baja la mirada apenado porque su hija va a descubrir algo que quizá debía saber hace mucho tiempo.

—Tu abuelo siempre vivió a la sombra de su hermano. James era brillante, carismático, y todo el mundo lo amaba. Fue a Harvard, mientras que John estudió en Boston University. Incluso en la guerra James destacaba.

—¿Cómo conoció a mi abuela? —pregunto, necesitando entender parte de la historia. Porque está claro que la figura de James y John en algún momento de la historia pasó a ser una.

—Mercedes llegó al campamento como enfermera voluntaria, fue mediante una ONG. Era hermosa, valiente y, según mi padre me contó, tenía una luz especial incluso en medio de tanto horror.

Sonrío al recordar a mi abuela en la descripción que hace el padre de Kate.

—Al principio los dos quedaron fascinados por ella. Pero fue James quien se adelantó. Comenzaron una relación que duró varios meses. En las pocas ocasiones en que mi padre habló de esta historia, admitía que sentía celos, pero respetaba demasiado a su hermano como para interponerse.

Kate aprieta mi mano para relajarme, estoy tensa, escuchando el relato.

—En agosto de ese año, el hermano mayor fue enviado a un puesto avanzado cerca de la frontera alemana.

—La última foto de ellos fue de ese verano.

El señor Smith asiente y continúa con su relato.

—Una noche, ese puesto fue bombardeado. No hubo supervivientes.

Siento un nudo en la garganta, casi no puedo hacer la pregunta que necesito saber.

—¿Mi abuela lo supo?

—Sí. John recibió la noticia primero. Estaba devastado, su hermano había muerto. Él lo era todo para mi padre. James siempre cuidó de John. Pero tenía que recomponerse y decirle a Mercedes lo que había pasado, y eso le aterraba.

El señor Smith se levanta y se dirige hasta un mueble y saca de uno de los cajones un sobre amarillento, supongo que ha sido el paso de los años. De él saca una fotografía y me la extiende para que la mire.

En ella está mi abuela con James, y el que era abuelo de Kate. Que ahora sabemos que se llamaba John.

—Mercedes estaba devastada tanto como mi padre —continúa el padre de Kate—. Entró en una especie de estado de shock. John intentó consolarla, estar ahí para ella. Con el tiempo ese consuelo se transformó en algo más.

Trago saliva para no gritarle al padre de Kate que John se aprovechó de la debilidad de mi abuela, que ella en su estado… Necesito tranquilizarme porque lo que no sabe el señor Smith, es que esa consecuencia de que su padre y mi abuela estuvieran juntos afecta directamente tanto a Kate como a mí.

—Se enamoraron en medio del duelo compartido. John sabía que estaba mal, que de alguna manera estaba traicionando a su hermano, pero el amor en tiempos de guerra tiene sus propias reglas. La vida se vive de forma más intensa cuando no sabes cuánto tiempo estarás con vida.

—Hay algo que no entiendo —dice Kate—. Por qué el abuelo tenía ya el medallón con las iniciales J.M., es confuso hacer algo así. Te juro, papá, que no estoy entendiendo nada, los tiempos como lo estás contando no cuadran.

—El medallón lo encargó tu abuelo antes de la muerte de James. Como os dije, él también estaba enamorado de Mercedes. Solo que James fue el primero en declararse. Así que él guardó el medallón hasta que le pareció apropiado dárselo. Esas iniciales podían ser tanto de él como de su hermano.

—Mi abuela siempre dijo que fue James quien se lo regaló —afirmo.

—Fue, mi padre, no conozco toda la historia realmente, solo lo que me contó él poco antes de morir.

—Si tu padre la quería, ¿por qué la abandonó estando embarazada? ¿Por qué nunca la buscó?

Veo cómo cierra los ojos, como si recordar aquello que una vez le contaron fuese demasiado doloroso para ser contado.

—Porque lo capturaron. En febrero de 1945. John fue prisionero de los alemanes. Estuvo en un campo de prisioneros hasta el final de la guerra.

—La guerra terminó en mayo —señala Kate—. ¿Por qué no buscó a Mercedes después?

—Porque sufrió una grave herida en la cabeza —explica su padre —. Cuando lo liberaron, apenas recordaba quién era. Pasó meses en un hospital militar en Inglaterra, recuperándose físicamente, pero luchando para poder recuperar los recuerdos. Lo hizo, no todos, pero sí recordaba a tu abuela, aunque ya era octubre de 1945.

—¿Intentó buscarla, pero no pudo? —pregunto.

Pero él niega con la cabeza.

—Un compañero le contó que Mercedes había vuelto a España y se había casado con otro hombre. Que ese hombre había reconocido al bebé que esperaba.

—Mi abuelo Antonio —murmuro.

—Exacto. Mi padre estaba devastado, la había perdido, y creía que no tenía ningún derecho a volver a interrumpir su vida. Se hundió en ese momento, los médicos temieron que se quitara la vida. Pero decidió…

—Empezar de nuevo —se adelanta a decir Kate.

—Sí. Cuando regresó a Boston decidió cambiar el nombre y el apellido, podían hacerlo. Dejó atrás a John Miller, el hombre que

quiso a tu abuela y había perdido por segunda vez, decidió ponerse a Arthur Smith. Se casó con mi madre un año después, y trataron de construir una vida normal.

—Mientras mi abuela pensaba que la había abandonado —reclamo enfadada.

—Lucía, tu abuela a quien siempre ha buscado es a James, no a mi padre. Quizá en aquel tiempo entre bombardeos, simplemente se aferró a mi padre porque era una conexión con James.

—¿Estás diciendo que mi abuela utilizó a tu padre? —pregunto cabreada.

—No.

—Quizá tu padre se aprovechó de ella —escupo con rabia y me levanto.

Kate se pone de pie y me abraza por detrás intentando que me tranquilice, pero yo me zafo de ella. No quiero que me toque, no puedo sentir esto que siento. ¿Cómo algo que pasó hace ochenta años puede afectarnos en la actualidad?

—Mi padre jamás olvidó a Mercedes, Lucía. Simplemente, hizo lo que creía que era lo correcto. Él tuvo pesadillas durante años, la llamaba en sueños, al final de sus días recordaba más a tu abuela que a mi madre, y eso me dolía. Mercedes fue el verdadero amor de mi padre.

—Todas las historias que nos contaste sobre el abuelo… ¿Cuánto de eso era verdad?

Él la mira casi pidiendo perdón con la mirada.

—Casi todo. Tu abuelo era el hombre que conociste, Kate. Valiente, compasivo, dedicado a su familia. El hecho de que naciera como John Miller no cambia quién llegó a ser como Arthur Smith. Simplemente, hay una parte de su historia que mantuvo oculta, incluso para sí mismo.

Miro a Kate, tratando de procesar todo esto.

—Mi madre no sabe esto —digo de pronto recordando lo que me decía—. Ella siempre ha insistido en que su padre es Antonio.

—Es que lo era, Lucía —responde el padre de Kate—. Fue él quien la crio, quien estuvo ahí para ella.

—Pero biológicamente, su padre era John Miller —insisto—. Lo que significa que… —no continúo y miro a Kate.

—Que somos primas —escuchar esa palabra hace que algo dentro de mí se rompa.

Esto parece una auténtica locura. No entiendo por qué se ocultaban estas historias, porque John no fue en busca de mi abuela, nada de esto hubiese pasado. Yo no le hubiera prometido a mi abuela encontrar a su amor, y yo no hubiera conocido a Kate y… No soy capaz de seguir mis pensamientos.

—¿Hay algo más que deberíamos saber? —pregunta Kate a su padre—. ¿Algún otro secreto familiar que nos hayas ocultado?

—Solo una cosa más —responde—. Tu abuelo, escribió cartas. Muchas cartas, durante años, dirigidas a Mercedes. Cartas que nunca envió porque así el dolor era menor.

—¿Las has guardado? —pregunta Kate.

—Todas —confirma—. Están en el ático, en el baúl, con sus otras pertenencias personales. Las cartas, fotografías, incluso el segundo medallón, está todo ahí.

—Quiero verlas —digo y no se lo estoy pidiendo, es una exigencia—. Necesito leer esas cartas.

—Supongo que después de tantos años, es hora de que estas historias salgan a la luz. Voy a buscarlas.

Mientras él va a buscarlas, Kate y yo nos quedamos a solas en el salón. El silencio es incómodo, casi duele, y solo nos miramos.

—Lucía —comienza a decir—. Sobre anoche…

—No —la interrumpo—. No puedo hablar de eso ahora. Todo esto es demasiado.

—Lo entiendo. Es solo que… —se detiene, buscando las palabras —. No quiero que pienses que esto cambia cómo me siento respecto a ti.

—Kate, somos familia. Compartimos un abuelo.

—Lo sé —afirma con pesar—. Entiendo si para ti esto lo cambia todo. Solo quería que supieras que, para mí, sigues siendo la misma persona fascinante que conocí hace una semana. Esto que está pasando es un asco, pero no cambia mis sentimientos por ti. No puedo olvidarte de un día para otro, Lucía.

—Aquí está —dice llegando al salón el señor Smith—. Todo lo que John Miller, mi padre, guardó sobre su vida anterior. Todo lo de Mercedes.

Abre el pequeño baúl y de él saca una carpeta.

—Creo que esto te pertenece —asegura.

Al abrirlo, lo primero que me encuentro es el medallón, el mismo que tenía mi abuela y que yo traje conmigo.

—Hay doce cartas —continúa el señor Smith—. La mayoría están fechadas en los años cincuenta y sesenta. Las escribía en forma de terapia. Su psiquiatra se lo recomendó.

—Y no le recomendó ir a buscar a mi abuela —escupo todavía enfadada.

—No era lo correcto, Lucía. Antonio era un buen hombre, no podía entrar otra vez a formar un caos a tu abuela. Los hermanos Miller ya le habían hecho demasiado daño.

"Querida Mercedes," leo en voz alta. "Han pasado cinco años desde que te vi por última vez. Cinco años desde que sostuve tu mano y te prometí volver. No sé si alguna vez leerás estas palabras, pero necesito escribirlas como si pudieras..."

Mi voz se quiebra, incapaz de continuar. Kate toma la carta y sigue leyendo:

"...pudieras hacerlo. Los médicos dicen que escribir me ayudará a recordar, a sanar. Dicen que debo aceptar que no podemos cambiar el pasado, pero no puedo evitar preguntarme qué habría pasado si las cosas hubieran sido diferentes. Si James nunca hubiera muerto, si nunca me hubieran capturado, si hubiera podido regresar a ti como prometí.

Me han dicho que te casaste, que encontraste a alguien que pudo darte la vida, que yo no pude. Espero que seas feliz, que él te ame como mereces ser amada. Y espero que nuestro hijo o hija (ni siquiera sé qué fue) tenga una buena vida, libre del dolor y las sombras que me persiguen.

A veces, cuando el dolor de cabeza disminuye y los recuerdos son más claros, puedo verte cómo eras entonces. Tu sonrisa cuando llegaba al hospital después de un largo día. Tus manos, vendando

heridas con tanta delicadeza. La forma en que pronunciabas mi nombre, con ese acento que hacía que sonara como música.

Sé que debo dejarte ir. He construido una nueva vida aquí. Una esposa que me ama a pesar de mis cicatrices, y dos hijos a los que adoro. Pero una parte de mí siempre estará contigo, en ese hospital de campaña en Francia, en esos breves meses que compartimos entre tanto caos.

Con amor eterno.

J.M."

Cuando Kate termina de leer, ambas tenemos lágrimas resbalando por nuestras mejillas. Es como si pudiéramos sentir el dolor de John Miller, atrapado entre dos vidas, entre dos identidades, intentando reconciliar quién era con quién tuvo que convertirse.

—Hay más —dice el señor Smith—. Muchas más. Siguió escribiéndole hasta poco antes de morir en 1982.

El señor Smith continúa hablando y yo no puedo procesar todo, porque la vida juega conmigo de esta manera. ¿Por qué?

—Es una historia trágica, sin un final feliz entre dos personas que se amaban —dice él—. Pero ahora estamos aquí. Dos nietas de John Miller, reunidas después de tantos años. Como si de alguna manera, el destino quisiera corregir lo que salió mal hace tanto tiempo.

Miro a Kate intentando deshacerme de esa sensación que sentí anoche, o incluso esta mañana, o cuando me dijo que seguía sintiendo lo mismo por mí, que el hecho de descubrir esto no significara nada.

—Necesito procesar todo esto —digo, poniéndome de pie—. El destino parece querer jugar no solo con la vida de mi abuela, sino también con la mía.

—Pueden llevarse las cartas, el medallón, lo que necesiten. Ya es hora de que estos secretos dejen de serlo.

Cuando salimos de la casa en la que he descubierto una verdad que me aterra. Las dos caminamos en silencio hasta la parada de taxi.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta Kate—. ¿Volverás a Madrid?

—Sí, ya he encontrado lo que venía buscando.

—Entiendo. Si decides quedar un poco más, el museo seguirá a tu disposición para cualquier investigación que quieras hacer.

—Gracias —respondo—. Y Kate... lo de anoche...

—No tenemos que hablar de eso ahora —me interrumpe con una sonrisa triste—. Como has dicho, es demasiado. Demasiado para procesar en un solo día.

Un taxi se detiene frente a nosotras. Kate me ayuda a colocar el baúl en el maletero y luego se queda de pie en la acera.

—¿No vienes? —pregunto, sabiendo que no es correcto lo que le estoy diciendo.

—Creo que necesitas espacio —responde—. Y yo también.

Asiento y me subo al taxi. Veo cómo me alejo una vez que le indico la dirección, cómo Kate se desdibuja mientras el coche me lleva a mi destino, ese que deberé recoger todas mis pertenencias y volver a España para poder así olvidar a Kate, la mujer que en apenas una semana se ha convertido en alguien importante en mi vida.

Capítulo 21

Kate

Veo al taxi alejarse, y con ello a Lucía. Una parte de mí no sabía que podía entregar tanto en tan poco tiempo. Me quedo inmóvil en la acera, con la mirada fija en el vehículo, hasta que desaparece en la distancia. Siento que mis piernas me sostienen mientras trato de procesar todo lo que ha ocurrido en las últimas horas.

Somos primas. Compartimos un abuelo, un hombre que vivió dos vidas separadas, que amó a dos mujeres y que guardó secretos que ahora nos afectan directamente a nosotras. ¿Cómo es posible que algo que ocurrió hace casi ochenta años tenga el poder de destrozar lo que apenas había comenzado a construir con Lucía?

Mi móvil comienza a sonar, lo saco del bolso y lo miro. Es Diana, mi mejor amiga.

—Kate, ¿dónde estás? Llevo media hora esperándote.

En este momento recuerdo que había quedado con ella para cenar.

—Lo siento, Diana. Ha pasado algo. ¿Podemos vernos en tu casa en lugar del restaurante?

—Claro, ¿estás bien?

—Te lo cuento ahora.

Tras despedirnos, colgamos y cojo un taxi en dirección a casa de mi amiga. Durante el trayecto no puedo dejar de pensar en Lucía, en su rostro desencajado cuando descubrió la verdad, en la forma en que se alejó de mí intentando poner distancia. Una parte de mí la entiende, pero otra sabe que esto no está mal. Que compartamos abuelo, no significa que pueda cambiar todo lo que siento por ella.

Cuando llego, Diana me abre la puerta y su expresión cambia al verme.

—Por Dios, Kate, ¿qué te ha pasado?

En ese momento me permito sacar fuera todo lo que he estado conteniendo. Me derrumbo en el sofá y le cuento todo. La llegada de

Lucía, nuestra investigación, la confesión de mi padre y la verdad sobre nuestro parentesco. Le cuento también sobre lo que pasó entre nosotras, cómo había comenzado a ilusionarme por algo en lo que sabía que teníamos que lidiar con el tema de la distancia, pero no con que seamos primas.

—Es como una broma cruel del destino —concluyo encogiéndome de hombros.

Diana me observa incrédula.

—Kate, esto parece como una de esas películas que tanto odias por ser melodramáticas.

—Lo sé. La cosa es que sigo sintiendo lo mismo por ella. ¿Está mal? ¿Soy una persona horrible por no poder controlar esto?

—No eres horrible —responde apretando mi pierna de forma cariñosa—. Nadie puede controlar de quién nos enamoramos. Aunque técnicamente sean primas, no crecieron juntas, no se conocían. Son dos extrañas que comparten un antepasado en común.

—Un antepasado algo cercano. Es nuestro abuelo, Diana. Eso es lo que creo que a Lucía le perturba.

—Ya, pero es que es solo por una parte, ¿sabes la cantidad de hombres que dejaban hijos por el mundo? A saber, cuántas personas están juntas sin saber que tienen algún parentesco.

—El problema no lo tengo yo, es Lucía, y contra eso no puedo hacer nada.

Diana, al verme suspirar de resignación y me abraza.

—No te tortures, Kate, dale tiempo. Quizá con la distancia, ambas puedan procesar todo esto y encontrar una forma de que esto no les afecte, y si no al menos, que sean amigas.

—No quiero ser su amiga, Diana —confieso.

—Kate, no te precipites.

—Volverá a España, no creo que la vuelva a ver.

—Ya te dije antes, la distancia puede ser un punto a favor para poner las cosas en claro.

Me levanto con frustración del sofá y camino desesperada, porque no sé cómo gestionar esto, no entiendo cómo Lucía se ha colado tan rápido en mí. Siempre he sido alguien más relacional, no

dejaba que nadie cruzara ciertas barreras, pero con la española ha sido distinto. Es como si hubiera venido a dar un color diferente a mi vida, pero mi destino no puede estarse quieto, no, tiene que joder con algo que ninguna de las dos podemos controlar, porque al final es cosa del pasado, uno con el que nosotras no tenemos nada que ver.

Cenamos en su casa mientras Diana me cuenta qué tal con su nueva conquista, ella está encantada y yo me alegro por mi amiga. Entre risas y gracias a eso puedo dejar de pensar en Lucía, pasamos la noche hasta que es hora de irme a mi casa.

El lunes por la mañana llego al museo y paso por la cafetería donde desayunaba todas las mañanas con Lucía, pero no está. Pido un café y me lo llevo hasta mi despacho para sumergirme en el trabajo y así poder desconectar de la realidad.

—Buenos días, Kate —me saluda Robert entrando—. ¿La señora Álvarez no viene hoy?

La pregunta, aunque inocente, me duele más de lo que pensaba.

—No. De hecho, creo que se ha marchado de la ciudad.

Robert me mira con curiosidad, toma asiento queriendo saber más.

—¿Se marchó? Pensé que aún quedaba tiempo para su investigación.

Suspiro profundamente. Robert ha estado desde el principio, fue quien ayudó a Lucía, así que merece saber la verdad.

—El fin de semana descubrimos algo —comienzo a relatar—. Mi padre finalmente accedió a hablar con nosotras sobre James Miller.

—¿Qué descubrieron?

—Que James Miller murió en la guerra. Que el hombre que estuvo con la abuela de Lucía después de la muerte de James fue su hermano menor, John Miller, quien después cambió su nombre a Arthur Smith.

Robert me mira con asombro como si no pudiera procesar la información.

—Tu abuelo.

—Sí. Mi abuelo y el de Lucía son la misma persona.

—Dios mío —murmura Robert—. Eso significa que ustedes dos son primas.

Asiento sin poder decir nada más.

—Es una historia extraordinaria —dice entusiasmado—. Digna de ser contada.

—Hay cartas —añado—. Muchas. Mi abuelo siguió escribiendo a Mercedes durante décadas, aunque nunca las envió.

—¿Puede ser que los Coleman supieran de esas cartas? Por eso la insistencia de exponer todo lo de tu abuelo.

—No lo sé. Pero es muy probable, ya que él es muy amigo de mi tío. Quizá él le contó que eso existía.

—Ahora pueden exponer, pueden contar una historia increíble durante la guerra.

—Esas cartas están en posesión de Lucía. No las tengo yo.

—¿Y Lucía? ¿Cómo tomó todo esto?

Me quedo en silencio sin saber muy bien qué responder. Robert me conoce demasiado bien.

—Kate, ¿qué sucede?

—Yo… —comienzo a decir, pero me detengo para buscar las palabras correctas—. Lucía y yo nos acercamos más de lo que debíamos. Y ahora…

—Ya entiendo. Te enamoraste de ella.

—No lo sé —confieso—. Todo fue tan rápido. Pero sí, siento algo por ella que no había sentido por nadie hace mucho tiempo. Y ahora es imposible.

—¿Por qué? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Porque para Lucía esto parece ser un problema. ¡Somos primas, Robert! —esto último lo digo para que me diga que es una completa locura sentirse así por alguien que es familia, aunque no hayamos tenido ningún contacto hasta ahora.

—Kate, he vivido lo suficiente para saber que la vida es demasiado corta para dejar que los convencionalismos dicten nuestras decisiones más importantes.

—Es una locura, Robert.

—¿Por ser primas?

Asiento respondiendo así a su pregunta.

—Kate, mis padres eran primos, y de los mismos abuelos. No pasó nada. Ellos se enamoraron y vivieron su amor, al principio a escondidas, después ya decidieron que el resto del mundo les daba igual. Si mis padres no hubieran decidido dejar lo que piense la gente, yo ahora mismo no estaría sentado frente a ti.

Miro a Robert sorprendida por esta historia de sus padres que no sabía.

—No dejes que se vaya, Kate. Habla con ella.

—Probablemente, ya sea tarde —respondo con desgana—. Seguramente ya está de camino a España.

—¿Has comprobado eso? ¿Has ido al hotel a buscarla?

—No.

—Entonces no lo sabes con certeza. Ve y averígualo. Si ya se ha ido, al menos tendrás la certeza. Pero si sigue aquí, Kate, algunas historias merecen una oportunidad de ser escritas, incluso las que parecen imposibles.

—Pero también está la distancia, Robert.

—Kate, no sigas poniendo excusas. Ve a ver si se ha ido.

Suena a una orden más que un consejo y sonrío al ver por primera vez a Robert Harper de ese modo conmigo.

—Iré esta tarde —respondo.

—No, Kate, quizá después sea tarde. Ve ahora, yo me encargo del Museo.

Antes de que pueda decir algo, Robert levanta la mano, volviéndome a sorprender su atrevimiento.

—Una hora, Kate, una hora para buscarla. Ve y dile cómo te sientes.

Miro el reloj, comprobando la hora.

—Estará todo bien, las visitas programadas, la posible afluencia de turistas. No pongas de excusa esto. Yo me ocupo.

Sonrío y me pongo de pie cogiendo mi bolso.

—Gracias, Robert —digo antes de salir del despacho para dirigirme al hotel de Lucía.

Capítulo 22

Lucía

Entro en la habitación y me derrumbo en la cama, abrazo la almohada. Mi mente es un caos. Hace apenas veinticuatro horas estaba entre los brazos de Kate, sentí cosas que hacía tiempo que no sentía, y ahora… ahora resulta que somos familia. Compartimos un abuelo, es como una broma cruel del destino.

No puedo contener todo lo que siento y las lágrimas empiezan a caer por mi rostro. Vine a Boston buscando respuestas sobre James Miller, el amor perdido de mi abuela, y he terminado encontrando mucho más de lo que jamás imaginé. Un secreto familiar que cambia toda la historia, y algo entre Kate y yo que ahora no puede ser.

Necesito hablar con alguien o voy a volverme loca. Miro la hora y decido que a pesar de la diferencia horaria necesito desahogarme con ella. Así que sin pensarlo llamo a Luz.

—Lucía, ¿estás bien? Es muy temprano aquí —dice nada más descolgar.

—No, no estoy bien —respondo sin poder controlar el llanto—. Lo he descubierto todo, Luz, y es horrible.

—Intenta estar tranquila y cuéntame qué ha pasado, para poder entender.

Le relato todo: Cómo descubrimos que James Miller murió en la guerra, y todo lo que siguió después y cómo ahora Kate y yo somos familia.

—Joder, Lucía —dice Luz cuando termino—. Es como una novela.

—Es una pesadilla —respondo—. Porque Kate y yo…

—¿Tú y Kate qué? —pregunta, aunque por su tono sospecho que ya lo sabe.

—Pasamos la noche juntas, Luz. Nos acostamos. Después descubrimos lo que ya te he contado.

Hay un silencio al otro lado de la línea, más largo de lo que esperaba.

—Entiendo por qué estás tan nerviosa —comienza a decir—. ¿Qué piensas hacer?

—Me voy de aquí. Voy a cambiar el vuelo para mañana al mediodía. No puedo quedarme, Luz. Ya tengo lo que necesito.

—¿Estás segura? Tal vez necesitas unos días para procesar todo.

—Si me quedo, no sé si podré controlarme. Sigo sintiendo cosas por ella y siento que eso me hace ser una persona horrible.

—No eres horrible, Lucía. Nadie elige de quién se enamora.

—¿Enamorarme? No he dicho eso —protesto, aunque en el fondo sé que es lo que está pasando.

—Lo que sea que sientes. ¿Has hablado con tu madre de esto?

—No. Sabes que ella siempre ha negado todo esto.

—Ya, pero creo que deberías contarle lo que has descubierto.

—Hablaré con ella cuando llegue a España.

—¿Escribirás sobre esto? —pregunta con cautela.

—Sí, tengo cartas, fotografías. Creo que puede ser una historia muy bonita, aunque silenciada por el paso de los años.

—Una historia que para ti afecta a la tuya con Kate.

—No quiero hablar más de eso, Luz.

—Lucía, sois dos desconocidas, no tiene por qué terminar nada.

—Ni siquiera empezó —reconozco.

—Yo sigo sin ver el drama como tú lo ves. Sois dos completas desconocidas que el destino os puso frente a frente y, después de esos sentimientos, descubristeis una historia pasada. No tiene por qué afectar al presente.

—Para mí lo cambia todo.

—Bufff, cuando te pones así es mejor no discutir contigo.

Escucho un ruido en la línea y es Paloma que le pregunta a Luz qué ha pasado y esta le dice que ahora le cuenta.

—Te dejo ya, Luz. Perdón por despertarte, pero necesitaba hablar esto con alguien.

—Tranquila —responde.

—Voy a preparar todo para el vuelo de mañana.

—Lucía —dice antes de colgar—. Puedes quedarte hasta el día que estaba programado, no tomes una decisión apresurada, habla con ella, cuéntale tus miedos, tus inseguridades.

—Voy a volver a España, no tengo nada que hablar.

—Te doy por imposible —protesta.

No deja que le responda y cuelga la llamada, está enfadada por mi decisión, lo sé, pero yo me siento mejor así, como le dije, no sé si podré controlarme cuando tenga a Kate delante, porque, aunque lo quiera negar, empezaba a sentir que podía formar algo bonito con la directora del museo, aunque existiera una distancia entre nosotras.

A la mañana siguiente bajo a la recepción para hacer el *checkout*, notificando que me voy antes de tiempo. Cada parte de mí quiere ver a Kate, hablar con ella. Seguro que estará en su casa, ya que es domingo, pero no puedo caer en esa tentación.

Parece que huyera del país, y la realidad es que es así. Cojo mi taxi hasta el aeropuerto, apoyo mi cabeza en el cristal de la ventana y me despido de la ciudad en silencio.

Mientras espero en la sala de embarque, pienso en cómo ha cambiado mi vida en casi dos semanas, en cómo llegué buscando respuestas de un amor y me voy con toda la historia y la mía con Kate a medias por culpa de un pasado.

Sentada en el avión pienso en cómo la vida puede cambiar en un momento sin poder controlarlo. Veo cómo el avión recorre la pista hasta estar en el aire y una lágrima resbala por mi mejilla sin poder controlarla, porque en todo esto hay una historia que fue acallada por un pasado que me quema por dentro.

Capítulo 23

Lucía

La llegada a Madrid me devuelve a la realidad. El bullicio del aeropuerto, como si la vida en ese lugar jamás se detuviera. Miro a mi alrededor, la vida sigue y yo tengo que procesar todo lo ocurrido hace unas horas, tomar las riendas de mi vida y seguir adelante.

Esperando la maleta veo las caras de felicidad de mucha gente que contrastan con la pena que siento por lo vivido. Sé que me castigo, sé que nada de lo que siento lo pude controlar, pero siento que quizá hablar con Kate hubiese sido la decisión correcta.

Salgo con el equipaje ya en la mano y la veo, es Luz, ha querido venir a recogerme, aunque yo he insistido en que no lo hiciera. Siempre está ahí, cuando la necesito, cuando tomé la decisión de ir a Boston. Ella me apoya como una gran amiga.

—¿Cómo estás? —me pregunta abrazándome.

—No lo sé —reconozco—. Estoy procesando todo.

Caminamos hasta su coche y una vez dentro dejo que las lágrimas se escapen de mis ojos sin control.

—Tranquila. Ya estás en casa.

—Es que no puedo creerlo, Luz. Fui a buscar una historia de amor de mi abuela y…

—Lo sé —dice antes de que pueda continuar—. Todo parece tan rebuscado que jamás creería que algo así fuese real.

No contesto, me mantengo en silencio. Luz enciende el coche y comienza a conducir, me apoyo en la ventanilla y cierro los ojos intentando calmarme.

—¿Has pensado en qué vas a hacer con toda la información que tienes?

—Necesito ordenarla, ya te dije que escribiré sobre esto.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? No estás obligada, Lucía, es demasiado personal.

—Lo necesito, Luz, quiero sacar todo esto.

—Está bien —responde.

—Necesito tiempo, tengo que ordenar toda la información.

—Claro, tómate el que necesites. Es una historia que será contada cuando tú lo decidas, no habrá problema con eso.

—Gracias —susurro.

Luz pone su mano en mi muslo y lo aprieta con cariño, para que sepa que está ahí, que me tiene para lo que necesite, pero ahora mismo solo quiero estar sola y poner mis pensamientos en orden.

Llegamos hasta mi apartamento y aparca para que pueda bajar las cosas con calma.

—¿Has hablado con tu madre? —pregunta antes de despedirnos.

—No, y no sé cómo abordarlo si te soy sincera. Ella siempre se ha negado a hablar del tema. Eran historias inventadas por una señora en tiempos de guerra.

—Tampoco necesitas hablarlo, realmente no vas a hacer cambiar de opinión a alguien como ella.

—Ya.

—Lo único que quiero es que estés bien, Lucía —afirma acariciando mi cara y yo atrapo su mano mientras contengo las lágrimas.

—¿Por qué lo nuestro no pudo ser? —pregunto con nostalgia.

Luz me mira y sonríe, sabe que es una pregunta estúpida, las dos sabemos por qué no fue.

—Me enamoré y no dudé en ir a por ella.

Sus palabras se me clavan como un puñal. Ella sí fue a por lo que quería mientras yo me escondo.

—Gracias por recogerme en el aeropuerto.

—No tienes que dármelas. ¿Quieres que suba contigo?

—No, necesito estar sola —afirmo convencida de que eso me dará la paz que necesito.

Nos abrazamos y, antes de salir del coche, me sujeta del brazo.

—No vengas el lunes a la redacción, piensa en todo esto, Lucía. Sigo sin ver el problema con Kate.

Asiento, porque no quiero hablar.

Cuando llego a mi apartamento, abro la puerta y entro, dejando la maleta en el salón y sentándome en el sofá. La casa está en

silencio. Echo de menos la voz de Kate, su sonrisa, los desayunos cada mañana.

—Mierda —susurro.

Solo ha pasado un día desde que no la veo y estoy así, no quiero pensar qué va a pasar cuando los días pasen sin poder controlarlo.

Decido abrir la carpeta donde tengo todo lo que me he traído de Boston y las saco. Coloco todo encima de la mesa para disponerme a leerlas.

Las primeras cartas están llenas de dolor, de confusión, de un hombre que lucha por recordar quién era. Habla de mi abuela con tal devoción que me hace llorar. A medida que avanzan los años, las cartas cambian. John "ahora Arthur" escribe sobre su vida en Boston, sobre su esposa y sus hijos, pero siempre con una sombra de lo que pudo ser y nunca fue.

Me detengo en una carta fechada en 1964:

"Querida Mercedes:

Hoy nuestro hijo cumpliría diecinueve años. Me pregunto cómo será. ¿Se parecerá a ti, con tus ojos oscuros y tu sonrisa que iluminaba hasta los días más oscuros? ¿O habrá heredado algo de mí? A veces, cuando veo a Arthur jugando, imagino que así habría sido nuestro hijo. Fuerte, determinado, con una chispa de rebeldía en los ojos.

He construido una vida aquí, Mercedes. Una buena vida. Mi esposa es una mujer maravillosa que me ha dado dos hijos a los que adoro. Pero hay noches en que me despierto pensando en ti, en la vida que podríamos haber tenido juntos si las circunstancias hubieran sido diferentes.

Nunca sabrás cuánto lo siento. Nunca sabrás que, a pesar de los años, a pesar de la distancia, a pesar de todo... una parte de mí sigue en ese hospital de campaña en Francia, sigue a tu lado.

Con amor eterno,

J.M."

La carta me hace llorar, otra vez. Es como si ese pasado fuese mío, como si el dolor de John me hubiese invadido. Me pregunto si mi abuela escribió cartas, y si de ser así, mi madre las desapareció o están guardadas en algún lugar en la casa que ha puesto a la venta.

En ese momento recuerdo que no sé nada de Blanca y decido ir a buscar mi móvil para llamarla y saber si ha encontrado algo, o si la casa ha sido vendida, aunque ella me aseguró que cualquier cosa me llamaría y me mantendría informada.

Antes de buscar en la agenda el número de mi prima, voy a la galería de fotos, sin saber muy bien el motivo, y veo las fotos de nosotras, Kate sonriendo, la bahía de Boston, los edificios que ella me contaba, su historia y yo inmortalizaba para guardar así el recuerdo.

Dejo el teléfono a un lado, no puedo hablar con mi prima, no ahora. Necesito dejar de sentirme como lo hago, que pasen los días y que pueda estar más calmada.

Los días siguientes pasan sin darme cuenta. Me reincorporo al trabajo, pero me cuesta concentrarme. Luz tiene una paciencia infinita, me asigna artículos sencillos mientras me adapto nuevamente a la rutina. Por las noches, vuelvo a las cartas, a las fotos, al medallón. Intento ordenar toda esa información para el artículo que he prometido escribir.

Una semana después de mi regreso, mi teléfono suena. Es Blanca.

—Tu madre está preguntando por ti —dice nada más descuelgo —. Quiere saber qué descubriste en Boston.

Siento un nudo en el estómago.

—¿Mi madre o tú? —pregunto con la esperanza de que lo de mi madre sea una excusa para la llamada.

—Yo también quiero saber, Lucía. Pero te he llamado por la insistencia de ella a saber, creo que es la primera vez que en semanas coincido tanto con ella. Yo le había contado que ibas a Boston, creo que no debí hacerlo.

—Lo que tengo que contarle no le va a gustar, porque negará todo.

—Entonces… —dice alargando la palabra—. Encontraste a James.

—Realmente encontré la historia real. James murió en la guerra. Mi abuela estaba con John.

—¿Qué? —pregunta confundida.

Le relato a Blanca todo, sin dejarme lo que ha pasado con Kate. Ella no habla, no dice absolutamente nada, solo escucha en silencio. Sé que está ahí porque puedo oír su respiración.

—Parece una novela. Es todo tan…

—Mierda, eso es lo que es.

—¿Por qué? —pregunta ella como si no entendiera.

—Porque no puedo estar con Kate —respondo como si fuese una obviedad.

—Venga ya —se escucha riendo—. Puedes poner otra excusa, no sé, la distancia, yo qué sé…

—Blanca, que tenemos el mismo abuelo.

—Bueno, un donante tienes tú, para ella sí fue su abuelo. Tu único abuelo es Antonio, Lucía.

—No empieces como mi madre, Blanca —protesto.

—Es la realidad, quién te curaba las heridas cuando te caías, quién te consentía cuando tu madre solo te regañaba. Lucía, los vínculos son más que una genética, estoy segura de que no compartes nada con Kate.

—No quiero seguir hablando de esto —digo enfadada.

—Está bien, pero tienes que hablar con tu madre y contarle lo que has descubierto, creo que merece saber la verdad.

—No querrá escucharla.

—Dale la oportunidad de que decida ella, no tomes tú esa decisión.

—Lo pensaré, no sé si quiero ver la cara que pondrá cuando le cuente esto.

—Sea lo que sea lo que decida, estoy aquí para lo que necesites —asegura ella.

Después de colgar, me quedo mirando las cartas esparcidas sobre mi mesa. La verdad es demasiado pesada para cargarla yo sola. Pero tampoco puedo simplemente presentarme ante mi madre y decirle: "Hola, mamá, ¿recuerdas todas esas historias que la abuela contaba sobre el médico americano y que tú nunca creíste? Pues resulta que eran ciertas, pero no era James, sino su hermano John, quien luego cambió su nombre a Arthur Smith. Y, por cierto, él es tu verdadero padre biológico."

—Necesito más tiempo.

Recuerdo las palabras de mi prima, con ella sí que me he criado, he generado un vínculo, al contrario de Kate. Abro el chat que tengo con la directora del museo, porque he sido incapaz de borrarlo y comienzo a escribir, eso que no me atrevo a asegurar en voz alta.

"Kate, sé que han pasado días desde que me fui, pero no puedo dejar de pensar en ti, en nosotras, en todo lo que descubrimos. No sé qué significa todo esto, no sé si hay un futuro posible para lo que sentimos, pero sé que necesito verte una vez más. Hablar contigo cara a cara. Si sientes lo mismo, por favor, respóndeme."

Mi dedo duda si darle a enviar, temblando ligeramente. Una parte de mí quiere presionarlo, otra parte teme lo que podría desencadenar. Respiro profundamente, y la cobardía me gana y decido borrarlo.

Capítulo 24

Kate

El museo se ha convertido en mi refugio y mi prisión estas dos semanas que han pasado desde que Lucía se ha marchado y no he podido hablar con ella. He pensado mil veces en llamarla, pero la que se marchó de aquí sin querer esa conversación fue ella.

—Kate, necesitas descansar —dice Robert entrando en mi despacho—. Llevas trabajando doce horas seguidas.

—Estoy bien —respondo de forma automática sin levantar la vista de los documentos que estoy leyendo—. Solo quiero terminar esto.

Siento cómo Robert toma asiento frente a mí, espera paciente hasta que me veo obligada a mirarlo.

—No puedes seguir así. Te estás castigando por algo que no está en tu control.

—No sé de qué me hablas —miento.

—Kate, no tienes que fingir conmigo. Te conozco desde que eras una niña y venías a visitar a tu padre, cuando recorrías también estos pasillos con tu abuelo. Sé cuándo algo te está hiriendo por dentro.

Bajo la mirada, incapaz de aguantar la suya. Es cierto. Robert ha sido una constante en mi vida, primero trabajó con mi padre y ahora conmigo.

—La extraño —admito en un susurro—. Me odio por hacerlo, porque no debería sentir esto. Ella decidió alejarse y yo debo respetarlo. No entiendo cómo se puede llegar a extrañar a alguien que apenas conoces de hace poco más de una semana. Aparte es mi prima, Robert.

—Lo de que sea tu prima es una tontería y los dos lo sabemos. Ojalá pudiéramos apagar los sentimientos como si fuera un interruptor, Kate, pero no se puede.

—¿Qué se supone que debo hacer entonces? —pregunto, sintiendo cómo las lágrimas que he estado conteniendo durante días

amenazan con salir—. ¿Perseguirla hasta Madrid? Decirle "¿Hola, sé que somos familia, pero no puedo dejar de pensar en ti?”

—No tengo todas las respuestas, Kate. Pero sí sé que encerrarte aquí, enterrándote en trabajo hasta el agotamiento, no va a resolver nada.

Tiene razón, lo sé. Pero es más fácil sumergirme en el trabajo que enfrentar el vacío que siento desde que Lucía se fue. Más fácil que admitir cuánto significaron para mí esos pocos días juntas. Es una jodida locura, pero llegué a pensar que podía ser posible esta historia con ella.

—He hablado con mi padre —digo cambiando de tema—. Quiere que lo visite este fin de semana. Dice que hay más cosas que necesito saber, más detalles sobre la historia de mi abuelo y Mercedes.

—¿Vas a ir?

—Sí, aunque no sé si quiero seguir desenterrando secretos familiares. Cada revelación parece complicar más las cosas. También le pediré permiso para poder crear una exposición sobre esta historia, esperaré que Lucía la publique si es que lo hace. Necesito escribir al periódico.

Robert se levanta y rodea el escritorio hasta que me coloca una mano en el hombro.

—Ve a casa, Kate. Descansa. Mañana, con la cabeza despejada, decidirás qué hacer.

Asiento agradecida por su preocupación. Recojo mis cosas y salgo del museo, sabiendo que Robert tiene razón. No puedo seguir así.

El fin de semana llega y me veo conduciendo hacia casa de mi padre. La conversación que tuvimos cuando fui con Lucía todavía resuena en mi mente. Tantos secretos, tantas mentiras para proteger una verdad que, al final, ha encontrado la manera de salir a la luz.

Mi padre me recibe con un abrazo, hacía tanto que no lo hacía que me deja sorprendida, pero me gusta esta actitud.

—Gracias por venir, Kate —dice y caminamos hasta el salón—. Hay más cosas que necesitas saber.

Me siento en el sofá con desgana.

—Papá, ¿por qué ahora?

—Porque ocultar algo te ha llevado a ti…

—Continúa —exijo.

—Robert me ha llamado. Kate, necesito que sepas más cosas que he encontrado cuando seguí buscando en la documentación que tenía tu abuelo. Pensaba que le había dado todo a Lucía, pero no fue así.

—Robert no debió llamarte.

—Te estás refugiando en el trabajo, Kate. Déjame enseñarte esto.

Me entrega un sobre amarillento, como la otra vez que estuve aquí. Al abrirlo, encuentro una fotografía en blanco y negro. Muestra a tres personas y puedo reconocer a mi abuelo. Las otras dos son James y Mercedes. Hay una frase escrita por la parte de atrás:

"Hospital de campaña en Normandía, verano de 1944. James, Mercedes y yo. Los tres mosqueteros, como nos llamaba el Mayor Phillips."

—Parece que eran muy cercanos —aseguro.

—Lo eran —confirma mi padre—. Al principio entendió que Mercedes era de su hermano y él, con verla feliz, le era suficiente.

—Hasta que James murió —añado.

—Exacto. Hay más, Kate. Encontré un diario, pero no era de la época de la guerra, sino de los años setenta. Tu abuelo intentó encontrar a Mercedes.

—¿Qué? Me dijiste que no la buscó, que simplemente hizo su vida aquí, aunque jamás la pudo olvidar.

—Eso fue lo que me contó, yo tampoco quería saber mucho más. Muchas veces creía que él jamás iba a olvidar a Mercedes y se conformó con tu abuela Katherine para no quedarse solo. Lo odié por muchos años, por eso siempre oculté esto, pensaba que, si no se sabía, no era real.

—Acallar un pasado no por eso deja de existir.

—Lo sé y me arrepiento de haberlo hecho. Una vez conté algo a los Coleman y me arrepentí.

—Por eso la insistencia de las cartas —digo soltando el aire por la nariz mientras niego con la cabeza.

—Sí, solo le dije la existencia de las cartas, pero pensaba que, si salía eso a la luz, el recuerdo de tu abuela se desvanecería, no quería eso.

—Eso no va a pasar. Solo son historias de guerra que no pudieron ser.

—Y que ahora afecta al futuro —reconoce apenado.

—¿La encontró? —pregunto para volver la conversación en donde estaba, necesito saber si vio a Mercedes.

—Sí. La vio de lejos, con su familia. Con Antonio y su hija, pero no se atrevió a acercarse. Sintió que no tenía derecho a irrumpir en la vida que ella había construido. Fue después de la muerte de tu abuela. Él hizo un viaje, nunca supimos a dónde, ahora sabemos que fue a España.

—¿Y ella nunca supo que él estuvo allí?

—No que sepamos. Tu abuelo escribió que sintió paz al verla feliz, rodeada de su familia. Fue suficiente para él, saber que ella había seguido adelante.

Me quedo en silencio, procesando todo. Mi abuelo, observando desde lejos a la mujer que amó, a la hija que nunca conoció. Decidiendo, una vez más, no interferir en sus vidas. Me pregunto si fue la decisión correcta o si, quizás, todos habrían sido más felices conociendo la verdad.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —pregunto.

Mi padre suspira, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Porque no quiero que cometas los mismos errores, Kate. No quiero que vivas con arrepentimientos, preguntándote "qué habría pasado si...". Tu abuelo tomó sus decisiones basándose en lo que creía mejor para todos. Pero eso no significa que fueran las decisiones correctas.

—¿Qué estás insinuando? —pregunto confundida.

—Las vi aquí, vi cómo se miraban, cómo sus ojos se apagaron cuando supo la verdad. Aparte, Robert, me ha contado algo. Tienes

la misma mirada que tu abuelo, Kate, esa de que cuando algo le gusta se le ilumina y con ella te pasaba.

No sé qué responder. No esperaba que mi padre me dijera nada sobre Lucía, ni que tratara de abordar el tema de mis sentimientos.

—Ella es… —comienzo a decir, pero me paro, cierro los ojos e intento calmarme—. Es imposible, papá.

—Es cierto, compartir un abuelo complica las cosas. La sociedad tiene sus normas, sus tabúes. Pero, Kate, si hay algo que aprendí de la historia de tu abuelo es que la vida es demasiado corta para dejar que el miedo o las habladurías te impidan buscar tu felicidad.

Sus palabras me dejan sin respuesta. No esperaba este tipo de consejo de mi padre, siempre tan tradicional, tan protector de las apariencias.

—¿Estás sugiriendo que...?

—No estoy sugiriendo nada específico —me interrumpe—. Solo te pido que no tomes decisiones basadas en el miedo o en lo que otros podrían pensar. Tu abuelo renunció a Mercedes porque creía que era lo correcto, pero pasó el resto de su vida preguntándose qué habría sido si hubiera tenido el valor de buscarla antes, de luchar por ella. No quiero que tú vivas con ese mismo arrepentimiento.

Nos quedamos en silencio, yo metida en todo lo que me implica la conversación con Robert y ahora con mi padre, él se levanta y va a buscar más cosas de una historia que no pudo ser por miedo.

Capítulo 25

Lucía

Tengo en la pantalla mi segundo artículo sobre la historia de amor de mi abuela. Hace dos semanas que estoy en España, decidí publicar el primero hace cinco días. En él conté cómo inicié mi investigación y hasta dónde me llevó. Tengo que seguir publicando cada semana, hasta terminar la historia. La acogida ha sido muy buena, tanto que Luz me ha dicho que podría dedicarme a contar historias de guerra.

No he contado toda la verdad. He omitido que Mercedes es mi abuela, incluso le he cambiado el nombre. Solo he mantenido el mío y el de Kate Smith. No voy a mencionar que a ella y a mí nos une un abuelo, ni que mi madre es hija de John, que se cambió el nombre a Arthur. Prefiero contar la historia saltando cosas. Algunas son demasiado personales como para compartirlas con el mundo.

Releo el último párrafo de mi segundo artículo sobre esta historia.

"Había encontrado a James Miller, lo que no sabía es que eso era solo la punta de la verdadera historia de amor, había muchos más secretos ocultos en toda esta historia."

Envío el archivo a Luz, quien ha sido mi editora y mi apoyo incondicional en este proyecto. Ella es la única, además de Blanca, que conoce toda la verdad. La única que sabe de Kate, de mis sentimientos, de por qué decidí regresar a Madrid aquella mañana sin despedirme.

Me recuesto en la silla, no imaginaba cómo me podía agotar emocionalmente escribir sobre esto. Cada recuerdo de Kate me hace parar y tengo que respirar profundamente porque todavía duele. Cada palabra escrita me acerca más a la historia de mi abuela, pero también me recuerda que hui de Boston, de Kate y lo que podría haber sido.

La voz de Diego, mi compañero de redacción me saca de mis pensamientos.

—Lucía, hay alguien preguntando por ti en la recepción —dice asomándose a mi cubículo—. Dice que es tu madre.

Me incorporo de golpe, sorprendida. Mi madre jamás ha venido a la redacción. De hecho, nunca ha mostrado el más mínimo interés en mi vida. La última vez que la vi fue después del entierro de mi abuela, ni siquiera pude llamarla para decirle lo que había descubierto.

—Gracias, Diego. Iré enseguida.

Camino hacia la recepción con una sensación extraña. La veo, es mi madre, con una postura erguida y tensa como siempre, sosteniendo un bolso y una carpeta. Al verme, su expresión es una mezcla de indignación y algo más que no logro descifrar.

—Mamá, qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

—Necesitamos hablar —responde cortante—. En privado.

Asiento y la guío hasta una pequeña sala de reuniones vacía. Apenas hemos cerrado la puerta cuando comienza a soltar para lo que ha venido.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Por qué has empezado a publicar esa historia de tu abuela y ese médico americano?

Su tono me cabrea. Siempre reclamando, haciendo que lo que es importante para mí, realmente sea una tontería.

—Estoy contando la verdad. La historia de la abuela, lo que realmente ocurrió.

—¿La verdad? —repite alzando la voz—. ¿Te has preguntado si yo quiero que esa verdad se airee así?

—He cambiado los nombres, he omitido detalles y lo voy a seguir haciendo —me defiendo—. Nadie que conozca la historia podría saber que hablo de la abuela.

—Ese no es el punto, Lucía. Has estado revolviendo el pasado, desenterrando cosas que ya nadie recordaba, que nadie necesita saber.

Respiro hondo, intentando mantener la calma.

—Para mí era importante. La abuela me pidió que descubriera qué pasó con James. Le hice una promesa.

—Ya lo hiciste, fuiste a buscar respuestas y las encontraste. ¿Era necesario publicarlo en una revista? ¿Convertir nuestras vidas en entretenimiento para extraños?

—Esto no tiene nada que ver contigo, siempre pensando en ti. Es la historia de mi abuela…

—De mi padre biológico —interrumpe, y por primera vez mi madre se ve vulnerable.

Me quedo en silencio, sorprendida por admitir algo que jamás se atrevió a decir.

—Lo sabías. Sabías que Antonio no era tu padre biológico —afirmo desconcertada.

Toma asiento, por primera vez veo cómo su máscara de mujer dura cae.

—Lo supe cuando tenía dieciséis años —admite—. Tu abuela tuvo una discusión terrible con tu abuelo. Le gritó que él no era mi verdadero padre, que mi padre era un hombre que había conocido en la guerra.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué cuando quise respuestas no me las diste? —pregunto tomando asiento frente a ella.

—Porque no importaba —responde—. Antonio me crio. Me llevó al colegio, me cuidó cuando estuve enferma, me enseñó a montar en bicicleta. Él fue mi padre en todos los sentidos que importan. Que un extraño pusiera su esperma no significa nada.

—Comprendo que para ti fuera así, mamá. Pero la abuela vivió otra historia. Amó a dos hombres que la guerra le arrebató.

—Mi madre vivió enamorada de fantasmas —afirma—. De un James que murió y de un John que la abandonó. Nunca valoró lo que tenía delante: un hombre bueno que la aceptó con un embarazo de otro, que me crio como suya sin importarle nada más.

Hay tanto dolor en sus palabras que me hace replantearme todo lo que creía saber sobre mi madre. Siempre pensé que su frialdad, su distancia, venían de algún lugar oscuro. Ahora veo que quizá venían de un lugar de protección, de lealtad a Antonio, al hombre que consideraba su verdadero padre.

—No pretendía hacerte daño con los artículos, mamá —explico con suavidad—. Solo quería honrar la memoria de la abuela, contar su historia.

—Su historia —repite con amargura—. ¿Y qué pasa con mi historia? ¿Con la de Antonio? Nadie quiere saber esas partes, ¿verdad? Solo el romance, la tragedia, el médico americano guapo que desapareció.

Sus palabras me golpean. Tiene razón. He estado tan centrada en la historia de amor de mi abuela que no me he parado a pensar en cómo afectaba al resto de la familia, especialmente a mi madre.

—Lo siento —digo sinceramente—. No lo había visto desde esa perspectiva.

Hay un silencio incómodo entre nosotras. Mi madre parece estar debatiéndose internamente sobre algo. Finalmente, suspira y coloca la carpeta que trae sobre la mesa.

—Tu abuela me dio esto antes de morir —dice—. Me pidió que te lo entregara si alguna vez descubrías la verdad sobre James y John. No quise dártelo al principio porque pensé que era mejor dejar el pasado atrás. Pero veo que eso es imposible contigo.

Miro la carpeta con curiosidad.

—¿Qué es? —pregunto antes de abrirla.

—Cartas —responde—. Cartas que tu abuela escribió, pero nunca las envió. A James, a John... incluso a Antonio y a mí. Era su forma de procesar las cosas, supongo —dice encogiéndose de hombros.

Abro la carpeta y dentro hay varias cartas que están dobladas y organizadas por fechas. La más antigua es de poco después del fin de la guerra.

—¿Las has leído? —pregunto.

Mi madre asiente.

—Cuando me las dio. Fue esclarecedor —hace una pausa—. Tu abuela amaba profundamente a James. Eso sí era real. Lo que tuvieron, por breve que fuera, fue verdadero amor. Con John... —se detiene, como buscando las palabras adecuadas—. Con John fue diferente. Fue consuelo, fue el recuerdo de James, fue una forma de lidiar con la pérdida. Pero no era amor, al menos no el mismo tipo de amor.

Escucharla hablar así, con tanta comprensión sobre los sentimientos de mi abuela, me desconcierta. Solo conocía la historia de John con mi abuela, cómo se sentía, pero no cómo se sintió mi abuela, y ahora en estas cartas lo puedo saber. Pero hay otra duda que me surge.

—¿Y con Antonio?

—Con él fue otra clase de amor —responde, y por primera vez veo una sonrisa en su rostro—. Un amor construido lentamente, día a día. Sin grandes pasiones ni dramas, pero sólido. Él la aceptó embarazada de otro, Lucía. En aquella época, en este país, eso era casi impensable. Pero lo hizo, porque la amaba. Y con el tiempo, ella aprendió a amarlo también.

Intento asimilar todo lo que me está diciendo. Es como si, después de tantos años, por fin estuviera viendo a mi madre como una persona real, con su propia perspectiva, su propia comprensión de la historia familiar.

—Gracias por esto —digo, señalando la carpeta—. Significa mucho para mí.

Asiente, pero veo que no se levanta y en lugar de eso, agarra mi mano. No recuerdo cuándo fue el último gesto de cariño de mi madre. Trago saliva conteniendo el nudo que se me ha instalado en la garganta.

—Hay otra cosa —comienza—. Has mencionado a esa mujer del museo varias veces en tu artículo. Kate Smith. La describes con una admiración que va más allá de lo profesional.

Siento cómo el color sube a mis mejillas.

—Es solo una colega que me ayudó mucho con la investigación —intento explicar.

—No me mientas, Lucía —dice seria—. He hablado con Blanca, ella no se mantiene tan firme como tú, ella me ha contado algo.

Suspiro con frustración y, aunque intento soltar su agarre, no me deja.

—Es complicado —digo finalmente.

—¿Por qué? ¿Por qué es una mujer? —pregunta, alzando una ceja—. Creía que ya habíamos superado esa fase.

—No, no es eso —respondo, aunque sigue siendo extraño hablar de esto con ella—. Es porque es la nieta de John.

—Tú y ella sois primas.

—Exacto —digo, sintiendo cómo el nudo se vuelve a formar en la garganta—. Por eso no puede haber nada entre nosotras. Por eso volví a Madrid de esa manera. Por eso...

—Por eso estás aquí, escribiendo sobre fantasmas del pasado en lugar de vivir tu propia vida —interrumpe mi madre.

—No es tan simple —protesto.

—Nunca lo es —replica—. Pero dime una cosa, Lucía. ¿La quieres? ¿Sientes algo real por ella?

La pregunta me descoloca. Es la última conversación que esperaba tener con mi madre.

—Creo que sí —admito finalmente—. Pero no importa lo que sienta. Las circunstancias...

—Al diablo con las circunstancias —me interrumpe, sorprendiéndome con su ímpetu—. Las circunstancias siempre están ahí, siempre hay obstáculos. Tu abuela se pasó media vida lamentando lo que pudo ser y no fue. No cometas el mismo error.

—Pero mamá, somos primas —insisto, sin creer lo que estoy escuchando—. Compartimos un abuelo.

—Un abuelo al que tú no conociste —señala—. Un hombre que es prácticamente un extraño para ti. No crecisteis juntas, no tenéis una relación familiar. Solo tenéis esta coincidencia biológica.

—La sociedad no lo verá así —protesto.

—¿Y desde cuándo te importa lo que piense la sociedad? —pregunta, casi con una sonrisa—. Eres lesbiana, periodista, terca como una mula. Nunca te ha importado lo que piensen los demás. Jamás has pasado por la vida de puntillas, Lucía.

Sus palabras me sorprenden y me hacen reír a pesar de la tensión.

—Nunca pensé que estarías dándome consejos sobre mi vida amorosa, mamá. Y menos animándome a perseguir a alguien con quien tengo parentesco.

—No te estoy animando a nada —aclara—. Te estoy diciendo que no uses el pasado como excusa para no vivir tu presente. Tu abuela

lo hizo. Se aferró a los recuerdos de James y John durante años, incluso cuando tenía a Antonio a su lado. No vivas como ella, Lucía. No vagues por la vida pensando en lo que podría haber sido.

Sus palabras me hacen reflexionar. Nunca había visto a mi madre tan abierta, tan directa sobre sus sentimientos, sobre lo que piensa de la vida de mi abuela.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga? —pregunto queriendo saber su respuesta.

—Intenta ser feliz —dice encogiéndose de hombros como si fuera evidente la respuesta—. Si esa mujer, Kate, te hace feliz, encuentra la manera de estar con ella. Si no, sigue adelante. Pero no te quedes estancada en lo que no puede ser. Eso no es vivir.

Miro a mi madre como si la viera por primera vez. Esta mujer fuerte, directa, fría, distante. Me pregunto cuántas conversaciones como esta nos hemos perdido a lo largo de los años por nuestra mutua incapacidad para comunicarnos.

—Gracias, mamá. Por las cartas, por el consejo. Por... todo.

Asiente, y por un momento veo en sus ojos un destello de algo que podría ser cariño.

—Lee las cartas —dice, poniéndose de pie—. Creo que entenderás mejor a tu abuela después de hacerlo. Y quizá también me entiendas mejor a mí.

Se dirige a la puerta, pero antes de salir, se gira una última vez.

—Y Lucía... sea lo que sea que decidas hacer, respecto a Kate o a cualquier otra cosa, quiero que sepas que te apoyo. Puede que no siempre lo demuestre de la manera que necesitas, pero te apoyo.

Se marcha, dejándome sola con la carpeta llena de cartas y con una nueva visión sobre mi madre, sobre mi abuela, sobre toda nuestra historia familiar.

Paso el resto de la tarde leyendo las cartas de mi abuela. En ellas veo a una mujer que amó profundamente, que sufrió pérdidas terribles, que finalmente encontró una forma de seguir adelante.

Una carta en particular me llama la atención. Está fechada en 1980:

"Querido James,

Han pasado más de treinta y cinco años desde que te perdí, y, sin embargo, a veces siento como si fuera ayer. El tiempo es extraño así, ¿verdad?

Hoy Pilar ha cumplido treinta y cinco años. Nuestra hija. Bueno, en realidad, la hija de John y mía, pero siempre pienso en ella como nuestra, tuya y mía, porque si tú no hubieras muerto, si nosotros hubiésemos tenido la oportunidad, pero eso no importa ahora. Antonio ha sido un padre maravilloso para ella. Mejor de lo que John o tú podrían haber sido, porque él ha estado aquí, cada día, amándola, criándola, siendo el padre que necesitaba.

He estado pensando mucho en las decisiones que tomamos, en los caminos que escogemos. Durante años me aferré a tu recuerdo. Me aferré tan fuertemente a lo que pudo ser, que casi pierdo lo que tenía delante. Antonio me amaba, me ama todavía, a pesar de todo. A pesar de mis silencios, de mis momentos de ausencia, de las veces que ha visto en mis ojos que estoy pensando en otro tiempo, en otro hombre.

Me pregunto si John encontró la paz que yo he encontrado finalmente. Me pregunto si también aprendió a amar lo que tiene, en lugar de lamentar lo que perdió.

Si pudiera dar un consejo a alguien que ama, le diría: no esperes. No dejes para mañana lo que puedes decir hoy. El tiempo es demasiado corto, demasiado impredecible. Y el amor, el verdadero amor, merece ser vivido plenamente, sin reservas, sin miedos.

Te amaré siempre, James. Una parte de mí te pertenecerá hasta mi último aliento. Pero he aprendido que el corazón puede expandirse, puede crear espacio para nuevos amores que no disminuyen los anteriores. Y eso, quizás, es el mayor consuelo de todos.

Con amor eterno,

Mercedes."

Las palabras de mi abuela resuenan en mi cabeza. "No esperes. No dejes para mañana lo que puedes decir hoy." Y pienso en Kate, en lo que sentí en esos breves días en Boston, en cómo nos separamos sin realmente hablar, sin intentarlo siquiera.

Saco mi teléfono y, antes de que el miedo pueda detenerme, marco su número. No sé si responderá, no sé qué le diré si lo hace. Solo sé que no quiero vivir preguntándome "qué habría pasado si...".

El teléfono suena una, dos, tres veces. Estoy a punto de colgar cuando escucho su voz.

—¿Lucía? —dice, y solo con escuchar cómo pronuncia mi nombre, siento que algo dentro de mí se recompone.

—Kate —susurro—. Necesito hablar contigo. Necesito verte.

Hay un breve silencio al otro lado de la línea, y luego su respuesta, una simple palabra que lo cambia todo.

—¿Cuándo?

Capítulo 26

Lucía

Estoy esperando en el aeropuerto en la puerta de llegadas internacionales. Ha pasado una semana desde nuestra llamada. Hemos hablado todos los días, incluso videollamadas hasta la madrugada. Planeábamos este momento, ¿cómo sería volver a vernos? ¿Cómo nos saludaríamos? Mil preguntas que ahora tendrán respuestas.

Mi corazón se detiene cuando la veo. Kate avanza entre la multitud, arrastrando una pequeña maleta, sus ojos buscándome. Cuando me encuentra, su rostro se ilumina con una sonrisa que hace que todo lo demás desaparezca.

Nos quedamos quietas un instante, a pocos metros de distancia. Las dudas que me han atormentado vuelven, ¿estamos haciendo lo correcto? ¿Podremos superar los obstáculos? Todo se desvanece cuando Kate deja su maleta y acorta la distancia entre nosotras.

Nos abrazamos sin decir nada, tener su cuerpo contra el mío es una sensación que no quiero dejar de sentir.

—Has venido —susurro contra su cuello.

—Necesitaba verte y darte este abrazo —responde contra mi piel.

Nos separamos lo suficiente para mirarnos, pero nuestras manos siguen entrelazadas, no queremos soltarnos.

—¿Estás segura de esto? —pregunta y veo el miedo en sus ojos, como si todas las conversaciones que hemos tenido ahora fueran cuando tenemos que tomar decisiones.

—Lo estoy, Kate.

Antes de que pueda decir nada más, cojo su maleta y tiro de ella para salir del aeropuerto. Necesito que tengamos esa conversación pendiente mirándonos a los ojos, pero antes… Antes necesito volver a probar esos labios que me vuelven loca.

Meto la maleta en el maletero y, antes de que ella pueda entrar, la acorralo y miro sus labios. Su cuerpo está apoyado en el coche, el

mío sobre ella. Pongo mi mano en su nuca y veo cómo entreabre los labios. Su respiración está agitada como la mía, pero no quiero besarla todavía, aunque me muera de ganas de hacerlo.

Me acerco y, cuando nuestros labios están a punto de tocarse, me alejo y sonrío mordiendo mis labios.

—Mierda, Lucía —se queja.

Kate no tiene la misma paciencia. Se aferra con una mano a mi cintura y con la otra me atrae hasta que nuestros labios se unen. Al principio es un beso lento, pero después nuestras lenguas juegan, ya se conocen y saben lo que hacen.

—Para —pido apoyando mi frente a la suya.

—Has empezado tú —dice agitada.

—Puff.

—¿Queda lejos tu casa? —pregunta con una sonrisa que me encantaría borrar, pero no puedo seguir con esto aquí.

—Entra en el coche, peligro —digo apartándome de ella.

Kate me sujeta del brazo y ladea la cabeza mientras no aparta la mirada de mi boca. Odio sentirme tan vulnerable, pero no puedo evitar volver a acercarme y devorar su boca. Es el ruido de un coche cerca el que nos hace separarnos.

—Vamos, anda —digo y esta vez voy hasta mi puerta.

En el trayecto de vuelta a mi apartamento hablamos sobre la idea de que quiero publicar un libro con la historia de mi abuela y James, una historia en la que sí haya un final feliz, donde fuese posible su historia en tiempos de guerra.

—Sería maravilloso —dice ella.

—Luz piensa que sería una bonita historia.

—Ya lo creo.

Aparco el coche y subimos hasta mi piso. Mientras planeábamos que viniera, ella insistía en que sería mejor un hotel, al final logré que se quedara en mi casa.

—Bienvenida —digo, abriendo la puerta para dejarla pasar.

Una vez dentro, ahora es Kate la que me acorrala contra la pared, mete su mano por debajo de mi blusa y recorre mi cintura, mientras acerca su boca a la mía.

—Tenemos que hablar —digo cuando su mano sube por mi costado y aprieta uno de mis pechos.

—Lo sé —dice pegada a mi boca.

Kate tira de mi blusa y hace saltar los botones mientras se aparta para contemplar mi cuerpo semidesnudo. La veo cómo suspira y pasa la lengua por sus labios, me come con la mirada, mi pecho sube y baja a un ritmo frenético por la excitación que me produce. Vuelve a pegar su cuerpo al mío y pasa su mano por mi espalda y con una maestría que me impresiona, desabrocha el sujetador con mucha facilidad. Se aparta y retira mi blusa y quita todo lo que le impide poder verme desnuda. Aprieta mis pechos y se mete uno en la boca, succionando el pezón y haciéndome suspirar de placer.

—Aquí o en la cama, decide, pero quiero comerte ya.

No respondo, tiro de ella hasta mi habitación y caigo en la cama, ella trepa hasta mí y yo dejo que recorra mi cuerpo con sus besos. Me estremezco al sentirla, me deshago por la forma que tiene de tocarme, acariciarme, lamer cada parte de mi cuerpo hasta dejarme sin aliento. Nos pasamos horas entre susurros, jadeos y orgasmos compartidos.

Ahora estamos jadeantes una al lado de la otra con una sonrisa de idiota, por lo que ha pasado entre nosotras. Me pongo de lado y la miro.

—Kate —digo, rompiendo el silencio—. Tenemos que hablar, pero hablar de verdad.

Se gira y se coloca en la misma postura que estoy.

—Lo sé. Sentémonos.

Nos incorporamos en la cama y sonreímos al ver que estamos completamente desnudas y las dos sabemos que si estamos así no vamos a hablar precisamente.

—Es mejor vestirnos y salir de la cama —digo, poniéndome de pie.

Ella asiente y nos vestimos en silencio. Una vez listas salimos al salón y nos acomodamos en el sofá. Una sentada al lado de la otra, dispuestas a hablar sobre nuestro futuro.

—He estado pensando mucho en nosotras —comienza Kate—. En lo que significa esto, en todos los obstáculos.

—Yo también —admito—. La distancia, nuestras carreras, tenemos una vida en continentes distintos.

—Lo sé, y la realidad es que no tengo todas las respuestas, Lucía —dice agarrando mi mano—. Pero sé que lo que siento por ti es real. Más que cualquier cosa que haya sentido en los últimos años. Creo que vale la pena intentarlo.

Sus palabras expresan también lo que yo siento.

—Estoy asustada —confieso—. Tengo miedo de que esto sea demasiado complicado, de que terminemos haciéndonos daño, de que descubramos que no somos tan compatibles como pensamos.

—Yo también tengo miedo. Pero también tengo miedo de no intentarlo, de pasar el resto de mi vida, preguntándome qué habría pasado si hubiera tenido el valor de luchar por lo que sentimos.

Nos miramos en silencio, y siento que estamos al borde de tomar una decisión que podría cambiar el curso de nuestras vidas.

—¿Cómo lo haríamos? —pregunto—. La distancia...

—Podríamos tomárnoslo con calma —sugiere—. No hay prisa. Empezar con visitas regulares, conocernos mejor. El museo tiene convenios con instituciones en España, podría solicitar estancias de investigación aquí. Tú podrías venir a Boston para reportajes.

—¿Y a largo plazo? —me atrevo a preguntar.

—A largo plazo —repite, como si tuviera miedo a eso—, una de nosotras tendría que mudarse, supongo. O encontrar una solución intermedia. Pero no tenemos que decidir eso ahora, ¿verdad? Podemos ir paso a paso.

Asiento, aliviada de que estemos en la misma página, de que ambas queramos avanzar con cautela, pero con determinación. Sé que hay muchas cosas en contra y que la vida no nos lo va a poner fácil, pero quiero intentarlo, arriesgarme a sentir esto.

Kate no ha soltado su agarre de mi mano, la sube hasta sus labios y la besa, sonrío al sentirla y veo como me mira fijamente.

—Lucía, no sé qué nos depara el futuro. No sé si esto funcionará. Pero sé que quiero intentarlo. Quiero descubrir si lo que siento por ti puede superar todos estos obstáculos.

—Yo también —admito—. Y creo que tenemos una ventaja que nuestros abuelos no tuvieron.

—¿Cuál? —pregunta.

—Lo nuestro depende de nosotras y lo que queramos arriesgar por estar juntas.

Kate sonríe, una sonrisa que ilumina todo su rostro.

—Es cierto. Nosotras podemos elegir estar juntas, a pesar de todo.

—Entonces, ¿lo intentamos? —pregunto, mi voz apenas es un susurro—. ¿De verdad?

En lugar de responder con palabras, Kate se inclina y me besa. Es un beso suave, tierno, lleno de promesas. No es el beso apasionado de hace unos momentos. Este es un beso consciente, elegido con pleno conocimiento de lo que somos, de lo que podríamos ser.

Cuando nos separamos, veo en sus ojos la misma certeza que siento yo.

—Lo intentamos —confirma—. Día a día, como dijiste. Sin expectativas, sin presiones. Solo nosotras, descubriendo juntas a dónde nos lleva esto.

Nos quedamos así, abrazadas en el sofá, hablando de todo y de nada, de nuestros miedos y esperanzas, de planes inmediatos y sueños lejanos. No sé qué nos depara el futuro. No sé si podremos superar todos los obstáculos que se presentarán. Pero en este momento, con Kate entre mis brazos, siento una paz que no había experimentado en mucho tiempo.

Como escribió mi abuela en una de sus cartas: "El tiempo es demasiado corto, demasiado impredecible. Y el amor, el verdadero amor, merece ser vivido plenamente, sin reservas, sin miedos."

Es lo que pretendemos hacer. Vivir este amor, cualquiera que sea su forma, cualquiera que sea su duración. Sin reservas. Sin miedo. Porque si algo nos ha enseñado la historia de nuestros abuelos, es que las segundas oportunidades no siempre llegan. Y nosotras hemos decidido no desperdiciar la nuestra.

Epílogo

Dos años después

Lucía

Observo a Kate en la orilla, mojándose los pies en esa agua helada. Me pregunto, y no es la primera vez, cómo he podido ser tan afortunada.

Hemos alquilado una pequeña casa frente al mar en Cantabria, cerca del pueblo donde creció mi abuela. Es nuestro primer verano viviendo juntas en España. Después de dos años de relación a distancia, de vuelos transatlánticos, de largas videollamadas y breves visitas, Kate ha pedido una excedencia en el museo para pasar un año en Madrid. Un experimento, lo llamamos. Un paso hacia algo más permanente, quizás.

No ha sido fácil. Hemos tenido que enfrentar miradas curiosas, preguntas incómodas, incluso algún comentario malintencionado cuando la verdad sobre nuestro parentesco salió a la luz. Pero también hemos encontrado comprensión, apoyo, personas que ven más allá de las etiquetas y las convenciones.

Mi madre, sorprendentemente, ha sido una de nuestras mayores defensoras. Ella y Kate han desarrollado una relación peculiar, pero sólida. A veces las veo hablando en la cocina, compartiendo historias sobre mi abuela, sobre Arthur/John, construyendo puentes entre dos mundos que estuvieron separados durante décadas.

El libro sobre mi abuela y los hermanos Miller se publicó hace seis meses. "El medallón de la promesa: Una historia de amor en tiempos de guerra" se ha convertido en un éxito inesperado. Contamos la historia completa, sin omitir la verdad sobre nuestros abuelos, sobre cómo sus vidas se entrelazaron y separaron. Y, en un epílogo personal, compartimos nuestra propia historia. Cómo la búsqueda de respuestas sobre el pasado nos llevó a encontrarnos, a

enamorarnos, a desafiar el destino que parecía empeñado en separarnos como separó a nuestros abuelos.

Kate se acerca, su sonrisa, esa que ilumina sus ojos antes que sus labios, hace que mi corazón se acelere incluso después de todo este tiempo.

—Está helada —dice, sentándose a mi lado en la arena.

—Te lo dije —digo besando su hombro.

Kate se apoya en mi hombro mientras las dos miramos el horizonte, el sol se está poniendo y la brisa va siendo más fresca.

—He estado pensando —dice Kate después de un momento de silencio—. Sobre el futuro.

—¿Y qué has pensado? —pregunto, aunque creo saber hacia dónde va esta conversación. La hemos tenido varias veces en los últimos meses.

—Quiero quedarme —asegura—. No solo este año, sino... permanentemente. El museo me ha ofrecido la posibilidad de trabajar a distancia parcialmente, con viajes trimestrales a Boston. Y hay un puesto en el Museo Nacional de Historia que podría interesarme.

Mi corazón comienza a bombear demasiado rápido, aunque intento mantener la calma.

—¿Estás segura? Es un gran cambio. Tu vida está en Boston, tu familia...

—Mi vida está donde estés tú —interrumpe, separándose para mirarme directamente a los ojos—. Y no es como si estuviera abandonando Boston para siempre. Seguiría yendo regularmente. Pero Madrid se siente como un hogar ahora. Contigo.

No puedo contener la sonrisa que se expande por mi rostro.

—Me encantaría que te quedaras —admito—. Despertar contigo cada mañana, dormir a tu lado cada noche. No más despedidas en aeropuertos, no más cuentas regresivas hasta nuestro próximo encuentro.

Kate toma mi mano, entrelazando nuestros dedos.

—Entonces está decidido —dice con una determinación que adoro—. Me quedo.

Nos besamos suavemente y, cuando nos separamos, nos quedamos mirándonos fijamente, sé que me podría perder en esa mirada toda mi vida.

—Te amo —susurra.

—Te amo —respondo sabiendo que ahora ya no podría estar lejos de ella.

Contemplamos juntas el mar, el mismo mar que mi abuela veía desde su pueblo, el mar que la separaba de James y John. El mismo mar que ahora Kate ha cruzado para estar conmigo.

El pasado no puede cambiarse. Las decisiones tomadas, los caminos no recorridos, los amores perdidos... todo eso forma parte de una historia que ya está escrita. Pero nosotras tenemos el poder de escribir una nueva.

Eso es exactamente lo que estamos haciendo. Día a día, palabra a palabra, beso a beso. Escribiendo nuestra propia historia de amor, nuestro propio capítulo en esta saga familiar que comenzó hace casi ochenta años en un hospital de campaña en Francia.

Una historia que, a diferencia de la de nuestros abuelos, tiene la oportunidad de un final feliz. Una oportunidad que no pensamos desperdiciar.